

Rodolfo Pérez Valero

LA NOCHE
QUE TE REGALÉ
PARÍS

Un *thriller* romántico.
Terroristas, traficantes de armas,
asesinos y ladrones: París se derrumba y
unos jóvenes se enamoran.



LA NOCHE
QUE TE REGALÉ PARÍS

Rodolfo Pérez Valero



La noche que te regalé París
©Rodolfo Pérez Valero, 2019
Todos Los Derechos Reservados
Diseño de Portada: Jorge Mota
Maquetación y diseño interior: Jorge Mota

ISBN: 9781087406077

Imprint: Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de estos derechos constituye un delito federal contra la propiedad intelectual.

1

ALEPO MON AMOUR

En la habitación de su novio, Shaina se sintió afortunada. Karim le había estado hablando sobre una composición musical que le dedicaría y ella terminaba un boceto de su varonil rostro cuando él la besó. Percibió su olor y sintió su barba de varios días sin afeitarse rozándole la mejilla. Cerró los ojos para disfrutar su abrazo, fuerte y tierno a la vez.

Por un instante, pretendió que podría alcanzar el olvido, y se empeñó en recordar los momentos placenteros, como el día en que lo conoció, cuando ella estaba por cumplir trece años. Su madre, maestra, y el padre, dueño de una farmacia, habían comprado un Hyundai y, para estrenarlo, una soleada mañana de domingo llevaron a Shaina y a su hermano Alim, tres años mayor, al parque acuático Laguna Azul. Los hermanos habían subido a la torre y Alim se lanzó por el tobogán blanco. Shaina se deslizó por el azul, descendió a toda velocidad, gritando en cada una de las vueltas en círculo hasta que, medio mareada, cayó en la piscina. Cuando alzó la cabeza en busca de aire, un chico muy delgado le lanzó agua.

—¡Eres bruto! —lo increpó ella.

—Eres la niña de ojos mojados más linda de toda Siria —dijo él, sonriendo.

Shaina lo ignoró, salió de la piscina y fue a unirse a sus padres. Le molestó que la llamara “niña”, sobre todo porque comenzaba a presumir de su incipiente desarrollo y había notado que los hombres del barrio la miraban de otra forma.

Un año después, fue con su madre y su prima Farah al centro comercial Shahba Mall. Mientras la madre iba a adquirir alimentos en el Carrefour, las dos chicas corrieron a la tienda Zara, a comprar unos *jeans* con flores bordadas que habían visto en una revista.

Shaina y Farah salían felices con sus bolsas de Zara, cuando un hombre que les preguntó:

—¿Dónde podría encontrar a la más linda mujer de ojos mojados?

Shaina supo que se trataba del chico de la Laguna Azul, que en un año había ganado en estatura y fortaleza. Le gustó que la tratara de “mujer”, más cuando estaba por cumplir catorce años. Farah le oprimió la mano, indicándole que le agradaba, y Shaina se preocupó, pues su prima era muy bonita. Pero pronto se disiparon sus temores: él era amable con las dos, pero solo miraba a Shaina. Dijo llamarse Karim, y las invitó a merendar.

—Vinimos con mi mamá —le explicó Shaina.

—Pues invitamos también a la mamá —dijo Karim.

En el KFC de la zona de cafeterías del tercer piso, conversaron animadamente los cuatro: Karim, Farah, Shaina y la madre, a quien agradó que el joven fuera cristiano, como ellos. Karim les contó que estudiaba violín en la Academia de Bellas Artes, y cuando Shaina le dijo que le gustaba dibujar, él le sugirió que matriculara pintura en la academia, y podrían estudiar en la misma escuela. Shaina asintió, y a la madre no le pasó inadvertido que su hija y el joven se miraban de una manera especial.

Karim comenzó a visitarlos. Con su naturalidad y buenos modales se ganó también la confianza de Alim y del padre de Shaina. Los domingos, Karim se les unía para ir a misa.

Pero Shaina y él también empezaron a salir solos a pasear y al cine. Ella esperaba que Karim se le declarara o al menos tuviera un gesto de amor, para decirle que sí, pero él no le habló, sino que, en un banco del Parque Público, tocó una pieza suya para violín titulada “Ojos mojados”. Cuando concluyó, para sorpresa de él, ella lo besó.

Shaina estaba por cumplir los quince años y el padre le pidió que fuera despacio en la relación. Pero a la muchacha el corazón le latía muy de prisa y sentía que no podía contenerse. El mundo podía acabarse alrededor de ellos, pero Shaina y Karim hacían planes para el futuro. Una tarde en que él la acompañaba mientras ella hacía bocetos en el parque, Karim le dijo:

—Algún día viajaremos a París, *mon amour*.

Shaina selló el acuerdo con un beso.

En la habitación de Karim, en el piso donde vivía con sus padres, los novios hablaban de recibir clases de pintura y composición musical en París. Allí estudiarían a los impresionistas, ella a Renoir y Degas, Karim a Debussy y Ravel. Vivirían en una buhardilla, pasando un poco de frío, quizás hasta hambre, pero amándose y compartiendo su pasión por el arte, hasta que fueran

famosos y se mudaran para un buen barrio, donde criarían a sus hijos.

Ahora Karim y ella se abrazaban sobre el sofá de esa misma habitación. Pero todo había cambiado: ya no mencionaban a París, Shaina no tenía familia, los padres de Karim estaban lejos y por los huecos de las paredes entraba luz y un poco de frío. Shaina se esforzó por olvidar. Sabía que el abrazo de Karim podía embelesarla. Pero un sonido le arrebató de golpe la posibilidad del éxtasis. No era música, sino el estridente ulular de las sirenas, que en un segundo la despertó a la atroz realidad. La habitación no tenía ventanas sino solo unos huecos rectangulares de los que colgaban trozos de madera, y los muebles y el piso estaban cubiertos de polvo y piedras caídas de las paredes.

—¡Corre! —la conminó Karim, la haló de una mano y tomó una linterna.

Mientras bajaban como podían por la escalera, que había perdido la baranda, vieron a través de un hueco en el muro que el vecino llevaba corriendo a sus cuatro hijos pequeños a guarecerse en el edificio aledaño. Ya se escuchaban los aviones, y no iban cargados de viajeros sino de bombas que dejarían caer en el barrio de Al-Shaar, controlado por los rebeldes. Casi toda Aleppo, incluyendo el Shahba Mall y la iglesia a la que acudían, estaba en ruinas y ni Shaina había logrado matricularse para estudiar pintura ni Karim pudo continuar sus clases de música. Ahora solo les importaba escapar de las bombas y las balas. Solo pretendían llegar vivos hasta el próximo amanecer.

Llegaron al sótano, Karim lo iluminó con la linterna y eligieron una esquina sin piedras ni pedazos de muebles destrozados. Allí se refugiaron y comenzaron a rezar. En segundos, escucharon las primeras bombas, aún lejanas. Shaina se sintió en el infierno y rogó para que no bombardearan la zona donde se encontraban ni le ocurriera nada a Karim. Porque, cuando los padres de Shaina se negaron a abandonar lo que habían construido en una vida de trabajo, Karim, a pesar de que su familia había huido a Marsella, se quedó en Aleppo para protegerla.

—No puedo dejarte aquí, *mon amour* —le había dicho el joven.

Shaina nunca se perdonaría si él resultaba herido... o algo peor. Comenzó a rezar para que no lanzaran bombas incendiarias o con gas cloro y se alegró de que Alim no estuviera en Aleppo. Su hermano había escapado de la ciudad una noche sin luna y, con mucho dinero que le dio el padre, pudo emigrar junto a la oleada de refugiados y fue aceptado en Francia.

Escucharon la fuerte explosión de una bomba que estremeció los cimientos

del edificio y el polvo cayó sobre ellos. Shaina supo que había estallado por la zona donde había vivido con sus padres, y no pudo evitar el horror de recordar.

Una mañana en que Alepo había amanecido extrañamente apacible, la madre le sugirió a Shaina que fueran ambas al mercado. Pero la muchacha quería ver a Karim e insistió en ir sola. Se besaba con Karim en la habitación de él cuando ocurrió un bombardeo. De inmediato supo que era por el área de su casa. Corrió allí y comenzó a gritar al ver, desde lejos, que el edificio había sido totalmente destruido. Los rescatistas estaban extrayendo víctimas de entre los escombros. En la calle, vio los cuerpos de sus padres y se desmayó. A partir de ese instante, nada fue igual para ella. No solo lloraba cada día las muertes de sus padres: también la atormentaba un intenso sentimiento de culpa: su madre no habría fallecido si ella hubiera permitido que la acompañara al mercado: su decisión egoísta la mató. Quedó huérfana, desamparada, sin hogar. Desde hacía meses, el ejército había cercado Alepo y no era posible huir de la ciudad, por lo que se fue a vivir a lo que quedaba del piso de la familia de Karim.

Con la guerra, las preocupaciones que debió haber tenido a sus dieciséis años fueron sustituidas de golpe por una sola, imperativa: sobrevivir. El terror y la presencia cotidiana de la sangre y la muerte le habían dejado como único alivio amar a Karim entre un bombardeo y otro, en una habitación sin ventanas, con agujeros e impactos de balas en las paredes.

Shaina y Karim escucharon el amenazante silbido de una bomba y creyeron que sería el fin. Él la cubrió con su cuerpo, pero ella sabía que si una bomba de barril caía en la casa en ruinas, estar en el sótano no les serviría de protección alguna: ambos serían destrozados por el estallido o la metralla. La explosión fue horrenda. Todo el edificio tembló y escucharon el espantoso ruido de algunas paredes al desplomarse. El horror fue eterno. Después de la polvareda, vino el silencio.

Shaina comprobó que solo tenía una pequeña herida en una mano. Entonces, notó sangre en su cuello. Pero supo que no era de ella, sino de Karim, y se alarmó. El muchacho encendió la linterna y pudieron constatar que solo tenía una leve cortadura en la frente. Ambos temblaban cuando se pusieron de pie. Se agarraron de las manos y trataron de salir del sótano. La escalera había quedado muy dañada y ascendieron con cuidado.

Shaina se preguntó si podría volver a dibujar, no por la herida en la mano,

sino por todo el horror que había ido acumulando. No sabía si el miedo la paralizaría para el resto de su vida o de vez en cuando le daría un respiro que le permitiera trabajar en algo bello.

Por el boquete en la pared, vieron al vecino halándose el cabello, desesperado. Las bombas los habían dejado temporalmente sordos, y lentamente fueron recuperando el oído, pero Shaina hubiese querido que ese proceso demorara más porque ya estaba escuchando los lastimosos gritos de los heridos. Sin embargo, tenía que sacar fuerzas de donde fuera, pues, como cada día, cuando tenían la fortuna de no morir en los bombardeos, Karim y ella salían a rescatar a los atrapados bajo los escombros, a pesar de los desgarradores lamentos.

Dos horas después, regresaron a lo que quedaba de la habitación. Se cambiaron las ropas manchadas de sangre ajena y se lavaron como pudieron con el resto del agua que Karim trajera tres días atrás. Estaban exhaustos, nerviosos, tenían hambre y sed.

—Este es el mejor momento para que yo vaya a buscar agua, pan, cualquier cosa que podamos comer —sugirió Karim y argumentó—: No van a volver a bombardear enseguida.

Karim salió con un recipiente y Shaina se sentó en el sofá y quedó vencida por el sueño. La despertó la sirena. Escuchó los aviones y supo que no tenía tiempo de ir al sótano. Se acurrucó tras el sofá, pensando que moriría. Pero las explosiones se escucharon lejanas. Cuando cesó el bombardeo, se criticó porque no había pensado en Karim. Se alarmó porque el mayor estruendo había sido por la zona a donde él se había dirigido.

Rezó porque hubiera salido ileso. Cuando pasaron las horas y no regresó, se angustió. Decidió ir a buscarlo. Sabía que corría gran peligro: a su prima Farah, unos yihadistas extranjeros la secuestraron en el distrito de Al Sikkari y nunca más apareció. Pero no tenía otra opción que arriesgarse, no solo porque amaba a Karim sino porque no sabría qué hacer sin él. No querría sobrevivir sin Karim.

Antes de llegar al sitio donde estuvo el tanque de agua, se encontró con una montaña de escombros. Y aunque no pudo llegar hasta el lugar, supo que él había muerto. Nadie salía vivo. Vecinos y rescatistas habían sacado ocho cadáveres, pero no pudieron excavar más; no tenían cómo, ni valía la pena. Bajo esos escombros todos estarían muertos. Shaina comenzó a temblar y tuvieron que llevarla a un hospital improvisado en las ruinas de una escuela,

donde una enfermera con el uniforme manchado de sangre trató de confortarla.

Pero no tenía consuelo. Karim había muerto por su culpa, por quedarse junto a ella en Alepo. Y Shaina supo que, con Karim, había muerto también dentro de ella cualquier ínfimo deseo de vivir.

MORIR A LOS PIES DE LA TORRE EIFFEL

Wambo no tuvo oportunidad de reaccionar. Había descendido de la Torre Eiffel antes que Vicky y sus tres hermanos y desde la base hacía fotos a la más famosa estructura de París cuando oyó un grito lejano y, al instante, alguien se abalanzó sobre él y lo derribó. A través de su abrigo sintió un pinchazo en el omóplato y, como un flash, la noción de que lo estaban asaltando puso en alerta todas las enseñanzas de supervivencia que recibió en su turbulenta infancia en la República Democrática del Congo. Reaccionó de forma automática y cada músculo de su cuerpo siguió una orden primigenia: liberarse y causar todo el daño posible a su atacante, para salvar la vida. Pero no pudo: estaba totalmente inmovilizado.

Justo en ese momento, escuchó una algarabía. Desde el piso puso ver a la gente corriendo despavorida y, ante uno de los pilares de la torre a solo unos pies de él, a un sujeto con una navaja en la mano amenazando a todos a su alrededor mientras la policía lo iba rodeando.

Wambo se convenció de que se trataba de un ataque terrorista y de que otro agresor lo había herido en la espalda. Consideró que, después de sobrevivir con solo siete años a una masacre en el Congo y evadir a la muerte cuando lo convirtieron en niño soldado, era una ironía de la vida morir a los dieciséis años como un turista a los pies de la Torre Eiffel.

Se preguntaba por qué los oficiales no acudían a defenderlo, cuando vio que un agente se acercó al atacante por la espalda y después de un forcejeo logró quitarle el arma. Cuando varios policías maniataron al sujeto y lo llevaban hacia una furgoneta, el hombre que derribó a Wambo se apartó y recogió del piso varios llaveros de la Torre Eiffel en miniatura.

Wambo vio que era tan negro como él, con una tupida barba corta y espejuelos oscuros. Intuyó que ese africano vendedor de suvenires, al ver a la policía persiguiendo al atacante del puñal, había querido huir del peligro, pero tropezó con él y los dos cayeron al piso. El pinchazo que había sentido en el omóplato se debía a la punta de uno de los llaveros.

Cuando se alzó, se topó con Rasmev. Quedaron tan juntos que pudo sentir su aliento. La chica, olvidando sus contenciones de siempre, lo abrazó y el muchacho recibió sorprendido ese contacto. Pero, después de un instante, ella se apartó.

—Creí que te iban a herir —le dijo, nerviosa.

—¿Te pasó algo, Wam? —le preguntó Vicky al llegar a su lado junto a Barry y Alitzel.

—No, Madre. Fue que chocó conmigo ese señor —le explicó Wambo y fue a señalar al africano, pero había desaparecido entre los turistas nerviosos y las decenas de policías que se desplegaron por la explanada bajo la torre. Wambo recordó haber advertido que el hombre trataba de ocultar su rostro de la policía y supuso que sería un inmigrante indocumentado.

* * * *

La noche había enfriado y los chicos avanzaban por la avenida Kléber de regreso a su hotel con las manos en los bolsillos de sus abrigos. Mientras caminaban, iban repasando los consejos que los abuelos Manolo y Assumpta, fundadores de una firma de arquitectos en Madrid, les había dado cuando acudieron a despedirlos en el aeropuerto de Barajas. Vicky les recordaba que los abuelos habían insistido en que tenían que visitar el Beaubourg, la Pirámide del Louvre, el Arco de La Defense y otros edificios indispensables de ver en París, pero la interrumpió un inusitado ajetreo en la calle.

Caminaban junto a las mesitas de un restaurante cuando vieron, poco antes de llegar a la *rue* de Longchamp, que varios policías ordenaban por señas a los peatones que se alejaran y cruzaran la avenida Kléber, donde otros agentes habían detenido el tráfico. Mientras los muchachos y Vicky seguían las instrucciones y, junto a otras personas, avanzaban hacia la acera contraria, pudieron comprobar la presencia en la *rue* de Longchamp de dos camiones blindados del BRI, la Brigada de Investigación e Intervención, y varias furgonetas blancas de la policía. Después del incidente en la torre Eiffel, Vicky se preguntó qué estaba ocurriendo ese día en París y temió por sus hijos.

Les hizo señas a los muchachos para que apuraran el paso mientras de los camiones descendían oficiales con cascos, chalecos antibalas, rifles de asalto y los rostros tapados por mallas negras. La operación policial se desarrollaba

en silencio: no se escuchaban sirenas y las órdenes se transmitían con señales de las manos o por los intercomunicadores.

Al igual que otros peatones, caminaron de prisa, casi corriendo. Acababan de cruzar la *rue* Boissière cuando escucharon una ráfaga de ametralladora. Vicky se aterrorizó. En su carrera como periodista se había visto secuestrada y amenazada de muerte, y nunca había sentido miedo por ella misma, pero ahora se trataba de sus hijos. Wambo no lo pensó. Lanzó una mirada de alarma a Vicky y a Barry, tomó a Rasmey y Alitzel de la mano y las obligó a correr hacia las escaleras de la estación del Metro mientras veía cómo, en medio de gritos, muchas personas en la calle buscaban protección tras los automóviles y otras se parapetaban tras cualquier saliente de la fachada de un edificio o se lanzaban al piso.

Wambo y las chicas, seguidos por Vicky y Barry, bajaron las escaleras a toda prisa junto a otros aterrados transeúntes que también comprendieron que el Metro era el único refugio cercano para evitar ser alcanzado por las balas. Vicky, agitada, confirmó que todos estaban ilesos y determinó que lo mejor era tomar el tren hasta la próxima estación, y así lo hicieron. Cuando salieron a la superficie y caminaron hacia la entrada de su hotel, *La Lumière de l'Etoile*, comprobaron que el tráfico en la avenida Kléber se había reanudado. La operación policial había concluido. Pero, al entrar al hotel, Vicky no pudo dejar de preguntarse si lo ocurrido era solo producto de incidentes casuales o París se había convertido en una ciudad de peligros cotidianos. Cuando entraron al hotel, decidió no responderse esa noche y darle otra oportunidad a esa urbe que siempre había estado entre sus favoritas.

* * * *

Los chicos salieron del ascensor al vestíbulo. Ahora que estaba desierto, Barry corroboró que era minúsculo: justo el espacio para cuatro butacas, una mesita con la prensa parisina y, detrás, una ventana y la puerta de salida a la calle. Sin embargo, los cuatro se alegraban de que Vicky hubiera elegido *La Lumière de l'Etoile* porque, a pesar de ser un hotel pequeño, tenía una ubicación excelente, en la avenida Kléber, cerca del Arco de Triunfo.

La recepción, en la esquina opuesta al ascensor, era apenas un mostrador,

desde donde les sonreía ahora un joven de pelo rizado, que a Barry, Wambo y Rasmey les resultó simpático y a Alitzel le pareció, además, muy atractivo.

—Hola... —saludó Alitzel y leyó la credencial en la camisa del recepcionista—, Alain. No lo había visto antes.

—Entré a trabajar hace solo unos minutos. Pueden tomar caramelos —les dijo, sonriéndoles, alcanzó un recipiente de plástico con golosinas y los acercó a ellos sobre el mostrador. Luego se volvió a Alitzel—. Usted dirá, jovencita...

—Alitzel —sonrió la muchacha y dijo, señalando para Wambo—: Mi hermano cree que...

—¿Son hermanos? —dijo Alain, algo incrédulo.

—Es una historia larga —dijo Wambo, más interesado en lo que venían a averiguar.

—Pero yo te la cuento —le dijo Alitzel al joven, y a Rasmey no le pasó inadvertido el tuteo—: Vicky, la pelirroja bonita, es nuestra madre y una famosa periodista que me adoptó a mí cuando mis padres fallecieron en México en el tren La Bestia, a Rasmey al quedar huérfana en Tailandia, a Wambo cuando era un niño soldado en África y a Barry después que a sus padres los... bueno, murieron.

—Muy interesante —dijo Alain, realmente impresionado—. ¿Y qué necesitan?

Al abrir los brazos como muestra a disposición a cooperar, Alain derribó el recipiente con los caramelos. Apenado, salió de detrás del mostrador y comenzó a recogerlos. Alitzel se agachó para ayudarlo, y sus hermanos la imitaron justo cuando se abrió el ascensor y apareció el administrador del hotel.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó en tono crítico, y Alain palideció.

—Oh, perdone —dijo Alitzel—. El joven nos brindaba caramelos y yo de torpe los volqué. Él nos está ayudando a recogerlos. Ya, ya terminamos. Él nos está explicando las ventajas de estar hospedado aquí. Este hotel nos encanta.

Barry, Wambo y Rasmey asintieron, y el administrador les sonrió y se dirigió a la puerta.

—Tendrán una bella estancia. Buenas noches —dijo, y salió a la calle.

Cuando el administrador salió a la calle, el rostro de Alain comenzó a recuperar el color.

—Me podían haber despedido —aseguró Alain—, y necesito este trabajo.

Se los agradezco tanto. Pídanme lo que quieran.

—Necesitamos saber —dijo Barry— si algún empleado entró a nuestra habitación.

Alain tomó su móvil, envió un mensaje de texto y, finalmente, miró a Barry.

—No lo creo —dijo—. Chantal, la camarera, limpió esa habitación antes de entregársela a ustedes. Pero para estar seguro, la acabo de llamar.

Segundos después se abrió la puerta del ascensor y fue hacia ellos una chica con uniforme de empleada y el pelo recogido sin esmero alguno con dos horquillas. A pesar de su descuido, Wambo, Rasmey y Alitzel se sorprendieron por su belleza.

Pero Barry se deslumbró al contemplar a esa joven de cabello negro y piel dorada, en cuyo rostro de rasgos armoniosos se destacaban sus labios carnosos y sus ojos, verdes e intensos. Supo que esa muchacha, además de un aura de vulnerabilidad y abandono, irradiaba algo que él no supo definir, que hacía que sus encantos lo afectaran de una manera casi personal.

—Chantal —le dijo Alain cuando la joven llegó a su lado tras el mostrador—. Ellos quieren saber si por algún motivo entraste a su habitación.

La muchacha examinó a los chicos de arriba abajo y sus ojos se posaron por fracciones de segundos en Barry, quien se turbó.

— Limpié la habitación antes de que llegaran —respondió ella— y después no entré más.

—¿Te faltan muchas habitaciones por limpiar? —le preguntó con ternura Alain.

—No, ya casi termino —le respondió ella y le dio un beso en la mejilla.

Para los chicos fue obvio que eran novios. Por eso Barry se sintió tan confundido cuando, mientras Alain respondía una pregunta que le hizo Alitzel, Chantal le sonrió a él justo antes de dirigirse al ascensor. ¿Acaso la novia de Alain le estaba coqueteando?

Barry la contempló alejarse, contoneándose con toda naturalidad, y cuando vio que ella le regalaba una última sonrisa justo antes de cerrarse la puerta del ascensor, quedó hechizado... hasta que Rasmey le haló la manga de la camisa y le lanzó una mirada de reproche. Barry se volvió hacia Alain y se alivió al comprobar que estaba entretenido conversando con Alitzel. Se sintió avergonzado: esa chica le gustaba muchísimo, pero él sabía respetar.

—Alain —dijo Wambo, interrumpiendo la conversación de Alitzel con el

repcionista—. El hotel tiene cámaras, ¿podríamos ver el video de esta tarde en nuestro piso?

—Son para uso interno de la seguridad del hotel —se excusó el joven.

—Es que... —insistió Wambo— No puedo explicar por qué, pero, aunque no nos falta nada, sé que alguien entró a la habitación.

—Pero, Alain... —le suplicó Alitzel, zalamera—, si es solo un segundo.

El joven pareció pensarlo, y finalmente dijo:

—Me salvaron ante mi jefe y él se fue para su casa. Vengan, les voy a enseñar los videos.

Los muchachos pasaron tras el mostrador. Alain se volvió hacia una puertecilla en la pared de la recepción, la abrió y les hizo señas de que entraran. Era un cubículo tan reducido que tuvieron que apretarse para caber los cinco. El monitor ante ellos estaba dividido en múltiples cuadrículas con imágenes de diversos sitios del hotel, pero el joven manipuló un teclado y la imagen del piso de los muchachos ocupó toda la pantalla. Barry le dijo a qué hora abandonaron la habitación para ir a la Torre Eiffel y Alain buscó ese momento en el video. Cuando aparecieron Vicky y ellos cuatro, adelantó el video y pudieron ver en el monitor cómo el grupo se alejaba hacia el extremo opuesto del pasillo y entraba al ascensor.

El joven aceleró de nuevo las imágenes, pero las detuvo y las hizo correr a velocidad normal cuando mostraron a un hombre de pequeña estatura saliendo del ascensor y avanzando hacia la cámara. No se le veía el rostro pues caminaba mirando hacia abajo, con las solapas de su abrigo alzadas y un sombrero de fieltro encasquetado casi hasta los ojos.

El individuo siguió aproximándose a la cámara hasta que pasó ante ella y desapareció, dejando el corredor desierto. En ese rincón del pasillo fuera del ángulo del lente se ubicaban las puertas de tres habitaciones, entre ellas la de los varones.

Alain corrió el video hacia adelante hasta que apareció de nuevo el sujeto, esta vez de espaldas, y caminó hacia el extremo opuesto del pasillo. Cuando se abrió ascensor, entró y no se volvió mientras se cerraba la puerta.

Barry se encogió de hombros, contrariado.

—No podemos saber si el hombre iba a ver a los huéspedes de algunas de las otras dos habitaciones.

Wambo se volvió a sus hermanos.

—Iba a la nuestra —afirmó, preocupado—. Esta tarde, cuando salíamos

hacia la Torre Eiffel, tuvimos que protegernos de la lluvia bajo el toldo del hotel. Allí, entre otras personas, se encontraba ese hombre con su sombrero y las solapas subidas. Ahora sé que nos estaba vigilando. Si me lo encuentro, no la va a pasar bien. Él entró a robar a nuestra habitación.

—No lo creo —dijo Alain cuando salieron del cubículo—. Yo lo conozco. Es *Monsieur* Pierre Gaumont.

3

UN BESO SOBRE EL ARCO DE TRIUNFO

Es un anticuario que se ha hospedado varias veces aquí. Ocupó esa habitación ayer, pero me dijo que hoy se iba a Londres muy temprano. Me extraña mucho que haya regresado: ya no tenía la llave para entrar a la habitación y es una persona decente. ¿Les robaron algo?

—No —admitió Wambo, pero seguía contrariado.

—Bueno, aquí estoy para lo que necesiten —dijo el empleado.

Barry, Wambo y Rasmev comenzaban a alejarse hacia el ascensor cuando Alitzel le dijo al joven:

—Saludos a tu novia, Alain. Es muy bonita la Chantal.

—No, no... Sí, sí... Quiero decir, sé que es bonita pero no es mi novia —aclaró Alain, y Barry se detuvo en seco al escucharlo. A media voz, el recepcionista añadió—. Es mi hermana. Pero lo ocultamos porque el dueño del hotel no quiere que trabajen familiares.

—Ah —dijo Barry, tratando de disimular su alegría.

—Oh, ¡qué bueno! —exclamó Alitzel, pero se contuvo—. Quiero decir, que hacen bien en ocultarlo.

—Su verdadero nombre es Shaina... y el mío es Alim. Somos refugiados sirios. Huimos de la ciudad de Alepo, pero preferimos que nos crean franceses, para evitar los prejuicios.

—Alain, tú que vives en París, podrías guiarnos mañana a conocer la ciudad.

El joven negó con la cabeza.

—No puedo. Debo ir al mercado en la furgoneta a comprar comida para el hotel. —Y, de pronto, pareció recordar algo—. Oh, pero podrían ir con Chantal. Ha estado muy triste. De milagro sobrevivió los bombardeos que mataron a nuestros padres y a su novio. Apenas cumplió diecisiete años y ha sufrido lo que no puedo ni imaginar. Gasté mis ahorros para traerla de Siria. Invítela, por favor.

* * * *

Rasmev, con la tableta en la mano, leyó la noticia a sus hermanos.

—El hombre que la policía arrestó en la Torre Eiffel pertenecía a la célula terrorista Yihad Europa.

—Y yo creía que otro me estaba acuchillando —dijo Wambo.

La luz del sol entraba por la ventana, iluminando la habitación. Rasmev ocupaba una butaca, Alitzel la otra, y Barry y Wambo estaban sentados en sus respectivas camas.

Se habían reunido en la habitación de los varones después de desayunar con Vicky, quien luego se iría a continuar la investigación para su reportaje sobre inmigrantes. Rasmev había abierto su tableta para conocer cuánto costaba subir al Arco de Triunfo, y se encontró con la noticia del ataque en la Torre Eiffel.

Pero había más información muy interesante. Rasmev leyó que, según confesó el sujeto, su célula se había enterado de que el exdictador Faysal Farouq, derrocado durante la Primavera Árabe y asilado en Francia, quería vender varios lotes de armas escondidas en un búnker secreto en su país, y había enviado a su hermano Hosni Farouq a París para contactar a un potencial comprador.

El día anterior, los yihadistas habían capturado a Hosni Farouq para que les revelara dónde estaban escondidas las armas, pero él les dijo que no lo sabía y que estaba citado en la Torre Eiffel con el africano Capitán Diablo Le Roi, quien conocía el sitio secreto.

—No tienen fotos del Capitán Diablo —dijo Rasmev—, pero aquí explican que es un despiadado caudillo militar del centro de África. El yihadista capturado confesó que su misión era detectar y seguir al Capitán Diablo para conocer dónde se hospedaba y que la célula lo secuestrara después, pero la policía lo arrestó a él antes de ver a Diablo.

—Esa fue la captura que yo vi de cerca —recordó Wambo—, desde el suelo.

Rasmev continuó leyendo:

—El yihadista también reveló que sus secuaces estaban torturando a Hosni Farouq en un apartamento en la *rue* de Longchamp. La policía lanzó una operación y logró capturar a varios de los terroristas, pero otros lograron huir.

—¡Esos fueron los policías que vimos cuando regresábamos de la torre y los disparos que nos hicieron correr!

—La prensa dice conocer extraoficialmente que en el tiroteo había muerto el rehén, Hosni Farouq, aunque la policía no lo confirmó ni negó —comentó Rasmey y les mostró la tableta a sus hermanos—. Aquí publican una foto de años atrás, medio borrosa, de Hosni Farouq.

—¿Qué más dicen? —apremió Barry.

Rasmey leyó el resto del artículo y luego les explicó:

—Desde Mougins, en los Alpes Marítimos, Faysal Farouq negó que estuviera vendiendo armas. Dijo que su hermano Hosni había ido a París a ver a un médico, y que sabía que las condiciones de su asilo no permitían que él o sus hombres salieran del departamento de los Alpes Marítimos o llevaran a cabo acciones políticas o ilegales pues podrían ser expulsados de Francia. Pero el diario dice sospechar que Hosni Farouq pretendía vender las armas siguiendo instrucciones de su hermano Faysal.

Alitzel fue hasta la puerta de la habitación y miró a Rasmey. Parecía impaciente por salir.

—Por fin, Ras, ¿lograste averiguar cuánto cuesta subir hasta el mirador del Arco de Triunfo?

* * * *

Alain acababa de colocar sobre la mesita del vestíbulo los periódicos de la mañana cuando los muchachos salieron del ascensor.

—¿También ahora estás trabajando? —le preguntó Alitzel con una coquetería que a ninguno de sus hermanos le pasó inadvertida.

—Hago turnos dobles porque necesito el dinero. Estoy siempre disponible, pues Chantal y yo vivimos en una habitación en el ático del hotel. Ya ella está por bajar.

—Ah —dijo Barry y miró hacia la puerta del ascensor.

Alain caminó hasta la recepción y les hizo señas de que lo siguieran.

—Los estaba esperando porque hallé un video de ayer por la mañana, antes de que *Monsieur* Pierre dejara la habitación para supuestamente irse a Londres, en el que sí se le ve el rostro. —Echó una rápida mirada, comprobó que estaban solos en el vestíbulo y entró al cubículo del monitor de vigilancia

—. Les tengo preparada la imagen. Asómense un instante.

Alain espero a que los chicos se apiñaran en la puerta del cubículo, oprimió un botón en el equipo y vieron en el monitor a un hombre de baja estatura caminando por el pasillo del hotel hacia la cámara, con el sombrero en la mano. Alain congeló la imagen y pudieron apreciar claramente las facciones de *Monsieur Pierre* y el delgado bigotito que lo distinguía.

Los muchachos salieron de detrás del mostrador de la recepción justo cuando se abría el ascensor y Chantal echaba a andar hacia ellos. Llevaba el cabello suelto, bien peinado, y vestía un ajustado jean azul y zapatillas, blusa y chaqueta verdes que le resaltaban el color de los ojos. Pero fue su gracia natural al caminar la que impresionó a todos y fascinó a Barry.

Chantal los saludo.

—Hola —dijo, y le dedicó una mirada especial a Barry, quien temió que le temblaran las rodillas.

—Eres muy bonita —reconoció Alitzel—. ... Pero te verías espectacular con algo de maquillaje.

Chantal le agradeció con la mirada, pero se encogió de hombros:

—Bonita o fea... da igual

—No es igual —dijo Alitzel y se acercó a Alain—. Gracias por mostrarnos los videos. —Y lo besó en la mejilla.

Rasmey reprendió con la mirada a su hermana.

—Ras —susurró Alitzel cuando caminaban hacia la puerta de salida—, es que me gusta mucho Alain.

—Pero tienes solo catorce y él debe tener diecinueve o veinte.

—Ya voy para quince.

—Eres incorregible... —sonrió Rasmey.

Salieron a la avenida Kléber. Al final se erguía el Arco de Triunfo y hacia allí se dirigieron. A pesar del sol, había frío en la ciudad, pero las temperaturas no parecían importarles a turistas y parisinos, que paseaban por las aceras. Barry caminaba junto a Chantal.

—Seguro estás aburrida de subir al Arco de Triunfo —le dijo.

—Nunca he ido —respondió la chica, para asombro de los muchachos—. Tampoco he visitado la Torre Eiffel. ¿Para qué? Estoy en París porque mi hermano me obligó a venir.

* * * *

Wambo, Rasmey y Alitzel desafiaron la brisa que multiplicaba el frío sobre el mirador del Arco de Triunfo y buscaron un sitio libre entre los turistas que colmaban el borde de vigas protectoras. Desde allí, disfrutaron la vista de los Campos Elíseos hasta la Plaza de la Concordia, donde París se difuminaba en una neblina que parecía extenderse hacia el infinito.

Desde que salieron del hotel, Chantal le había tomado la mano a Barry, como si fueran novios, para sorpresa de él. Pero ahora, cuando el muchacho quiso acercarse a sus hermanos para contemplar el impresionante panorama de París a sus pies, ella le soltó la mano y se detuvo en medio de la terraza.

—Ven —la invitó Barry, extrañado de que no se aproximara a mirar.

—No me gusta París. Es triste y oscura.

—Pero si la llaman la Ciudad Luz, y es alegre.

—No para mí —dijo ella, con voz queda—. Ve tú. ¿No dices que es una bonita vista?

Barry sintió, más que nunca, deseos de abrazarla.

—La vista que más me gusta la tengo ante mí.

Chantal se le acercó.

—¿Por qué me miras así, con cara de tonto?

Barry no supo qué responder. Chantal lo contempló, seria e inquisitiva y, como si hubiera descubierto un delicioso secreto en los ojos del muchacho, sonrió, se empujó y unió sus labios a los de él, por un instante. Cuando se separó, recostó su cabeza en el hombro de Barry.

Él quedó alelado. Chantal era distinta a las muchachas que había conocido antes. No solo era hermosa: tenía una mirada intensa, se mantenía pensativa y parecía estar llena de secretos.

Rasmey señaló con disimulo hacia Chantal y le dijo a Alitzel:

—Es muy rápida la chica, ¿no?

—Yo haría lo mismo si me gusta el muchacho —aseguró Alitzel.

—Entonces yo soy la rara —dijo Rasmey, algo molesta.

Volvió a mirar a Chantal y le pareció captar algo triste en su mirada, que le hizo cuestionarse si estaba siendo demasiado inflexible con la muchacha.

Wambo se preguntaba cómo hacía Barry para avanzar tan rápido con una chica. Él quería imitar esos acercamientos, y no entendía por qué Rasmey, sin

llegar a rechazarlo, se apartaba, aunque fuera de forma casi imperceptible, cada vez que él se le aproximaba.

EL ESPÍA EN LOS CAMPOS ELÍSEOS

Caminaban entre la multitud por la acera norte de los Campos Elíseos y, a la altura de la Pizzería Vesuvio, Wambo miró atrás para tomar una foto al Arco de Triunfo. Un autobús de turismo le obstruía la visión completa del monumento y se movió hacia las mesitas del portal de la pizzería, repletas de clientes. Entonces fue que lo vio. Esquivando a las personas que subían al autobús y a los turistas que colmaban la avenida más concurrida de París, avanzaba hacia ellos un hombrecito.

—¡Ahí está el que entró a nuestra habitación! —avisó a sus hermanos—. Nos está siguiendo, y no se lo voy a permitir.

Barry comprobó que Wambo tenía razón: era el hombre pequeño de bigotito, con sombrero y abrigo que Alain acaba de mostrarles en un video: Monsieur Pierre.

—¿Por qué nos sigue? —murmuró Alitzel, con temor—. No hemos hecho nada.

Wambo miró con disimulo hacia Pierre. Cuando vio que un grupo de asiáticos se interponía entre el hombrecito y ellos, guio a los chicos hacia la galería del cine UGC George V y los cinco se ocultaron tras una gran columna en la entrada.

Allí esperaron a que Pierre sobrepasara la pizzería. Cuando se acercaba a las mesitas de la dulcería Brioche Dorée, Barry y Wambo salieron del escondite y bloquearon su avance. Rasmey, Alitzel y Chantal se les unieron.

Pierre se sorprendió con la maniobra. Para evadirlos y seguir su camino, se movió hacia el borde de la acera, muy próximo a la avenida donde pasaban

los vehículos a toda velocidad, pero Wambo le preguntó:

—¿Por qué nos está siguiendo? ¿Qué buscaba en nuestra habitación?

El hombre se azoró y estuvo a punto de tartamudear cuando respondió:

—No los estoy siguiendo. No los conozco.

Pero Wambo insistió, irritado:

—Lo vi la tarde de ayer bajo el toldo de La Lumière de l’Etoile y una cámara de seguridad del hotel lo grabó caminando hacia nuestra habitación.

El hombre se torcía el bigotito mientras los escuchaba con expresión de asombro y temor.

—Yo ni siquiera estaba en París —aseguró mientras se quitaba y ponía de nuevo el sombrero—. Salí ayer casi de madrugada para Londres, dormí allí y regresé hoy temprano.

—No es verdad —le dijo Barry—, lo vimos en el video.

El hombre parecía exasperado. Seguía torciendo su bigote y ajustándose el sombrero. Hasta que pareció recordar algo, abrió su abrigo y de un bolsillo sacó unos documentos.

—Aquí tienen: mi pasaje de ida y vuelta en el tren Eurostar de París a Londres, y el recibo del hotel allá.

Barry revisó los horarios del boleto, la fecha de la factura del hotel y verificó que corroboraban la versión del hombrecito.

—Pero lo vimos en el video —dijo.

—Sería alguien parecido —se defendió Pierre.

—¿Por qué nos seguía hoy? —lo interpeló Wambo.

—No vigilo a nadie —dijo el hombre mientras pasaba su sombrero de una mano a otra—. La Lumière de l’Etoile estaba ocupado y me hospedé cerca de aquí, en el hotel Bonne Nuit Trocadero en la *rue* de Belloy. Ahora iba a enviar dinero a mi esposa en Grenoble.

—*Monsieur* Pierre siempre está hablando de su familia —intervino Chantal.

El hombrecito la miró, recordó haberla visto en el hotel y se alegró.

—Ah, sí, ella trabaja en La Lumière de l’Etoile y me conoce de las veces que me he hospedado allí. Puede explicarles qué tipo de persona soy. También pueden hablar con su novio... —Pierre se percató de que Chantal sujetaba la mano de Barry y se comportaba particularmente afectuosa con el muchacho, y rectificó—: ...el joven de la recepción.

Wambo parecía molesto.

—Lo que yo sé es que usted salió ayer de la habitación que después nos dieron a nosotros, que anoche vimos en el video a alguien igualito a usted dirigirse a ese cuarto, y que ahora caminaba detrás de nosotros.

Al hombrecito se le cayó el sombrero al suelo y se apresuró a recogerlo.

—Me han puesto nervioso y voy a arruinar el Borsalino que era de mi padre. Lo compró porque admiraba a Delon y Belmondo.

—¿A quiénes? —preguntó Alitzel.

—A Delon y... —comenzó Pierre, pero desistió. Se ajustó el sombrero y se volvió a Wambo con aire de dignidad ofendida—. No soy policía, ni delincuente ni espía. Soy solo un anticuario que viaja vendiendo y comprando piezas para mantener a mi familia y que mis hijas puedan estudiar en la universidad.

Barry, Rasmey y Alitzel sintieron que *Monsieur* Pierre decía la verdad. Pero Wambo siguió dudando. Desde su niñez sabía que era más saludable mantener la desconfianza.

A solo unos pasos de distancia de ellos, recostado a la entrada del edificio de La Maison du Danemark, junto a los cristales del portal del restaurante Flora Danica, un africano de barba parecía más interesado en la

conversación entre Pierre y los muchachos que en vender a los turistas los suvenires que, en racimos, colgaban de sus manos.

* * * *

Desde la acera, los muchachos vieron alejarse por la Avenida Kléber al taxi que llevaba a Vicky hasta la estación Gare de Lyon, donde abordaría un tren de alta velocidad que la llevaría hasta Ginebra. En la ciudad suiza, la periodista iría a la sede del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, donde tenía programadas varias entrevistas con funcionarios, como parte de su investigación para el reportaje sobre inmigrantes en Europa. La periodista le había pedido a Rasmey que se encargara de que sus hermanos se alimentaran bien hasta que ella regresara a París al día siguiente.

El taxi giró a la derecha en la Plaza Charles de Gaulle, se perdió de vista, y los chicos entraron al hotel en el momento en que salía un matrimonio con un niño pequeño. En el vestíbulo solo se encontraba Alain, quien hablaba por teléfono en la recepción.

—Momento perfecto —dijo Wambo, y los cuatro se dirigieron al mostrador.

Cuando Alain terminó la llamada, Alitzel le dijo, con total confianza:

—Tengo algo que pedirte. —El joven sonrió y asintió—. Queremos ver de nuevo el video del hombre que quizás entró a la habitación de Barry y Wambo. Conocimos a Pierre Gaumont, nos aseguró que no había sido él y queremos comprobar si dice la verdad.

El elevador se abrió y salió una mujer canosa vestida de traje sastre y con un maletín de ejecutivo, quien, sin apenas mirarlos, se dirigió a la puerta del hotel. Alain espero a que saliera a la calle y se volvió a los chicos.

—El administrador demorará dos horas en regresar, así que entren conmigo al cubículo.

El joven manipuló el equipo, retrocedió las imágenes, pero se pasó un día de la fecha y en el monitor vieron a un hombre salir del ascensor y avanzar por el pasillo hacia la cámara.

—¿Quién es ese? —preguntó Rasmey, quien creyó conocer al sujeto, pero no pudo recordar de dónde.

Alain les explicó mientras continuaba pasando las imágenes:

—Estuvo hospedado en esa habitación un día antes que *Monsieur Pierre*, quien también la ocupó por una noche antes de que se alojaran Barry y Wambo. ¡Aquí está! Esta es la parte que vimos anoche.

El joven volvió a pasar el video del hombre con sombrero y solapas alzadas.

—¡Espera! —pidió Wambo—. Retrocédelo un poco... páralo ahí. Ese no es el bigotito de Pierre. Está más poblado. Es alguien que se disfrazó como *Monsieur Pierre*.

—El sombrero y el abrigo se parecen a los de Pierre —advirtió Barry—, pero no es él.

—¿Y por qué se subió las solapas y se caló el sombrero dentro del hotel —señaló Rasmey—, donde no llueve?

—Quería que creyeran que era Pierre si la cámara lo grababa —aseguró Wambo—. Tenemos que alertar a *Monsieur Pierre* y yo debo pedirle disculpas por haber dudado de él.

* * * *

La luz solar que penetraba por la ventana de la habitación en el hotel

Bonne Nuit Trocadero iluminaba de forma especial la silla de *Monsieur Pierre Gaumont*, quien torcía las puntas de su bigote mientras miraba atónito a los cuatro muchachos, sentados en la cama. Se había asustado cuando los chicos le contaron que alguien, disfrazado para ser confundido con él, probablemente entró en la habitación que ocupó en La Lumière de l'Etoile.

—*Monsieur Pierre* —le dijo Barry—, lo noto... muy preocupado.

—¿Tiene miedo a alguien? —le preguntó directamente Wambo.

El hombrecito asintió, abandonó su silla y señalando con mano temblorosa hacia un sitio impreciso, murmuró.

—A ese hombre lo envió Drácula.

MUCHOS CELOS EN EL SENA

Pierre no se volvió a sentar, sino que caminaba casi enloquecido alrededor de su silla mientras los muchachos escuchaban fascinados la extraña historia. Les contó que dos días atrás lo llamó un tal Ciprián Popescu, quien se presentó como el secretario de Vlad Drácula XIX, un descendiente del célebre Drácula, y le pidió una cita, porque la familia tenía interés en un objeto que el anticuario estaba vendiendo.

—Vlad Drácula fue un príncipe de Valaquia, en Rumanía —les explicó Pierre—. Vivió en el siglo XV y se destacó por su crueldad, ya que mandaba a atravesar a sus enemigos con una estaca. En él se inspiró Bram Stoker para crear su personaje del vampiro conde Drácula.

El hombrecito les relató que recibió en el pequeño bar de La Lumière de l'Étoile a dos hombres y una mujer. Los tres, de unos treinta años, vestían de negro y de perfecta etiqueta. Ciprián Popescu le pidió disculpas porque se habían demorado conversando con el Ministro de Cultura francés y luego la limusina apenas avanzaba debido el tráfico. Le presentó a Vlad Drácula XIX, un hombre alto, de barba y bigote, y a la esposa, la condesa Jusztina.

A Pierre le resultó de cierta forma inquietante, pues sabía que la esposa del Drácula original se llamaba Jusztina, y era condesa. Le impresionó, además, la palidez de Vlad Drácula XIX y su voz cavernosa cuando le explicó que era nieto de la princesa rumana Ekaterina Olympia Caradja Kretzulesco y el único descendiente vivo del célebre Drácula. También le dijo que quería comprarle un puñal con empuñadura de plata en forma de águila, perteneciente a su famoso antepasado, que el anticuario vendía en su página de internet y que

para él poseía un gran valor sentimental. Señalando para Ciprián dijo que su secretario traía el dinero para comprar el puñal allí mismo y llevárselo con ellos a su mansión en los Cárpatos. Pierre calculó que Vlad Drácula XIX era un hombre acaudalado, y, como buen vendedor, se hizo el interesante, le dijo que no traía el puñal consigo y que le avisaría en unos días.

Vlad Drácula conversó aparte con su esposa y su secretario. Luego indicó a Pierre que esperaría su llamada. Parecía molesto cuando abandonó el hotel con su séquito.

—Creo que, ante mi negativa —le dijo Pierre a los chicos—, Drácula envió a Ciprián disfrazado como yo al hotel para que robara el puñal, sin saber que me había ido a Londres y otras personas ocupaban la habitación. Pero, miren —mostró su móvil a los muchachos—, mientras esos tres conferenciaban, fingí que revisaba mi teléfono y les hice esta foto.

Los chicos se apiñaron para examinar la imagen. El tal Drácula era alto y delgado. En la extrema palidez de su rostro se destacaban sus ojeras y un bigote alargado con barba muy bien cortada. La faz de la Condesa era también muy pálida. Resaltaba en ella su pintura de labios negra y su pelo color azabache. Ciprián parecía de una estatura similar a la de Pierre, aunque más robusto, de cejas muy espesas y cabello largo.

—El tal Ciprián —dijo Alitzel señalando para la foto— podría haberse recogido el pelo bajo el sombrero y ser el hombre que vimos en el video.

—Estoy preocupado —confesó Pierre—. Minutos antes de llegar ustedes recibí una llamada de Vlad Drácula, quien me citó para vernos esta misma tarde en un batobús, uno de los barcos que recorren el río Sena. Me dijo que él, Jusztina y Ciprián dejarían su limusina en el embarcadero de Beaugrenelle y que yo debía subir en la siguiente estación, al pie de la Torre Eiffel, a las cinco de la tarde.

—¿Va a llevarles el puñal? —inquirió Barry.

—¡No! —exclamó Pierre, casi horrorizado—. Lo tengo a buen recaudo. Pero no entiendo ese gran interés de Drácula porque, por mucho que indagué, nada me indicó que esa reliquia valiera más de lo que pensé en principio. Aquí hay algo misterioso, pero no sé qué es. —Pierre miró hacia los lados. Como si temiera que alguien pudiera escucharlos, se inclinó hacia los chicos —: Les voy a dar mi número de móvil y quiero pedirles que vigilen esa reunión desde lejos y avisen a las autoridades si me secuestran o me pasa algo.

* * * *

Pierre caminó entre los turistas que aprovechaban la hermosa tarde para tomar fotos de la Torre Eiffel y bajó la escalinata hasta el embarcadero. Minutos después, cuando llegó el batobús, se incorporó a la multitud que lo abordó, como le indicó Vlad Drácula a través del móvil. Los muchachos vieron que, mezclado entre la gente, Ciprián subía tras Pierre y se apuraron para abordar también la embarcación.

Media hora antes, cuando los chicos se acercaban al Bonne Nuit Trocadero, Wambo advirtió a un hombre semioculto tras una columna del edificio frente al hotel y supo que era Ciprián, quien escondía las manos en los bolsillos de su abrigo, como si portara un arma.

Llamaron a Pierre a su habitación. Acordaron que él fuera a la cita y que ellos se mantendrían apartados, vigilando. Los chicos se apostaron en la esquina de la avenida Kléber. Cuando Pierre salió de su hotel Bonne Nuit Trocadero, comprobaron que Ciprián lo seguía y fueron tras los dos.

En la embarcación, por encima de los cientos de personas que ya habían

ocupado sus asientos, los muchachos vieron cómo Vlad Drácula le hizo señas a Pierre y, junto con Ciprián y Jusztna, salieron de la cubierta de vidrio y fueron hasta la popa, a pesar de que la exposición a la brisa aumentaba la frialdad. Los chicos se aproximaron a ellos, se recostaron a la baranda de la embarcación e hicieron fotos de la Torre Eiffel mientras el batobús desatracaba de la estación y se alejaba del monumento.

Wambo se situó en una esquina de la popa. Había determinado que, desde allí, cuando comentara algo con Rasmey y Alitzel, podía, por sobre los hombros de las chicas, mantener una sutil vigilancia sobre Pierre y Vlad Drácula, que conversaban con discreción mientras Ciprián y Jusztna se mantenían en silencio.

—Tengo frío —dijo Chantal, y se recostó a Barry.

Wambo miró con disimulo y comprobó que Ciprián mantenía las manos en los bolsillos de su abrigo. Se volvió a preguntar si el hombre llevaría algún arma oculta.

Cerca de la proa del batobús, un africano de barba y lentes oscuros vendía suvenires, pero no cesaba de mirar hacia donde estaban Drácula, Ciprián, Jusztna, Pierre y los muchachos.

El batobús hizo su parada de la estación del Museo de Orsay y solo unos cuantos pasajeros descendieron. Chantal recostó su cabeza al pecho de Barry y cerró los ojos. El muchacho se sintió emocionado por estar junto a esa chica que mostraba más interés en él que en el recorrido en barco por el Sena.

—¿Te aburre el río de verlo todos los días? —le preguntó.

—No me muevo del hotel... salvo cuando salgo con alguien, y entonces no miro al río.

—Alguien... ¿algún hombre?

—No estés celoso. Chantal se siente bien contigo. Además, nada tiene

importancia.

Las palabras de la muchacha intranquilizaron aún más a Barry. Ella pareció notarlo y lo besó en los labios.

Cuando Rasmey vio a Chantal besar a Barry, se irritó de pensar que la chica estaba aprovechándose de su experiencia para subyugar a su hermano mayor. Alitzel también vio el beso y lamentó que su primer paseo en barco por el Sena no fuera romántico, como había soñado. Ella había invitado a Alain a ese paseo, pero él tenía que hacer una gestión y luego irse a dormir para entrar a trabajar más tarde. Se inclinó hacia Rasmey y le confesó al oído:

—Si Alain estuviera aquí, nos besaríamos al pasar bajo el puente Alejandro III, el más bello de París. En realidad, me gustaría besarlo bajo cada puente... y hasta si no hay puentes.

—¡Ali! —exclamó Rasmey y al notar que su hermana no comprendía por qué la criticaba, no pudo menos que sonreír—. No tienes remedio.

UNA MISA NEGRA EN EL CEMENTERIO DE MONTPARNASSE

El batobús se detuvo unos minutos en la estación Saint-Germain-des-Pres para recoger algunos pasajeros, y Wambo se fijó en que Barry y Chantal estaban abrazados. Antes de salir del hotel, le había pedido consejo a su hermano, quien le había dicho que fuera cortés con Rasmey, le tomara la mano para ayudarla a subir a un autobús, al barco y que se mantuviera siempre cerca para que ella sintiera que él la protegía. Wambo comprobó que Pierre no corría peligro y se acercó a Rasmey. Sin saber qué hacer, fue a tomarle una mano, pero ella la retiró como si se hubiera quemado. Desconcertado y molesto, el muchacho se apartó.

—¡Ras! —le reprochó Alitzel a su hermana—. ¿Por qué quitaste tu mano?

—No puedo evitarlo —le respondió Rasmey en voz baja y se disponía a explicarle que el gesto de Wambo le había recordado al búlgaro Atanás, quien abusaba de las muchachas en su fábrica de ropa en Tailandia, pero se contuvo. Determinó que su hermana no tenía por qué enterarse de las atrocidades que ella había sufrido años atrás, cuando era una niña desvalida.

Wambo, fingiendo que tomaba fotos, se acercó más a Pierre y logró escuchar cuando Vlad Drácula le decía al anticuario:

—El precio que le ofrezco es justo. Ese puñal no debe estar en manos de cualquier coleccionista, que lo tendría como un trofeo. Se trata de una reliquia sagrada para mi familia.

—Hay otros compradores interesados —dijo Pierre cuando el batobús se acercaba a la estación de Notre-Dame—, pero le aseguro que en dos días le doy mi respuesta final.

—Espero que sea afirmativa —dijo Drácula, en tono ligeramente amenazante—, porque todos los dueños anteriores del puñal tuvieron muertes horribles. Esa pieza es una maldición para cualquiera que no sea de la familia Drácula.

Decenas de pasajeros descendieron del batobús cuando atracó en la estación de Notre-Dame. Drácula, visiblemente irritado, desembarcó junto a Jusztina y Ciprián.

Pierre se acercó a los muchachos, que lo notaron intranquilo.

—Sospecho que en la historia de este Vlad Drácula hay puntos falsos —les dijo—. Los voy a seguir hasta la limusina para tomar el número de las placas y conocer en qué lujoso hotel se hospedan. Quiero averiguar si esconden algo.

El anticuario esperó a que Drácula y su séquito subieran la escalera y se perdieran de vista en el Quai de Montebello para bajar del batobús y seguirlos. Los chicos fueron tras él justo cuando se ponía el sol y sobre París comenzaba a flotar una opaca claridad.

* * * *

Comenzaba a oscurecer cuando Drácula, Jusztina y Ciprián entraron a una zona desierta del Parque Montsouris, avanzaron hacia un área de arbustos y desaparecieron en la maleza.

Con cautela, Pierre y los muchachos les siguieron el rastro, atravesaron los arbustos y se toparon con una valla metálica que les impedía el paso. Wambo notó que un segmento de la cerca había sido cortado y doblado. Lo apartó e ingresaron a una vía férrea de oxidados raíles.

—La Petite Ceinture —les explicó Pierre—, una línea de tren abandonada que rodea París.

—Allá van —dijo Wambo, señalando hacia adelante.

A pesar de que las sombras de la noche comenzaban a invadir el parque, pudieron comprobar que los dos hombres y la mujer seguían caminando por la vía férrea, que se extendía sobre una alfombra de mala hierba. Pierre superó su miedo, les hizo señas a los chicos para que lo siguieran y echó a andar entre los raíles. Los muchachos fueron tras él.

Alitzel temía continuar después de lo que habían visto hacer a Drácula, Ciprián y Jusztina en el Cementerio de Montparnasse. El trío había entrado al camposanto cuando ya salían los últimos visitantes. Pierre los siguió y se escondió tras un mausoleo custodiado por dos leones. Wambo sugirió que ellos se quedaran junto a la portada. Desde allí pudieron observar cómo, ante

una tumba bajo la estatua de un ángel, Drácula, Ciprián y Jusztina hacían gestos que a Alitzel se le antojaron grotescos mientras entonaban cánticos de extrañas sonoridades.

—Parece una Misa Negra —aventuró Rasmey—. Es como una misa cristiana, pero se oficia al revés y se le dedica al demonio.

—¡Qué miedo! —había exclamado Alitzel, y el temor renació mientras caminaban por las vías del tren Petite Ceinture a cierta distancia detrás de Pierre.

Siguieron los rieles, que descendían por una rampa excavada en el parque hasta una zanja gigantesca a varios metros bajo el nivel del suelo. Por allí, la línea férrea se extendía flanqueada por altos muros cubiertos de musgo y plantas trepadoras, en medio de un sitio de exuberante vegetación salvaje.

A Alitzel le resultaba incómoda la oscuridad y Rasmey comenzó a tener en cuenta el peligro de seguir a unos desconocidos por un paraje desierto, pero Chantal, sujeta del brazo de Barry, parecía estar encantada con esa extraña excursión. Los chicos observaron que, más adelante, las sombras de Drácula, Jusztina y Ciprián se internaban en un túnel del tren.

Pierre no tuvo valentía para seguirlos solo. En la boca del angosto túnel espero por los chicos y, juntos, ingresaron a la oscuridad. No veían ni sus propias manos.

—Desaparecieron —dijo la voz de Pierre. Barry y Wambo encendieron las luces de sus móviles y vieron al anticuario mirando a su alrededor, con expresión de desconcierto—. El túnel termina un poco más adelante y no están por ningún lado.

Dieron unos pasos mientras iluminaban el túnel y cuando la luz recorrió la pared, Barry descubrió una puerta oxidada, con un candado roto. La abrió y halló un pequeño recinto. En el medio, un pozo con una escalera de metal parecía llevar hacia las entrañas de la tierra.

—Bajaron por aquí —señaló Barry.

—Me da miedo ir solo —confesó Pierre—, pero si vamos todos y avanzamos en silencio y con mucha cautela, sí voy. Quiero saber qué ocultan, quiénes son esos tres.

Barry consultó con la mirada a Wambo y, después que este asintió, enganchó el móvil a su cinturón para que la luz iluminara el pozo e inició el descenso. Lo siguieron Pierre y Chantal. Ante la alternativa de quedarse solas en un túnel oscuro, Rasmey y Alitzel optaron por bajar también por la

escalera, seguidas por Wambo.

Afuera, en medio de la penumbra reinante, el africano vendedor de suvenires se había apostado junto al muro que flanqueaba la línea férrea. Vigilaba la boca del túnel al que se habían internado Drácula y su séquito, y luego Pierre y los muchachos.

Después que Barry y Pierre ayudaron a las chicas a llegar al fondo, iluminaron el sitio con sus móviles. En la pared de piedra del pozo hallaron un estrecho pasillo, lo suficientemente alto para permitirles avanzar erguidos. Barry encabezó la fila, seguido de Chantal, Pierre, Alitzel y Rasmey, con Wambo a la retaguardia. Así avanzaron unos diez metros hasta que desembocaron en un amplio salón del que partían tres pasadizos.

A Wambo le resultó curioso que las paredes del salón estuvieran conformadas por varias filas uniformes de piedras redondas que descansaban sobre otras estrechas y alargadas. Tocó una de ellas, constató que estaba totalmente pulida y cuando la iluminó con su móvil, retiró la mano como si hubiera tocado corriente eléctrica.

—¡Son cráneos humanos! —exclamó con voz ahogada.

Los muchachos se separaron de las paredes y las luces de los móviles les revelaron que todas las supuestas piedras eran huesos y cráneos humanos apilados en metódico orden, que a ellos les resultó macabro. Alitzel estaba muerta de miedo y cuando oprimió fuerte una mano de Rasmey se dio cuenta de que su hermana temblaba.

La trémula voz de Pierre evidenció que estaba tan asustado como el que más, cuando dijo:

—¡Estamos en las Catacumbas de París!

BÉSAME EN LAS CATACUMBAS DE PARÍS

Chantal iluminaba el túnel con la luz de su móvil y Barry la seguía. Los demás decidieron regresar a la superficie después que Rasmey recordara haber leído el día anterior que las Catacumbas eran casi 300 kilómetros de túneles bajo París con más de seis millones de esqueletos humanos, y que a finales del siglo XVIII un portero del Hospital Val de Grace bajó a buscar vino escondido allí, se perdió, y diez años después hallaron su esqueleto.

Cuando Pierre dijo que él no continuaba, Wambo, Alitzel y Rasmey lo apoyaron. Pero Chantal había mirado a Barry con sonrisa retadora.

—Vamos —invitó—, no temo a los muertos. Yo también estoy muerta.

El muchacho había aceptado el desafío y ahora caminaban casi agachados. Avanzaron unos veinte pies hasta que llegaron a un sitio donde el túnel se bifurcaba. Chantal se detuvo, Barry tropezó con ella y la chica se volvió hacia él. Entonces, escucharon un ruido lejano.

—Es peligroso seguir —advirtió—. Si nos perdemos, nunca nos van a encontrar.

—¿Te gusta mi lápiz de labios? —le preguntó Chantal y, sin dejarle responder, dijo—: Pues gracias a mi pintalabios vamos a salir rápido de aquí. —Señaló para una raya roja sobre los huesos de una pared—. Marqué todo nuestro camino de regreso. Vamos.

* * * *

Cuando Barry y Chantal salieron a la superficie en el túnel, Rasmey tenía abierto en su tableta un mapa de las Catacumbas y había ubicado las dos salidas clandestinas de ese tenebroso mundo subterráneo más cercanas al parque Montsouris: por alguna de ellas podrían salir a la superficie Vlad Drácula, la condesa Jusztina y Ciprián, y ni Pierre ni los muchachos querían que se les escaparan. Decidieron dividirse: Barry y las muchachas fueron con Pierre hacia una salida de las Catacumbas localizada junto a un muro en el

bosquecillo que rodeaba al Observatorio de París, y Wambo se encaminó hacia la otra, ubicada en la Plaza René-Le Gall, muy próxima al edificio del Mobilier National.

Wambo se guiaba con su móvil. No había llegado a su destino cuando descubrió a Drácula y su séquito caminando por la *rue* de Croulebarbe, a esa hora casi desierta. Llamó a Rasmey y le informó que los seguía. Fue tras ellos por la avenida de los Gobelinos y se sorprendió al pasar ante los parroquianos y turistas que colmaban las mesitas del restaurante Le Reveil Matin. Porque Drácula y los suyos no subieron a una limusina ni entraron a un lujoso hotel, sino que bajaron a la estación de Metro de Les Gobelins, como cualquier hijo de vecino.

El muchacho bajó a la estación, al llegar el tren subió al mismo vagón que ellos y los vigiló sobre los hombros de los otros pasajeros. Los imitó cuando cambiaron de la línea 7 a la 2. Sintió frío al salir a la superficie en la estación de la Plaza Pigalle y los siguió por la ya desierta *rue* Houdon, por donde se internaron en Montmartre. A una distancia prudencial, caminó tras ellos por callejuelas empedradas hasta que los tres misteriosos personajes entraron por una puerta colindante con una cafetería de mesitas al aire libre. Wambo llegó bajo un letrero que anunciaba al hotel Le Petit Chat y entró. Drácula recogió la llave que le entregó el recepcionista y se dirigió junto a sus acompañantes a un estrecho ascensor. Wambo dio media vuelta y miró a su móvil como si leyera un mensaje, para evitar que le vieran el rostro.

Asomado tras una furgoneta estacionada en la acera contraria, el africano vendedor de suvenires vigilaba la puerta del hotel Le Petit Chat al que habían ingresado Vlad Drácula, Ciprián, Jusztina... y Wambo.

* * * *

—Vlad Drácula hizo veladas amenazas sobre lo que podría pasarle a mi familia si no le vendía el puñal —aseguró Pierre mientras, nervioso, se torcía el bigote y caminaba en círculos por su habitación del hotel Bonne Nuit Trocadero. Barry, Rasmey, Alitzel y Chantal, sentados en la cama, lo escuchaban con atención cuando sonó un móvil.

—¡Es Wam! —dijo Rasmey y leyó en su teléfono—: Dice que ya regresa a nuestro hotel, y que Drácula, la condesa y Ciprián viajan en metro y se

hospedan en un hotel barato.

—No tienen dinero —dijo Pierre, asustado—. Lo que quieren es robarme el puñal.

—Usted dijo que lo tiene en un lugar seguro —recordó Barry.

El hombrecito movió la cabeza, antes de mirar a los muchachos, casi avergonzado.

—Lo he tenido conmigo todo el tiempo, escondido en un doble fondo.

Fue hacia la maleta que descansaba sobre una mesita, retiró la ropa, alzo una tapa negra y extrajo un hermoso puñal cuya empuñadura plateada terminaba en la cabeza de un águila. Se volvió a mostrarlo a los muchachos, pero tropezó y el puñal cayó al piso. Ante el asombro de todos, al golpear el suelo, la cabeza del águila se abrió en dos.

—¡Oh, Dios!, ¡se rompió! —exclamó el hombrecito. Pero al recoger el puñal, notó que del sitio donde se abrían las dos partes de la cabeza de águila sobresalía un papel enrollado. Pierre buscó en su maleta dos guantes de látex, se los puso, fue hasta el pequeño escritorio de la habitación y los muchachos lo rodearon. Con extremo cuidado, el anticuario extrajo el papel, comprobó que mantenía cierta flexibilidad, y lo fue abriendo con delicadeza—. Hace siglos, el papel era más resistente que ahora —acotó el anticuario.

Cuando lo extendió sobre la tapa del escritorio, fue evidente para todos que se trataba de un plano, al parecer de un castillo estrecho y alargado. En el croquis, estaban dibujados los diferentes niveles de la edificación, las escaleras que los comunicaban y múltiples habitaciones, salones y torres. Con un trazo diferente, se distinguían unas flechas que guiaban el rumbo hasta una especie de sótano y concluían en unas cuantas piedras del suelo. El plano revelaba que, debajo, existía un pequeño recinto secreto en cuyo interior se escondía un cofre.

—A Vlad Drácula no le interesa el puñal —aventuró Pierre—, sino el plano que indica donde está oculto desde hace siglos un cofre con objetos de incalculable valor.

* * * *

—Hay algo oscuro en la lámpara —dijo Wambo y señaló al techo de su habitación.

El muchacho había sido el primer en entrar al cuarto y se había acostado con ropa sobre su cama para descansar después de su larga caminata. Cuando Barry encendió la luz, Wambo había notado un pequeño objeto negro rectangular que descansaba en el cristal del plafón. Intrigado, se paró sobre el colchón y, aprovechando que Barry le sujetaba con firmeza las piernas, se estiró hasta alcanzar el tornillo en el centro del plato de cristal. Cuando lo desenroscó, bajó el plato, tomó el objeto rectangular, lo dejó caer en las manos de Rasmey y volvió a sujetar la lámpara con el tornillo.

—Es una memoria USB —observó Rasmey cuando ya la estaba insertando en su tableta, sobre el escritorio—. Tiene solo un archivo. Es un mapa de París.

Barry, Wambo y Alitzel rodearon el mueble y contemplaron la pantalla. El mapa tenía señalados algunos sitios turísticos, y en cada uno de ellos había escrita una fecha y una hora.

—Junto a la Torre Eiffel tiene las fechas de anteayer y de ayer —indicó Barry—, y dice “Citas 1 y 2”.

—Tiene marcadas cinco fechas —dijo Wambo, tocando unos puntos en el mapa—, en distintos sitios de París, a diferentes horas.

—¡La “Cita 3” —señaló Alitzel en la pantalla—, es mañana en el Museo del Louvre!

—Quizás se le quedó a algún turista que estuvo en esta habitación —aventuró Rasmey—. Pero ¿por qué estaba en la lámpara?

—¡No! —exclamó Wambo—. Esto es lo que buscaba el hombre disfrazado, siguiendo órdenes de Vlad Drácula, cuando creían que Pierre todavía vivía en esta habitación.

—¿Quieres decir que esta memoria es de Pierre? —le preguntó Barry—. ¿Y por qué no nos habló de este mapa? ¿Qué nos está ocultado Pierre?

LA TERNURA NO ESTÁ EXTINGUIDA

Barry había ido al baño de su cuarto y Alitzel le había dicho a Rasmey que ella llevaría la tableta, pero, con toda intención, la dejó sobre el escritorio. Las dos muchachas se despedían de Wambo en la puerta de la habitación de los varones, cuando Alitzel dijo:

—Ras, recoge tu tableta, que se me quedó —y echó a andar hacia su cuarto.

—Yo voy —le dijo Wambo a Rasmey, y regresó a la puerta con la tableta—. Toma.

Los dedos de ambos se rozaron, pero Rasmey no retiró su mano y los dos sostuvieron la tableta, casi paralizados. Al muchacho comenzó a latirle muy fuerte el corazón. Supo que debía decir algo, pero no era capaz de pensar. Rasmey tomó la tableta.

—Me quedé preocupada cuando fuiste tras Drácula —susurró—. Debo irme.

—Ras... me alegra que te veré mañana.

—Llevas siete años —dijo Rasmey con tímida dulzura— viéndome cada mañana.

—No sé... —dijo Wambo y se acercó más a la muchacha—. Ahora es diferente.

—Sí, es diferente —admitió ella, con voz apenas audible—. Que duermas bien.

Wambo creyó que debía despedirse con un beso, al menos en la mejilla, e inició el gesto, pero se frenó, ante el temor al rechazo. Ambos se miraron. El muchacho estaba totalmente turbado, sudaba frío. Rasmey se dio cuenta y un raro calor en su pecho la impulsó a tomarle las manos y besarlo en la mejilla. De inmediato, se alejó hacia su habitación mientras el corazón le palpitaba a una velocidad insólita.

Rasmev se acostó sin hacer ruido para no despertar a Alitzel, quien dormía en la cama contigua. No tenía sueño alguno y, de hecho, no quería dormirse, sino disfrutar de la emoción por lo ocurrido. Se preguntó si la conexión que tenía con Wambo se debía a todo lo que ambos habían sufrido cuando eran muy niños, antes de que Vicky los adoptara.

Del cajón de su mesita de noche extrajo una foto y un recorte de prensa. No tuvo que encender la luz: los conocía de memoria. Acarició la superficie de la fotografía, en la que aparecía junto a su hermana Maly ante la que ambas llamaban la “factoría de los horrores”. Palpó el recorte de prensa. Era como si en la oscuridad pudiera ver el titular que decía “Joven periodista salva a una menor camboyana de la esclavitud en Tailandia” y la foto de Vicky junto a una niña delgada, sobre cuyos ojos el diario había impreso una faja negra.

Ella le había dicho a Wambo que era su hermana Maly, que había quedado en Tailandia y quizás estuviera siendo obligada a hacer cosas malas, y que algún día iría a rescatarla.

Pero ahora tendría que contarle la verdad, y explicarle por qué ella tenía miedo de que alguien se le acercara con intenciones amorosas.

* * * *

Chantal tomó a Barry de la mano, le hizo entrar con ella a la habitación y cerró la puerta.

Diez minutos antes, el muchacho estaba en su cuarto preparándose para dormir cuando recibió un mensaje donde Chantal le preguntaba si querría ayudarla a limpiar habitaciones. Se alegró: cualquier excusa era buena para estar junto a ella, y dijo que sí, se vistió de nuevo, subió al quinto piso del hotel y llegó hasta la puerta donde Chantal lo estaba esperando.

Ahora se encontraban en una habitación, los dos solos, y un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Examinó el cuarto, vio una cortina semicerrada y fue hacia allí.

—Desde la altura de este piso sí se puede ver la ciudad —le dijo a la muchacha, mirando hacia afuera a través de los cristales del ventanal.

Chantal lo tomó de la mano y, con seriedad no fingida, lo reprendió:

—¿No viniste a ayudarme?

—¿No te gusta estar conmigo y ver París? —le preguntó Barry, al tiempo

que la tomaba por la cintura y con la otra mano abría la cortina.

—No —dijo ella separándose, y se sentó en el borde de la cama—. No quiero.

Barry se asustó. Chantal lo estaba rechazando. Las promesas de esa noche se esfumaron y la perspectiva de que algún error le llevara a perder a esa muchacha lo llenó de zozobra. Solo se le ocurrió sentarse a su lado y mantener silencio, angustiado ante la certeza de que Chantal le exigiría que se largara. En cambio, la muchacha se recostó a él y le oprimió el brazo.

—No me gusta ese paisaje de postal turística. —dijo Chantal, con tristeza—. Eres lindo porque estás muy lejos del dolor absoluto.

Barry tomó el rostro de la muchacha entre sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos. Fue un gesto suave, pero, a la vez, muy seguro y viril, y a ella no le pasó inadvertido.

—Mi padre y mi madre eran jóvenes —comenzó Barry y, cuando se aseguró de que ella le prestaba total atención, dijo—: Dos bombas los destrozaron y de milagro no me hirieron a mí. Creímos que había sido un ataque terrorista hasta que supimos que había sido la Mafia. Mis hermanos y yo estamos más cerca del dolor de lo que puedas imaginar. ¿Me vas a contar?

Chantal no pudo hablar de inmediato. Barry le oprimió una mano para transmitirle fuerza, hasta que ella bajó la vista y dijo con voz desangelada, como si hablara de otra persona:

—Karim y yo soñábamos con viajar a París, la ciudad romántica donde, después de pasar hambre y frío en una buhardilla, triunfaríamos con mis pinturas y su música, tendríamos hijos y seríamos felices para siempre.

Barry se sintió incómodo con la mención de Karim, pero enseguida comprendió que ella le contaba algo muy íntimo y escuchó atento. La percibió tan emocionalmente cercana que comenzó a acariciarle la mejilla. La muchacha lo miró extrañada y Barry captó en sus ojos que, motivada solo por una curiosidad seca, casi científica, ella se preguntaba cómo era posible que otro ser humano la mirara con una ternura que había dado por extinguida. Pero Chantal, como rehuendo de un peligro, volteó la vista al suelo, y se encogió de hombros.

—De mis sueños, en París solo logré el hambre, el frío y la buhardilla, pero sin pintura ni música ni futuro, porque ya no hay Karim, ni lo va a haber jamás. —Barry se conmovió al comprender que las bombas habían hecho trizas las ilusiones de la muchacha y le resultó insoportable la cercanía de

tanta belleza mutilada de afecto—. Ahora —dijo ella— no existe esa Shaina que es todo dolor, culpa y ningún deseo de seguir. Aquí solo está Chantal.

La infinita tristeza de la muchacha permeó a Barry y llegó a quién sabe qué recóndito escondrijo en sus emociones. Un súbito desasosiego le oprimió el pecho y, de forma inapelable, y para su propia sorpresa, los ojos se le aguaron. Chantal se desconcertó.

—¡Oh! Pobre chico lindo. Yo no valgo la pena. —dijo ella. Barry se sintió turbado e intentó separarse. Pero la muchacha optó por ponerse de pie y, en un tono que trató de ser entusiasta, le preguntó—: ¿No vas a ayudar a Chantal? — Le dio un beso cariñoso y fue al carrito de la camarera. De allí extrajo sábanas blancas y limpias y se acercó a Barry—. ¿Nunca has tendido una cama? —le preguntó, le dio la espalda y comenzó a sustituir las sábanas y fundas usadas por otras que despedían un invitador olor a limpio. Mientras se desplazaba para arreglar la cama, caminó ante Barry—. No sabes hacer nada —dijo, con desafiante coqueteo.

—Sé besarte —aseguró Barry, la volvió hacia él y la ciñó por la cintura. Cuando la muchacha le respondió al beso, se sintió poderoso, y le dijo—: Y sé cómo conquistarte.

—Jamás me voy a enamorar, ni de ti ni de ninguno de los otros.

—¿Hay otros? —le preguntó Barry, confundido y sintiéndose minúsculo, ordinario.

La respuesta de Chantal fue besarlo, y aunque el beso no ahogó el desconcierto del muchacho, al menos lo mitigó lo suficiente como para que él la estrechara de nuevo.

—¿No estás cansado? —le preguntó Chantal, se zafó del abrazo, se sentó en la cama.

—¿Hay otros? —insistió Barry.

—Me encanta este olor a limpio —dijo ella y se echó hacia atrás—. Eres el muchacho más dulce que Chantal ha conocido. —Con expresión de niña pícaro a punto de hacer una maldad, extendió sus manos hacia Barry, para atraerlo—. Ven, bonito.

Al muchacho le dolió la sospecha de que Chantal no lo hacía porque lo necesitara, sino por agradecimiento hacia la delicadeza con la que, según ella, él la trataba. Pero su urgencia de abrazarla era tan avasalladora que superó cualquier intento de racionalizar lo que ocurría: supo que era solo un ser desvalido, sediento de la misteriosa e insólita felicidad que se le ofrecía sin

que llegara a conocer qué había hecho para merecerla. Se dejó caer, dominado por la extraña confusión de saberse un joven común y, a la vez, de aceptar que, gracias a algún error universal, había sido elegido por una muchacha mágica cuyas razones permanecían más allá de cualquier comprensión.

* * * *

Una hora después, cuando Barry regresó a su habitación, se dejó caer sobre la cama, pero no pudo dormirse. Había estado con otras chicas, noviecitas de la escuela, pero ahora esas experiencias habían quedado reducidas a una especie de ejercicio preparatorio. Esto había sido muy diferente. Con Chantal, él no era el protagonista del beso ni de las caricias, ni siquiera el cómplice sino, más bien, casi la víctima. La muchacha, unos meses menor que él, lo había abrazado como si fuera una prueba de vida. Después, mientras Barry intentaba asimilar la experiencia, la había notado indiferente.

—¿Para ti esto no ha sido importante? —le preguntó, casi angustiado.

—Como romperme una uña. —Chantal pareció apenarse al ver la expresión de decepción de Barry, y añadió—: No es tu culpa. Así es con cualquiera.

Al recordar en su habitación la respuesta de la muchacha, le resultó insoportable intuir que él solo había sido un entretenimiento, y que ella había estado y estaría, muy pronto, en otros brazos. Con esa angustia, terminó durmiéndose, rendido de cansancio y ansiedad.

LONEWOLF, EL REY DEL COLTÁN

Wambo tenía dificultades para dormir. Admiraba la inteligencia de Rasmey, su tenacidad, su belleza... Sentía algo especial hacia ella, pero hacía tiempo que se había prometido no albergar amor por nadie, para poder sobrevivir a las terribles pérdidas sufridas en su niñez.

Hacía ocho años de aquella tarde gris en la que él y su gemela Makemba pintaban con crayolas en sendos pliegos de papel en un aula que había improvisado detrás de la capilla el padre Florentino, el misionero español a quien en la aldea de Bogoro todos llamaban Tino.

A sus siete años, Wambo tarareaba canciones de su etnia, bailaba y mostraba inusuales aptitudes artísticas. Se fijaba en fotos de arte africano que el padre Tino tenía en su cámara y, guiado por el sacerdote, había aprendido a esculpir en madera piezas rudimentarias de singular belleza. Makemba, además de ser una niña muy dulce, tenía un inusual sentido de los colores y bailaba y cantaba con una perfección natural que maravillaba a todos.

Ambos admiraban hasta la adoración a Kuku, el hermano mayor, de nueve años, que los cuidaba mientras la madre se ocupaba de la casa y el padre trabajaba en las minas de coltán. Makemba había dibujado un retrato de Kuku y lo había colgado en la pared sobre su camita. Y Wambo imaginaba a su hermano como un poderoso leopardo que lo protegía y había tallado en un pequeño pedazo de madera la cabeza de un felino, la había pintado de amarillo con motas oscuras y, amarrada con una cuerda, se la había colgado del cuello.

La tarde presagiaba tormenta y cuando escucharon un ruido, Wambo y Makemba supusieron que había sido un trueno, pero la sorpresa y el temor en el rostro del padre Tino les hizo pensar que se equivocaban. Fue entonces que Kuku entró corriendo al aula.

—¡Huya, padre! —le dijo Kuku al misionero—. Si lo ven, lo matan.

Wambo y Makemba supieron que ocurría algo horrible pero no tuvieron tiempo para pensar en más. En cuanto el padre Tino salió por una ventana y se

internó en la maleza, Kuku los llevó a un rincón, les echó encima varios lienzos y cartulinas coloreadas, exprimió encima varios tubos de óleo, para que pareciera simplemente un destrozo, y terminó deslizándose él mismo bajo los cartones. Les pedía a los gemelos que guardaran absoluto silencio cuando sonó una ráfaga de ametralladora justo por donde había tratado de escapar el padre Tino.

Desde su escondite, Wambo, Makemba y Kuku escucharon los ruidos y gritos que les decían que los atacantes arrasaban con todo, destruían la aldea y mataban a los adultos. Alguien entró en la habitación, caminó unos pasos y pareció regresar a la puerta, desde donde lanzó varias ráfagas y se fue. Cuando cesaron los disparos y explosiones, Kuku levantó unos lienzos, comprobó que estaban solos y sacó a sus hermanos del escondite. Pretendía huir con los gemelos, pero Wambo sintió la urgencia de buscar a sus padres, fue a la puerta y escapó.

Más tarde, Kuku le contó que tomó a Makemba de una mano, saltaron por la ventana y se internaron en la maleza. Cuando se alejaron unos veinte metros de la aldea, ocultó a la niña en una zanja, la cubrió con unas ramas, y fue en busca de Wambo. Solo dio unos pasos y lo capturaron unos hombres armados. Cuando Makemba escuchó el forcejeo, salió de su escondite y también la atraparon a ella. Cuatro adultos y dos menores, armados todos con fusiles, los condujeron hasta la plazoleta de la aldea, entre la escuela y la tienda, que habían sido quemadas, al igual que las casas aledañas. Los reunieron con otros niños del caserío que también habían sobrevivido a las explosiones y disparos, pero Wambo no estaba entre ellos.

Kuku vio que los atacantes eran más de doscientos. Portaban desde morteros y fusiles de asalto, hasta machetes, hachas y flechas. No eran solo hombres sino también niños, apenas uno o dos años mayores que él, con fusiles que casi ni podían cargar.

La tropa la comandaba un hombre extremadamente flaco y nervudo, de ojos pequeños que parecían brillar con un odio tan intenso que infundía miedo a sus mismos soldados.

A una orden del cabecilla, los combatientes adultos rodearon a Kuku, Makemba y a todos los niños que habían capturado, y fueron avanzando hacia la salida del poblado.

Kuku le contó a Wambo que había temido lo peor según se acercaban a su casa. Solo media hora antes, su madre había preparado allí una merienda para

que él se la llevara a los gemelos y se disponía a zurcir uno de los pantalones con los que su padre trabajaba en la mina de coltán. Había tantos muertos en la calle, que los hombres los obligaron a pasar sobre ellos. Kuku fue contando más de un centenar de casas quemadas o con boquetes en las paredes. A la distancia, vio que aún ardía el techo de la casa familiar y ante la puerta se agrupaban varios cuerpos. Le pasó un brazo sobre el hombro a Makemba y le tapó los ojos.

Kuku le contó más tarde a Wambo que, cuando se acercaron, reconoció el vestido de su madre de entre el grupo de cadáveres amontonados y supo que el cuerpo que estaba junto a ella era el de su padre, y la aflicción, la rabia y, sobre todo, el miedo, le oprimieron el pecho casi hasta ahogarlo. En ese momento, Wambo escuchó el ruido de los hombres que se acercaban y decidió levantarse de entre los muertos, cubierto totalmente de sangre. Cuando se alzó, vio que los atacantes retrocedieron, tan asustados que ni siquiera tuvieron el aplomo para usar sus armas. El líder fue el único que no se movió, sino que observó al niño con sumo interés.

—No disparen, es mi hermanito —gritó Kuku.

A una señal del jefe máximo, los guerreros le ordenaron a Wambo que se uniera a los niños prisioneros, pero no lo tocaron. Kuku supo que creían que Wambo había resucitado y era un niño mágico. A la salida del poblado, separaron a las hembras de los varones y los subieron a todos a varios camiones. Después de varias horas por carreteras desiertas, los vehículos ingresaron a un caserío en ruinas, pasaron ante algunas viviendas quemadas y frenaron ante lo que parecía haber sido una tienda de víveres. Los bajaron de los camiones y no vieron a habitante alguno, solo combatientes. Kuku no logró localizar a Makemba ni a las otras niñas, y se prometió velar por su hermana cuando supiera dónde se encontraba.

Los guiaron hasta una edificación de un solo piso. A Kuku y Wambo los metieron en una habitación con otros veinte niños y amarraron un pie de cada uno con la misma larga soga, para que no escaparan. Por unos pupitres destruidos, supieron que había sido la escuela del poblado. Wambo estaba muerto de miedo, y Kuku le dijo que debían callar y obedecer.

Al día siguiente, los subieron de nuevo a los camiones y los trasladaron a una mina de coltán donde tuvieron que excavar con herramientas rudimentarias, en medio del barro y con el agua hasta la cintura. Kuku comprendió que si esa labor de esclavo se repetía cada jornada, con horas

interminables cubiertos de barro desde los cabellos a los pies, Wambo terminaría enfermándose.

En la mina se enteraron, por otros niños, que el hombre al que todos temían se llamaba Bosco Mudacumura, alias Lonewolf, el Rey del Coltán. Un guerrero les dijo que ese mineral era como oro, que servía para hacer teléfonos móviles y computadoras.

De regreso al campamento, los agruparon en un descampado detrás del caserío donde habían situado una mesa larga sobre la que colocaron todo tipo de armas. Allí, dos jefes comenzaron a enseñarles el manejo de pistolas y rifles, y Kuku supo que querían convertirlos en *kadogos*, que en swahili significaba “pequeños que combaten”.

Esa noche se acostaron exhaustos. Todavía era de madrugada, cuando los despertaron para trasladarlos de nuevo en camiones para las minas. Mientras trabajaban metidos en el agua y el barro, Kuku se enteró, por otros prisioneros, de algo terrible, y fue a contárselo a Wambo.

—Dicen que a los guerreros que atacaron a Bogoro, Lonewolf les ordenó matar a las viejas y violar a las jóvenes.

—¿Qué es “violar”?

Kuku decidió no explicarle a Wambo, por el momento:

—Algo muy malo —le dijo—, de lo que las mujeres casi nunca se curan después.

Esa tarde, al volver al campamento, de nuevo dos jefes militares les mostraron cómo debían usar un rifle, y gritaban y golpeaban al que no aprendiera rápido. Wambo y Kuku comprendieron que la habilidad al disparar podría sacarlos de las minas llenas de barro. Wambo casi no podía alzar el AK 47, pero, con la ayuda de Kuku, se esmeró en aprender.

En menos de una semana, ambos lograron destacarse y los jefes decidieron que no fueran a extraer coltán, sino que se quedaran en el campamento entrenándose en el manejo de las armas, y los pasaron para un cuarto donde dormían solamente cuatro *kadogos*.

Por otros guerreros mayores, Wambo y Kuku supieron que estaban en la provincia de Kivu del Norte, entre las poblaciones de Rukoko y Monigi, muy cerca de Ruanda. También se enteraron de que a las niñas las tenían en un campamento aparte, junto a la frontera con Ruanda, a donde solo iban los oficiales más importantes.

Esa noche, Wambo escuchó que Kuku sollozaba y, para que no lo oyeran

los otros dos *kadogos* que dormían en la habitación, le preguntó al oído:

—¿Por qué lloras?

—De rabia —le respondió Kuku en un susurro—. Yo le decía a Makemba que siempre la cuidaría y ahora mi pobre hermanita está sufriendo y yo no puedo hacer nada para protegerla.

Wambo quedó en silencio, pero a él también se le salieron las lágrimas y estuvo llorando por su hermana gemela hasta que se durmió.

En unos pocos días, Wambo se familiarizó con el manejo de la pistola Makarov y el fusil AK 47. Pero Kuku, quien se distinguió como buen tirador, le aconsejó no exhibir totalmente sus habilidades para que no lo enviaran enseguida a combatir: solo debía mostrar la pericia necesaria para que lo siguieran entrenando y no lo devolvieran a la esclavitud de las minas.

Un atardecer, Wambo y Kuku notaron que hasta los entrenadores temblaron al ver llegar a Lonewolf. El hombre pidió que cada *kadogo* mostrara su destreza con las armas. Todos los chiquillos estaban aterrados. A dos que no lograron controlar sus nervios, el cabecilla ordenó que, delante de los demás, los golpearan las espaldas con una varilla hasta sacarles sangre.

Al día siguiente, a esos dos los enviaron a trabajar a las minas. A Kuku y a otros dos *kadogos* que se había destacado por su serenidad, presteza y puntería, los unieron a una tropa de un centenar de guerreros, entre los que había una treintena de menores de dieciséis años.

Wambo vio que a todos los combatientes les pintaron la cara de blanco, los rociaron con agua mágica y les untaron aceite de palma para que no les entraran las balas. Uno de los *kadogos* más veteranos le explicó que la cuerda con un colmillo amarrado que exhibían alrededor del cuello era un amuleto para regresar vivo al campamento.

Esa noche, Kuku le contó a Wambo que en su primera incursión participó en el ataque a una aldea. El avance por las calles había sido rápido. Los guerreros con más experiencia fueron matando a tiros y hasta con machetes a toda la gente inocente, aún dentro de sus casas.

La situación se complicó cuando reaccionaron los soldados de otro jefe militar que ocupaba ese poblado. El combate fue fiero. Tuvieron que guarecerse tras un muro y Lonewolf mató a un niño de su propia tropa que se asustó y se negó a atacar. Para Kuku esa lección fue suficiente: se asomó desde el muro, apuntó con su AK 47 y disparó varias ráfagas. Cuando se le acabaron las balas, se refugió tras el muro, cambió el cargador, se asomó de nuevo,

oprimió el gatillo y las balas silbaron en dirección al enemigo. En medio del ensordecedor ruido de las armas, escuchó a Lonewolf gritándoles a otros *kadogos* que imitaran a Kuku.

Luego, el líder les ordenó salir a la calle central del poblado y avanzar disparando. Muertos de miedo, todos los *kadogos* obedecieron, y corrieron lo más cerca posible de las casas mientras disparaban sus armas. Kuku vio que cayeron dos niños que iban a su lado, pero siguió soltando fuego por el cañón de su fusil, hasta que llegaron al final del caserío y comprobaron que los enemigos habían huido a la selva.

De regreso a la plaza del poblado, Kuku vio los cadáveres de muchos enemigos, pero también de algunos de los *kadogos* de su campamento que por la mañana se habían pintado la cara de blanco y se habían untado el aceite para evitar las balas.

Los oficiales estaban reuniendo en la plaza los depósitos de coltán y a los niños y niñas que habían tomado prisioneros. Lonewolf se había quitado la camisa y un hombre con un botiquín de campaña le curaba una herida en el hombro. Kuku se percató de que el caudillo tenía múltiples cicatrices y hasta un vendaje en un brazo, producto de alguna herida reciente.

No le pasó inadvertido que Lonewolf había usado a los *kadogos* en las operaciones más peligrosas y supuso que prefería que muriera cualquier niño antes que alguno de sus oficiales importantes. Y temió por lo que podría ocurrirle a Wambo cuando lo enviaran a combatir.

Antes de subir a los camiones, el jefe máximo le pasó la mano sobre el hombro, lo felicitó por su fiereza y lo puso de ejemplo ante los otros *kadogos*. Y Kuku le contó a Wambo que había aprovechado el momento para asegurarle a Lonewolf que su hermano menor era, de alguna forma, un niño mágico, que podía hacerse de cierta manera invisible, y le sugirió que lo utilizara en operaciones de espionaje y de infiltración en los caseríos que planeaba atacar.

El caudillo militar accedió y en solo un mes, Wambo se convirtió en un hábil espía. Aprovechando la apariencia inocente de sus ocho años, se internaba en los poblados y luego informaba a Lonewolf sobre la cantidad de hombres y armas, y dónde depositaban el coltán.

Muchas veces, esa labor le hizo sentirse despreciable. Sabía que, con la información que él proporcionaba, el cabecilla y sus guerreros atacarían ese poblado y matarían a la mayoría de las personas inocentes que él veía llevando su vida cotidiana, ajenos a la tragedia que se les venía encima, de la

cual él era cómplice involuntario.

Con sus exploraciones, Wambo llegó a conocer palmo a palmo toda la región y cómo escabullirse, lo mismo de las tropas del ejército nacional que de otros grupos irregulares que lo habrían matado de conocer su filiación con Lonewolf.

Mientras desarrollaba habilidades como espía, iba viendo cómo, día a día, su hermano se convertía en un cruel *kadogo*, que se pavoneaba por el campamento con el AK 47 al hombro y dos pistolas en el cinto. Los oficiales premiaban a los niños más feroces y despiadados en el combate dándoles luego a fumar *bangui* o marihuana y permitiéndoles emborracharse con *kasese*, un aguardiente que Wambo no resistía ni oler pero que a Kuku comenzó a gustarle.

Otros *kadogos* le contaron a Wambo, con total admiración, que, bajo el efecto de las drogas, su hermano se había convertido en un feroz asesino, hasta de gente desarmada e inocente. Y fue evidente para todos que Lonewolf lo había notado, lo trataba con cierta consideración y le permitía participar de algunos privilegios.

Una noche, Kuku, acabado de llegar de un combate, le pidió a Wambo la cabeza de leopardo, se la colgó del cuello y fue a ver a Lonewolf. Como el líder lo estaba apadrinando, se atrevió a decirle que la cabeza de leopardo era el talismán que lo protegía contra las balas. Como si fuera un secreto, le dijo que Wambo no murió en la aldea y sobrevivió ensangrentado entre cadáveres porque tenía colgado al pecho ese talismán. Kuku le insistió en que los talismanes que esculpía su hermano eran mágicos. Y le sugirió que le ordenara a Wambo que se quedara en el campamento y le tallara un talismán personal.

En dos días, Wambo terminó un talismán para Lonewolf. El hombre regresó ileso de la siguiente incursión, y decidió encargarle al niño mágico varios talismanes que protegieran a cada uno de sus más importantes oficiales. A Wambo lo instalaron en lo que había sido un pequeño establo de madera con piso de tierra, donde habían colocado una cama desvencijada para que durmiera y una mesa para que trabajara en los talismanes.

Cuando se iban los que extraían el coltán y partían los guerreros a saquear aldeas, Wambo se quedaba trabajando en los talismanes. Solo permanecían, en el otro extremo del caserío, los guardias que custodiaban el arsenal y los depósitos de coltán en la estructura de mampostería donde había estado la

única tienda de víveres.

Los talismanes del niño fueron un éxito: los guerreros que los usaban no morían y apenas algunos regresaban con alguna herida leve, lo que acrecentó su fama de niño mágico. Comenzaron a llamarlo Lele de Dieu. Pero él sabía que el secreto de su éxito radicaba en que Kuku, con disimulo, había ido entregando los talismanes a los oficiales que, según había advertido, se cuidaban más durante los combates.

Wambo idolatraba a su hermano, quien, con solo diez años, había tenido la astucia para mantenerlo en el campamento y salvarlo así de una muerte casi segura. Pero la sagacidad de Kuku no había servido de nada para proteger a Makemba.

Esa madrugada, en París, sobre la cama en la que no podía conciliar el sueño, Wambo recordó la noche en la que Kuku entró borracho al establo donde tenía su taller, y le confesó que lo habían premiado permitiéndole visitar el campamento de los oficiales, donde tenían a las niñas. Y que allí vio a Makemba. Estaba ajada, usada, tenía marcas en la piel, moretones en el rostro y una tristeza imposible en la mirada. Como los demás oficiales no sabían que eran hermanos, Kuku pidió ir con ella a una habitación. Cuando estuvieron solos, la niña le imploró que la sacara de allí. Le contó que les daban drogas, las tenían como sus esclavas, y las obligaban a hacer cosas horribles. Y él le había mentido: le prometió que pronto iría a rescatarla, pero había sido una maldita mentira, una mentira piadosa... o despiadada, porque él, en ese momento, supo que su hermanita, con solo ocho años, ya no tendría salvación.

Esa madrugada, en el hotel La Lumière de l'Etoile, Wambo volvió a sufrir la pérdida de Makemba y Kuku, y se reavivó el inmenso dolor que en el pasado lo había llevado a prometerse que no entregaría incondicionalmente sus afectos a nadie, jamás.

¿Qué haría, entonces, con el acercamiento que había ocurrido de forma espontánea entre Rasmey y él? ¿Renunciaría a amarla o se lanzaría al abismo de la ternura aún a costa de exponerse al sufrimiento de una posible pérdida que, de seguro, le resultaría insoportable?

Debatiéndose entre cuál decisión tomar, lo rindió el cansancio y se durmió.

EL HOTEL DE DRÁCULA EN MONTMARTRE

De pie ante la única silla de su cuarto, Pierre parecía un acusado tratando de convencer a los miembros del jurado, mientras Barry, Wambo, Rasmey y Alitzel lo miraban con suspicacia.

—No dejé eso en la habitación —aseguró el hombrecito, señalando para la memoria, que Wambo sostenía en su mano—, mucho menos en una lámpara. Y no necesito un mapa para moverme por París.

Su tono de voz era tan sincero que Rasmey, Alitzel y hasta Wambo, siempre tan desconfiado, le creyeron.

Barry ni siquiera había prestado atención. Estaba desconcertado por la intensa necesidad que sentía de volver a ver a Chantal. Temía que la muchacha fuera demasiado adictiva para él, y se preocupaba porque sabía que no sería capaz de evitarla. Alitzel advirtió que Barry estaba abstraído, creyó conocer la causa, se inclinó hacia su hermano y le susurró al oído.

—Tienes que contarme sobre Chantal.

—Sí... ¡No!, no te contaré nada.

Pierre notó que le habían creído y se inclinó hacia adelante en la silla.

—Les pedí que vinieran —dijo— porque averigüé que a la princesa Ekaterina la sobreviven su nieta, Brianna Caradja y los hijos de esta. Como no tuvo varones que continuaran el apellido, adoptó a un anticuario alemán que se hizo llamar Ottomar Rodolphe Vlad Drácula, quien ya murió y dejó un hijo, que todavía es un menor. Pero no encontré a ningún Vlad Drácula XIX. Creo que es un farsante. —Miró un instante hacia su maleta, y continuó—: Debo estar unos días más en París y voy a guardar el puñal en una caja de seguridad de un banco. Pero temo que Drácula crea que está aquí y entre a robarlo.

—Avisé a la policía —sugirió Rasmey.

El hombrecito negó con la cabeza.

—Hasta ahora no ha hecho nada ilegal y no puedo probar que planea robar el puñal — dijo, miró al suelo y cuando alzó la vista, su mirada imploraba ayuda—. Tengo miedo.

Rasmev no sabía qué hacer, miró a sus hermanos y reparó en que Barry estaba ensimismado. Eso le molestó. Se preguntó cómo podía una chica solo unos meses mayor que ella manipular así a un joven inteligente como Barry. ¿Dónde radicaba el poder de Chantal? Era bonita, pero también inmadura, vulnerable, atrevida, sus gestos denunciaban múltiples experiencias sexuales y... Rasmev se sintió estúpida. Acababa de comprender que precisamente en esa enumeración supuestamente negativa radicaba el secreto para cautivar a un buen chico como Barry... o Wambo. Chantal era, en fin, todo lo que no era ella.

—¡Barry! —le dijo. El muchacho se sobresaltó y pareció despertar de un sueño—. Concéntrate en este problema.

—Sí —reaccionó Barry, y lamentó sentirse inquieto cuando sus hermanos siempre lo habían percibido como alguien seguro y resuelto. Decidió analizar lo que antes había escuchado sin prestar atención, y finalmente, propuso—: Dejemos que se roben el puñal.

* * * *

Barry, Wambo, Rasmev y Alitzel salieron de la iglesia del Sagrado Corazón, subieron por empinadas callejuelas junto a decenas de turistas y se detuvieron en la concurrida Plaza du Tertre. Allí, los pintores vendían sus obras y dibujaban retratos de los visitantes. Los chicos siguieron caminando por Montmartre y terminaron almorzando en un restaurante cuya ubicación para ellos era perfecta. Desde su mesa, vigilaban con facilidad la entrada a Le Petit Chat, donde Wambo les había indicado que se hospedaban Drácula, la condesa y Ciprián.

Alitzel observó que, en una mesa de la cafetería aledaña al hotel, una pareja de unos sesenta años estudiaba un mapa, en otra una chica con el pelo teñido de verde hacía reír a dos hombres jóvenes y en una tercera mesita un adolescente enviaba mensajes de texto y sonreía.

—Pierre me acaba de avisar que cumplió con mis instrucciones —anunció Barry mirando su móvil—. Compró una cámara de video que se activa con el movimiento. Luego, en la impresora de 3D de un amigo, hizo una copia en plástico del puñal y la pintó de colores similares al arma original. Llevó la copia del puñal a su habitación, donde la dejó semiescondida. Y, para

completar el plan, colocó estratégicamente la cámara de video, para grabar a cualquiera que intente robar la falsa reliquia.

Terminaron de almorzar y echaron a andar por la callejuela empedrada ante Le Petit Chat. Alitzel acababa de tomar una foto del hotel y la cafetería cuando sonó su móvil.

—¡Es Vicky! —dijo.

Mientras la periodista les contaba que regresaba esa noche y que había hecho arreglos para volver con ellos a Ginebra a finalizar su trabajo, el africano de barba y espejuelos los observaba desde la puerta de un edificio. Cuando los chicos se alejaron Montmartre abajo, mezclados con otros turistas, el vendedor de suvenires entró al edificio, se ocultó bajo una escalera y sobre una cajita plástica manipuló un polvo blanco y, con un tubito, lo inhaló.

* * * *

En el monitor de las cámaras de vigilancia, los muchachos vieron a una mujer, con la cabeza cubierta por la capucha de un abrigo gris y con grandes espejuelos de lentes de espejo, que salía del ascensor, avanzaba hacia la cámara y se perdía del ángulo de visión del lente.

—No podemos saber si entró a la habitación —dijo Alain a los muchachos, que se apretaban en el cubículo adyacente a la recepción del hotel.

—Sí entró —aseguró Wambo—. Yo dejé minúsculos trocitos de papel y otras trampas en puertas y cajones de los muebles. Cuando regresamos de Montmartre todos estaban caídos. Esa mujer entró y registró nuestro cuarto... aunque no se llevó nada.

Alain retrocedió la imagen y la detuvo en el mejor ángulo que halló del rostro de la mujer.

—La capucha y los espejuelos le ocultan la cara —dijo Rasmey—, pero por su mediana estatura podría ser la condesa Jusztina.

Escucharon un ruido y Alain, preocupado, salió del cubículo. Un huésped alto, delgado y canoso, se acercó a la recepción, dejó la llave de su habitación sobre el mostrador, atravesó el vestíbulo y salió a la calle.

Alain se volvió a los chicos y les pidió que abandonaran el cubículo para que el administrador no se enterara de que él les mostraba los videos. Los muchachos salieron de la recepción y se quedaron junto al mostrador.

—Hay algo raro —dijo Barry—: Jusztina, Drácula y Ciprián saben que Pierre se hospeda en el Bonne Nuit Trocadero y allí es donde podría estar el puñal. Entonces, ¿para qué la condesa Jusztina entró a nuestra habitación?

—No buscaba el puñal —respondió Rasmey—, sino la memoria con el mapa de París.

—El mapa lo tiene que haber dejado Pierre —intervino Alitzel—, que fue quien estuvo antes en ese cuarto, y debe estar relacionado con el puñal que quiere Vlad Drácula.

—Pierre nos mintió cuando dijo que no conocía el mapa —afirmó Wambo, molesto—. ¿Por qué? ¿Será que en algunas de esas citas él se va a entrevistar con alguien que no quiere que nosotros veamos, quizás un ladrón de obras de arte o de antigüedades?

—Podemos averiguarlo si vamos a la próxima cita —propuso Barry—: será dentro de unas horas, en la Pirámide de Cristal del Louvre. Y podríamos visitar antes el museo.

Wambo, Rasmey y Alitzel se mostraron de acuerdo.

—¿Podrían invitar a Chantal? —les rogó Alain—. A ella siempre le gustó la pintura. Yo los llevaría en la furgoneta, pues tengo que ir al mercado. A la vuelta, los recogería en el Louvre y los pasearía por el moderno barrio de La Defense y otros sitios de París.

—Sí, paséanos por París —le dijo Alitzel, con evidente coquetería.

Rasmey criticó a su hermana con la mirada y luego abrió su tableta para buscar el horario del Louvre, pero leyó algo que decidió compartir con los otros.

—Escuchen esto —dijo—: La policía francesa informó que busca en París a un peligroso y despiadado caudillo militar africano conocido como Capitán Diablo Le Roi. Y aquí publican una foto suya de hace dos años.

Rasmey la mostró. Era un africano alto con una horrible herida en el rostro que parecía haber sido hecha de un machetazo. La cicatriz nacía en la frente, pasaba sobre la cuenca del ojo izquierdo, cerrada y vacía, continuaba por la nariz, le atravesaba el labio, creándole una especie de mueca, y concluía en el mentón, dándole al rostro una expresión siniestra.

—Aquí dice —prosiguió Rasmey— que se han filtrado rumores de que Hosni Farouq iba a vender las armas al Capitán Diablo, quien tiene fama de asesino que se droga antes de cometer atrocidades.

*LA DEVASTADORA VISIÓN DE LA MONA
LISA*

Rasmev apenas podría controlar su emoción y Wambo se preguntaba si él podría lograr algo similar al magistral esfumado de Da Vinci en el rostro de la Gioconda. Alitzel experimentaba cierta desilusión porque los colores de la tela eran tenues y no intensos, como ella habría preferido. Y Barry no lograba comprender por qué ese cuadro, que para él era como cualquier otro correctamente pintado, había llegado a convertirse en uno de los más famosos en la historia de la humanidad.

Por el camino, Chantal les había confesado a Alitzel y a Rasmev que había aceptado la invitación porque esa tarde no tenía que trabajar, odiaba estar sola y deprimida en su cuarto y además era entretenido ir con Barry, quien estaba enamorado de ella.

Sin embargo, cuando llegaron al Louvre, se resistió a entrar al museo. Quería quedarse afuera, sentada en el muro de una fuente junto a la Pirámide de Cristal. Pero Barry y las chicas la obligaron a entrar con ellos. Barry la tomó de una mano, Alitzel de la otra y Chantal se emocionó con el gesto. Desde que las clases se suspendieron en su escuela de Alepo debido a la guerra, no había revivido la experiencia de que le tomaran ambas manos, como expresión de solidaridad. Tampoco le pasó inadvertido que estos cuatro chicos, que se profesaban entre ellos un amor incondicional, le estaban permitiendo sentirse parte del grupo.

Chantal había avanzado por los pasillos del museo esforzándose en no mirar hacia las pinturas y tratando de no escuchar los comentarios de Rasmev y Wambo sobre los cuadros famosos. Sentía que había sido un error entrar al Louvre, y a cada segundo, mientras avanzaba junto a centenares de personas, se mostraba más inquieta y nerviosa.

Pero lo peor ocurrió cuando estuvo ante la Mona Lisa. Al ingresar al salón habían encontrado una muchedumbre. Cada persona trataba de abrirse paso en

el tumulto para situarse ante la pintura, y lo mismo hicieron ellos. Finalmente, llegaron hasta el cordón que marcaba el límite. Chantal seguía tomada de la mano de Barry. Pero ella miraba hacia abajo. Quería evitar enfrentarse al célebre cuadro de Da Vinci, cuando, en medio de la multitud agolpada ante la obra, alguien la empujó accidentalmente, le hizo alzar el rostro, y tuvo una fugaz visión de La Gioconda. El efecto fue terrible. Chantal sintió un golpe en el pecho, le faltó el aire y experimentó un violento desasosiego.

El impacto de la Mona Lisa, esa obra maestra inalcanzable que admirara desde que comenzó a interesarse por la pintura en Alepo, de alguna forma abrió la compuerta tras la que había logrado acallar su pasado. Como un alud emocional irreprimible, rememoró de golpe sus dibujos, los días felices, su novio, el amor... y luego la guerra, las explosiones, la destrucción total, los cadáveres por doquier, la muerte de sus padres que la dejó desamparada y, como golpe absoluto y final, la devastadora desaparición de Karim. Como flashazos, los recuerdos de los trágicos días contra los que se había blindado, la asaltaron por sorpresa, la avasallaron y la regresaron al infierno de su propia vida.

Rasmey fue a comentarle algo a Chantal sobre el difuminado en La Gioconda y descubrió que la muchacha lloraba. Sin perder tiempo, le entregó un pañuelo que sacó de su bolsa. Barry se alarmó al darse cuenta de la conmoción que había sufrido Chantal. Pero Rasmey le hizo señas de que la dejara actuar a ella, tomó a Chantal de la mano, abrió paso entre la muchedumbre y se dirigió al baño más cercano.

Allí, ayudó a Chantal a echarse agua en el rostro. Cuando vio que la muchacha no se calmaba, la abrazó y, sin saber bien por qué, comenzó a llorar con ella. Chantal se impresionó. No comprendía por qué lloraba Rasmey, pero entendió que era una expresión de solidaridad y también supo que no era ella la única que había sufrido mucho. De pronto, sintió en su interior el germen de una rara e inesperada fortaleza.

—Chantal es una tonta —dijo—: tenía que haber sabido que Shaina iba a sufrir aquí. —Suspiró fuerte—: Te agradezco tanto, Rasmey... Vamos a calmarnos.

Rasmey no entendió bien, pero asintió, se separó de la muchacha y en medio de las lágrimas, sonrió. Una mujer entró al baño y al ver a las dos adolescentes llorosas se detuvo, suspiró y negó con la cabeza.

—Sea lo que sea, va a quedar atrás —afirmó y, sin preguntar, abrió su

cartera, sacó dos pañuelos de papel y se los dio—. Les esperan momentos felices, se los aseguro.

—Gracias —le dijo Rasmey.

Chantal se secó los ojos, respiró profundo e intentó recuperar la frialdad y la distancia con las que se había armado en los últimos meses y que le habían permitido esconderse de sí misma para poder sobrellevar a duras penas la catástrofe de haber sobrevivido.

* * * *

—La mujer que entró a la habitación no es la condesa Jusztina —aseguró Alitzel cuando llegó junto a Barry y Wambo, y los muchachos la miraron intrigados.

Al salir del museo, Rasmey y Alitzel habían estado tomando fotografías de la Pirámide de Cristal. Sus hermanos, sentados en la base del pedestal de la estatua de Luis XIV, examinaban muy atentos los grupos de turistas que ingresaban al patio del Museo del Louvre. Esperaban ver llegar a Pierre, para esconderse de él, acecharlo y conocer con quién se reunía.

Chantal no había querido acompañar a las chicas y se había quedado sentada junto a Barry. Al verla concentrada en limarse las uñas, fue que Alitzel recordó un detalle que antes había pasado por alto.

—En el barco por el Sena —explicó Alitzel— la condesa Jusztina tenía las uñas largas y pintadas de negro. La mujer del video las tenía cortas y de rojo.

—Entonces, ¿quién era? —se preguntó Barry, y al mirar hacia los turistas que continuaban llegando a la plaza, sugirió—: Vamos tras la estatua. Desde allí veremos llegar a Pierre sin que nos descubra. Ahora no estoy tan seguro de que fue Ciprián el hombre que entró primero a la habitación.

—¿Será que no buscaban el puñal sino el mapa de París? —sugirió Rasmey cuando los cinco se apiñaron tras el pedestal del monumento.

Alitzel la miró, desconcertada.

—¿El mapa y el puñal no están relacionados?

—Pierre dijo que no sabía nada sobre el mapa —recordó Rasmey— y quizás decía verdad.

—Si no es Pierre —preguntó Wambo—, ¿quién tiene la cita en el Louvre y

con quién?

Wambo miró a su alrededor con suspicacia, pero desde donde estaba sentado le fue imposible detectar que, tras una de las columnas del Pabellón Denon, el africano de barba y espejuelos oscuros que vendía suvenires hablaba por su móvil.

—Estoy en el sitio acordado —dijo el hombre—, y todo está bien.

Muy cerca, recostado a una de las farolas del patio, un joven delgado y de gafas redondas envió un mensaje de texto que decía “Sobre la pista”, y continuó espionando al africano.

Desde la base de la estatua, Wambo observó que, tras un auto Mercedes Benz de cristales oscuros que acababa de detenerse en la Plaza de Carrusel, se estacionaban dos autobuses de turismo de los que descendían decenas de personas. Cuando bajó la ventanilla trasera del Mercedes, un hombre asomó el rostro y, a pesar de la distancia y los turistas que se interponían mientras tomaban fotos, Wambo lo reconoció y se horrorizó.

No tenía duda alguna: aquel hombre de rostro afilado que miró hacia el patio del Louvre con sus pequeños ojos plenos de odio era Lonewolf, el cruel caudillo militar que había matado a sus padres, convertido a él y a Kuku en niños soldados y esclavizado a Makemba.

LA PRISIONERA PELIRROJA

Atardecía en el Congo cuando Wambo escuchó una gritería de alborozo, y abandonó el talismán que estaba trabajando para asomarse a la calle central del caserío. Kuku y los demás guerreros escoltaban al líder, quien caminaba en medio de vítores, llevando en una mano una cámara fotográfica profesional y en la otra la punta de una larga soga. Wambo supuso que el otro extremo estaría atado a la cabeza de un animal, pero grande fue su sorpresa cuando vio que la soga terminaba alrededor del cuello de una mujer blanca, pecosa y pelirroja, que avanzaba a tropezones, con las manos amarradas y sus ropas manchadas de sangre.

Lonewolf se detuvo ante Wambo, haló la cuerda y, cuando la prisionera quedó a un pie de distancia de él, la derribó de un bofetón. La tropa reaccionó con una ovación. Cuando la mujer se levantó, tenía sangre en el labio. El líder alzó la cámara fotográfica como un trofeo, y algunos combatientes le pidieron que golpeará una vez más a la prisionera.

—¡Silencio! —gritó Lonewolf, y el clamor se ahogó—. Al que maltrate a esta mujer, lo estrangulo con mis propias manos. La quiero sana, porque voy a pedir rescate por ella.

Luego, les dio órdenes a Kuku y otros oficiales, quienes halaron a la prisionera por las manos atadas y la metieron en el establo. La arrastraron hasta un tronco que hacía de columna donde amarraron el extremo suelto de la soga, dejándole apenas el tramo suficiente para que pudiera tenderse sobre un colchón mugriento y hacer sus necesidades en un cubo plástico sin que la cuerda la ahorcara. El líder se acercó a Wambo y le habló en swahili:

—Si intenta escapar, usas tu Makarov, el AK47... o si prefieres, tu machete. Las mujeres blancas son todas malas, no quieren a nadie más que a los mismos blancos. Si pudieran, eliminaban a todos los africanos. —Señaló para la pelirroja—. Y esta es de las peores.

Wambo asintió, tomó la Makarov, se la colocó al cinto, entró al taller, se sentó ante su mesa de trabajo, y concentró su atención en la prisionera. El

cabecilla asintió, complacido, y se alejó, rodeado por sus hombres, que no cesaron de alabarlo.

Cuando la calle quedó en silencio, Kuku entró al establo. Wambo se volvió hacia él y, en voz baja y muy enojado, le dijo en swahili, mientras señalaba para la mujer:

—¡No tenía por qué golpearla! Es una mujer, estaba amarrada y tiene heridas.

—Lonewolf es un animal —le dijo Kuku, en swahili—. Pero no te preocupes. La sangre en su ropa era del chofer congolés que la acompañaba: intentó defenderla y lo mataron.

—No quiero vigilarla —dijo Wambo—, y menos aún dispararle.

—No va pasar nada —le aseguró Kuku y, cuando ya se despedía desde la puerta, anunció con voz queda—. Me prometieron que, una de estas noches, me llevarán al campamento de los oficiales, y quizás pueda hablar con Makemba. —Sonrió, con cierta tristeza, y se fue.

Wambo volvió a su mesa de trabajo, pero no pudo despegar su mirada de la mujer, que se había dormido desde que se tendió sobre el colchón. Tendría entre veinticinco y treinta años y le recordaba a Immaculada, la monja catalana pelirroja y pecosa que había enseñado a leer y escribir no solo a él, sino a Makemba y a los otros niños de Bogoro. Wambo sabía que no todas las mujeres blancas eran malas, porque él había conocido a Immaculada y a las otras misioneras; pero quizás Lonewolf tuviera razón y esta sí lo era y por eso la tenían con las manos amarradas y una cuerda alrededor del cuello.

* * * *

Al despertar en la mañana, se disponía a continuar trabajando un talismán, cuando vio sobre el suelo de tierra, a dos pasos de donde dormía la mujer, un pequeño objeto que la noche anterior no estaba allí. Se acercó, lo tomó y comprobó que era una cámara digital mucho más pequeña que la del padre Tino, diminuta. No tuvo dudas de que pertenecía a la mujer, y que ella la había situado allí para que él la viera. Se cercioró de que la prisionera dormía, y buscó fotos en la pantallita. Se extrañó de ver imágenes de máscaras y otras piezas de arte africano, talladas en madera. Estaba entretenido mirando las fotos, cuando lo sorprendió una voz que le dijo:

—Son talismanes.

Era la mujer, que le sonreía. Wambo reaccionó llevando la mano a la pistola, y la prisionera bajó la cabeza, temerosa. El niño retiró la mano de la culata del arma y la mujer, al ver el gesto, se echó sobre el colchón, cerró los ojos y no habló por el resto del día.

* * * *

En la madrugada, Wambo despertó sobresaltado, encendió su linterna y halló a su lado a Kuku, llorando sin consuelo.

—¿Te hirieron? —le preguntó.

—Fui al campamento donde tienen a las niñas —explicó Kuku en swahili, sin dejar de llorar—, y Makemba ya no está.

—¿Se la llevaron? ¿Para dónde?

Kuku volvió a mover la cabeza y, entre sollozos, apenas logró decir:

—No está. ¿No comprendes? Y no va a estar nunca más. No resistió esa vida y se suicidó... mi hermanita... a sus ocho años.

Wambo sintió un fuerte dolor en el pecho y cayó hacia atrás en su cama. Kuku creyó que había dejado de respirar y lo sacudió, hasta que el niño reaccionó, agitadísimo. Cuando Kuku comprendió que Wambo iba a soltar un alarido, le tapó la boca y lo sujetó fuerte.

—No grites —le susurró—, que nos castigan a nosotros.

Más de una hora estuvo Kuku abrazando a Wambo. Dejó que llorara hasta el agotamiento. Cuando notó que su hermano se calmaba, extenuado, le dijo al oído:

—Tienes que huir.

—Vámonos los dos —le propuso Wambo.

—Lonewolf no me pierde de vista. Y no puedo salir de aquí: he matado a gente inocente en las aldeas. Pero tú no has hecho nada malo.

—Pero si me escapo, te matará.

—¿No lo comprendes? No fui capaz de salvar a Makemba. Sé manejar un AK47, he matado gente. Podía haber tratado de rescatarla, pero tuve miedo, mucho miedo. Ahora solo me quedas tú, y si te pasa algo, yo mismo me mataría. Lonewolf asesinó a papá y ahora soy el hombre de la casa. Te lo ordeno: a la primera oportunidad, escápate bien lejos de aquí.

Escucharon un ruido. Kuku sacó su pistola y Wambo movió el haz de luz de su linterna hasta la mujer, que los miraba, sentada en el colchón y con la soga al cuello, junto al palo al que la habían amarrado.

—¿Por qué lloran? —les preguntó.

—Tú te callas —la conminó Kuku, con la pistola en la mano.

Wambo se acercó a su hermano y le dijo, en swahili:

—No la maltrates.

Kuku miró a la mujer, guardó la pistola, le dio un último abrazo a Wambo y le susurró:

—No lo olvides: busca la oportunidad, y escápate.

* * * *

Horas después, faltando poco para el amanecer sobre el caserío, Wambo seguía sin poder conciliar el sueño. Las palabras de Kuku resonaban en su mente. Pero, además, otro incidente lo tenía desconcertado. Había vuelto a tomar la mini cámara de la prisionera y lo intrigaron unas fotos en las que se veía a la pelirroja sonriendo junto a hombres y mujeres africanos, y otras donde abrazaba con efusividad a un niño rubio y a una niña, más pequeña, de piel aceitunada, que no se le parecían en lo más mínimo.

—Son mis amigos y mis dos hijos —dijo la mujer, en swahili, y a Wambo por poco se le cae la camarita de las manos—. Me llamo Vicky.

El niño quedó atónito. ¡La mujer hablaba su lengua! Rápidamente, recapituló lo que habían conversado ante ella y comprendió que la prisionera conocía el suicidio de Makemba, el consejo de Kuku de que escapara a la primera oportunidad y la orden de Lonewolf de que le disparara si ella pretendía huir.

—¿Puedes darme agua? —pidió la pelirroja.

Wambo se preguntaba quién era la tal Vicky que se interesaba en el arte de África, había aprendido su lengua, tenía amigos africanos y hasta una hija que no era blanca. Le dio una botella de agua a la mujer, quien a duras penas la sostuvo entre sus manos atadas y bebió.

—¿Por qué tus hijos no se parecen a ti? —la cuestionó, en tono desafiante.

—Los conocí mientras hacía reportajes por el mundo, eran niños sin padres y los adopté. Los quiero como si hubieran nacido de mí.

—¿Y por qué adoptaste a una que no es blanca?

—Es la bebida de la casa. Se llama Alitzel. ¿Nunca has querido a una persona de otra raza?

Wambo recordó al padre Tino y a la misionera Immaculada, pero no respondió.

—Me gusta el arte africano —afirmó Vicky y bajó la voz—, pero en verdad vine a realizar un reportaje sobre Lonewolf y otros señores de la guerra, que convierten a los niños en soldados y a las niñas en esclavas... como a Makemba. Además de la cámara profesional, traje escondida esta para no ser descubierta mientras fotografiaba los abusos contra los niños.

—¿Qué te importa a ti?

—Me preocupan todos los niños, de cualquier raza y país —aseguró la mujer y, después de una pausa, añadió—: Yo podría adoptarte.

—No me hace falta, yo tengo a Kuku. Ahora cállate, que tengo sueño.

Pero muy poco pudo dormir Wambo. Justo cuando estaba amaneciendo, lo despertó el frenazo de un camión ante la puerta del establo y apenas logró incorporarse cuando entró Lonewolf, pasó por su lado, fue directo a la prisionera y alzó la cuerda que le rodeaba el cuello. Wambo sufrió viendo que la mujer se asfixiaba mientras agitaba inútilmente sus manos atadas, pero sabía que nadie podría evitar que el jefe máximo la matara. La pelirroja casi dejaba de luchar por su vida cuando el hombre la soltó y cayó desmayada. Lonewolf se acercó a Wambo y le dijo en swahili:

—Si al regreso de la operación a la que voy no me han pagado el rescate de esta perra, te voy a ordenar que la elimines. Así que ve preparándote.

Wambo asintió y miró a Vicky, quien comenzaba a recuperarse.

—Estoy listo —dijo, temblando.

Lonewolf le oprimió el hombro, señaló para el AK47, luego para la mujer, salió a la calle y subió al camión, que se alejó levantando polvo. Wambo se asomó a la puerta, se cercioró de que no había quedado nadie, volvió a entrar y le llevó una botella a la mujer.

—Gracias por el agua —dijo Vicky.

Pero Wambo supo que también le estaba agradeciendo por no haberle revelado a Lonewolf que ella entendía todo lo que había dicho.

El niño no pudo concentrarse en su trabajo y casi arruina el talismán que estaba tallando. Pasó toda la tarde preocupado por lo que podía ocurrir en unos días, cuando regresara Lonewolf y le diera una orden que él no podía

cumplir. Esa noche, después de una molesta pesadilla, se durmió profundamente.

Lo despertó un ruido, alargó la mano en la oscuridad para tomar su Makarov y no la halló... tampoco el AK47. Asustado, encendió la linterna. Ante él estaba la pelirroja, con la pistola a la cintura y el fusil al hombro. La mujer sostenía con todas sus fuerzas un madero con el que mantenía aprisionada contra el suelo la cabeza de una mamba negra. Con un pie sobre el cuerpo de la serpiente más venenosa de África, evitaba el movimiento de la cola del reptil, de más de un metro de largo.

—El machete —le dijo Vicky en voz baja. Wambo quedó paralizado. Supo que la mujer se había zafado de sus amarras y en silencio lo había despojado de sus armas, pero no entendía por qué ella no había huido, sabiendo que Lonewolf ordenaría su muerte—. ¡Córtale la cabeza! —le ordenó Vicky.

Wambo reaccionó, cogió el machete y, de un solo golpe, decapitó a la mortal serpiente. La mujer soltó el palo y se sentó sobre el colchón, nerviosa y exhausta.

—¿Por qué no te escapaste? —le preguntó Wambo, perplejo.

—La serpiente iba hacia ti.

—¿Y qué te importa? Tenías que haberte ido. Lonewolf te va a matar cuando regrese.

—Tienes ocho años, debes vivir. —Vicky dejó las armas en el suelo—. ¿Puedo abrazarte?

El niño no podía creer lo que estaba ocurriendo. Esa mujer de pelo rojo y rostro amable, como Immaculada, se había olvidado de ella misma para salvarlo. Y ahora abandonaba las armas y avanzaba con los brazos extendidos igual que hacía la misionera catalana para abrazarlos a la vez a Makemba y a él, cuando tenían solo cinco años. Wambo no pudo resistirse más. Vicky lo estrechó contra su pecho y él rompió a llorar, desconsoladamente.

—Ni Kuku lo sabe —dijo, sollozando—, pero yo vi cuando los hombres de Lonewolf mataron a mi mamá y a mi papá.

—Tu hermano te dijo que huyeras. Vámonos de aquí. Yo te cuidaré, siempre.

Wambo se secó las lágrimas con las manos y fue hacia el fusil.

—Los guardias están en el otro lado del caserío —dijo, mientras tomaba el machete y le entregaba la Makarov a la mujer—. Y yo sé cómo llegar a la ciudad donde está el ejército.

Antes de salir del establo hacia la oscuridad de la noche, Wambo se prometió que algún día regresaría para rescatar a Kuku; pero, desde que lo pensó, se dio cuenta de que se mentía a sí mismo, que eso no sería posible jamás.

EL SIGNO DE LOS TIEMPOS

Tras el pedestal de la estatua de Luis XIV, Wambo se volvió a sus hermanos y les avisó de la presencia de Lonewolf. Todavía no se recuperaba del impacto de verlo a solo unos pasos, cuando se percató de que alguien avanzaba entre los turistas y caminaba hacia el Mercedes Benz. Se sobresaltó al descubrir que era nada menos que el africano barbudo que lo había derribado a los pies de la Torre Eiffel.

Los chicos observaron que el vendedor de suvenires se acercó a Lonewolf y habló con él. Segundos después, se apartó y regresó al patio del Louvre mientras Lonewolf subía la ventanilla y el Mercedes Benz se alejaba.

—Ese hombre es cómplice de Lonewolf —aseguró Barry.

Wambo asintió, pero dijo:

—Él me puede contar si mi hermano Kuku está vivo y si también está en Francia. Voy a hablarle.

Barry comprendió que no podría detenerlo.

—Voy a estar vigilando desde aquí —le dijo.

Wambo asintió y echó a andar. Sorteando a las personas que colmaban la plazoleta, se dirigió hacia el africano.

Rasme y miró hacia el hombre y tuvo una corazonada: si el africano trabajaba para Lonewolf, podría ser el Capitán Diablo. La muchacha abrió su tableta para buscar la foto de Diablo, pero halló otra que llamó su atención: mostraba a Hosni Farouq junto a su hermano Faysal, vestidos ambos con ropas occidentales. La publicación decía que las autoridades seguían sin confirmar si Hosni había muerto en la operación para rescatarlo de manos de los yihadistas.

Al ver la fotografía, Rasme y se inquietó y se volvió a Barry, Alitzel y Chantal.

—¡Miren esta foto! —les dijo, mostrándoles la pantalla—. El hombre que aparecía en el video del hotel y que Alain nos dijo que ocupó la habitación de los varones el día antes de Pierre era nada menos que Hosni Farouq.

—Ese era el que quería vender las armas y los yihadistas lo secuestraron y mataron —recordó Alitzel.

La chica se preocupó, miró hacia Wambo, que estaba llegando junto al africano, y vio a una mujer de mediana estatura que, oculta tras una columna, parecía vigilar al vendedor de suvenires.

Primero la reconoció por los espejuelos. Después comprobó que, aunque ahora no tenía la cabeza cubierta, llevaba el mismo abrigo gris con capucha que usaba cuando la grabó la cámara de seguridad del hotel, y tenía las uñas cortas y pintadas de rojo.

Alitzel señaló hacia ella y dijo:

—Allí está la mujer que entró a la habitación.

Chantal miró sin mucho interés, pero Barry y Rasmey reconocieron el abrigo con la capucha y los espejuelos de lentes de espejo.

—Si Hosni Farouq ocupó la habitación —dijo Barry—, fueron los yihadistas que lo secuestraron quienes enviaron primero al hombre que simulaba ser Pierre y luego a la mujer de capucha gris a buscar en el cuarto algo que él dejó allí, probablemente la memoria con el mapa.

—Entonces —consideró Rasmey—, la mujer del abrigo gris es una yihadista, una terrorista.

—Estamos metidos en algo grave —reconoció Alitzel.

Chantal reaccionó y llamó por su móvil a Alain.

—Tienes que venir a buscarnos, ¡ahora mismo! —urgió a su hermano, y después de escuchar la respuesta, cerró el móvil y anunció—: Alain dice que está llegando.

—Voy a buscar a Wam —dijo Barry y echó a andar hacia el portal del Louvre.

Wambo no había perdido tiempo con rodeos al llegar junto al vendedor de suvenires.

—¿Conoces a Kuku Kongolo? —le preguntó.

El hombre pareció sorprenderse al verlo, pero se controló y miró hacia el suelo.

—No sé de quién me hablas, muchacho —respondió y se alejó dos pasos.

Pero Wambo se le aproximó de nuevo.

—Era un soldado de Lonewolf, como tú. ¿Está en París con ustedes?

El africano miró al muchacho y con voz intimidante, le dijo:

—Apártate. Solo vendo llaveros.

Al tenerlo cerca, Wambo vio que una horrible cicatriz le nacía en la frente, pasaba bajo los espejuelos oscuros, le surcaba la nariz, los labios y terminaba en el mentón.

—¡Capitán Diablo! —exclamó, impresionado, al reconocer al caudillo militar que la prensa francesa calificaba de despiadado.

El hombre lo miró con enojo, abrió su chaqueta como si fuera a alcanzar una pistola, y en voz baja, masculló:

—¡Cállate, o mato a las chicas que están contigo!

Wambo, después de calcular que el hombre no se atrevería a una acción violenta en medio de la explanada, se sobrepuso a su temor y no le importó que su voz pareciera suplicante.

—Solo quiero saber de Kuku. ¿Lo conociste?

Diablo lo miró irritado:

—Murió —le dijo mientras miraba inquieto a los lados—. Vete.

—No te creo. ¿Está también en Francia? —le preguntó Wambo, pero se percató de que algo había llamado la atención de Diablo en la Plaza de Carrusel. Miró hacia allí, a tiempo para ver descender de un Rolls-Royce a un hombre que, aunque vestía impecable con ropas occidentales, se cubría la cabeza con una *kufiyya*, el tradicional pañuelo árabe.

—¿Kuku está en Francia? —insistió Wambo.

Diablo miró hacia el hombre, se volvió a Wambo, y lo agarró por las solapas del abrigo.

—No te lo voy a repetir: ¡Kuku murió, muerto, cadáver! —le dijo con voz exasperada y lo sacudió. Wambo aprovechó el exabrupto de Diablo, dejó caer su móvil en el bolsillo inferior de la chaqueta del hombre, y de inmediato abrió sus manos indicándole que no quería problemas. Diablo le lanzó una última mirada amenazante—. Aléjate de mí —le dijo, y echó a andar a toda prisa.

Wambo vio cómo, en medio del patio del Louvre, Diablo se encontró con el árabe de la *kufiyya*, hablaron algo en voz baja y luego se separaron. Desde detrás de una farola del patio, el joven delgado de gafas redondas se percató del fugaz encuentro entre los dos hombres y comenzó a avanzar hacia Diablo, quien caminaba mientras enviaba un mensaje por su móvil.

El hombre de la *kufiyya* llegó a la acera de la Plaza de Carrusel donde lo esperaba el Rolls-Royce, y subió al vehículo, que se alejó a toda prisa. Al

joven de gafas redondas se le unieron otros dos hombres y los tres avanzaron hacia Diablo quien, sin percatarse de que lo seguían, guardó su móvil y se encaminó hacia la Plaza de Carrusel.

Wambo iba a ir tras él cuando Barry llegó a su lado y lo contuvo.

—No —le dijo—. Estamos en peligro. Tenemos que llevarnos de aquí a las chicas.

Wambo pareció dudar, pero la expresión de preocupación que advirtió en el rostro de Barry le hizo obedecerlo y ambos se dirigieron hacia la estatua de Luis XIV, donde los esperaban Rasmey, Alitzel y Chantal. Alitzel vio que la mujer del abrigo gris dejaba su escondite. Un hombre de nariz grande y enrojecida se le unió y ambos echaron a andar tras el joven de gafas redondas y sus dos acompañantes.

El Mercedes Benz de Lonewolf se acercó a la acera de la Plaza de Carrusel, hacia donde caminaba Diablo. Al joven de gafas redondas y sus dos acompañantes se les unieron otros dos sujetos y los cinco apresuraron el paso tras Diablo.

Barry y Wambo llegaban junto a las chicas cuando Alitzel vio que la mujer del abrigo gris sacaba un arma de fuego y que el hombre de nariz roja la imitaba.

—¡Barry! —dijo, horrorizada—. Los terroristas tienen pistolas.

Wambo ni lo pensó. Agarró de las manos a Rasmey y Alitzel, vio que Barry hacía lo mismo con Chantal, y echó a correr hacia la Plaza de Carrusel justo cuando el Mercedes Benz de Lonewolf, al que había subido Diablo, partía a toda velocidad. Los muchachos se disponían a cruzar la Plaza de Carrusel cuando una furgoneta les cerró el paso.

El miedo inicial dio paso al alivio cuando comprobaron que el conductor era Alain y que la puerta lateral del vehículo estaba abierta. En solo segundos, Wambo y Barry ayudaron a subir a las muchachas, entraron ellos y cerraron la puerta.

Alitzel ocupó el único asiento disponible, a la derecha de Alain. Los demás se sentaron entre cajas de jabones, en el piso de la furgoneta, sobre restos de vegetales. Alain aceleró y mientras el vehículo se alejaba de la rotonda de la plaza, los chicos vieron por las ventanillas que varios turistas sacaban armas de todo tipo y se unían a la mujer del abrigo gris.

—¡Un ataque terrorista! —exclamó Rasmey.

—¡Agáchense! —gritó Wambo mientras la furgoneta, a toda velocidad, se

internaba en el arco del Pabellón de Rohan, en busca de la Rue de Rivoli.

BUSCANDO DESESPERADAMENTE A KUKU

Unos cuarenta minutos después de abandonar el Louvre, la furgoneta se detuvo en una oscura calle de Saint-Germain-en-Laye, a cierta distancia de un muro cuyo portón se acababa de abrir para que ingresara el Mercedes Benz de Lonewolf.

Wambo había explicado, mientras avanzaban por los Campos Elíseos, que había dejado caer su móvil en el abrigo del africano porque era el Capitán Diablo y quería seguirlo para conocer si su hermano Kuku había viajado a Francia junto con Lonewolf. Al atravesar París de noche, por momentos perdieron de vista al Mercedes, pero un punto azul en la pantalla de la tableta de Rasmey les indicaba el trayecto que seguía el celular que Wambo había deslizado en el bolsillo de Diablo. Habían llegado a Saint-Germain-en-Laye a tiempo para ver el Mercedes pasar el portón de un muro de piedra y entrar a los jardines de una mansión.

Wambo insistió en averiguar si Kuku estaba en la casona y se bajó de la furgoneta. Barry comprendió que su hermano estaba decidido a todo y supo que no tenía otra alternativa que ayudarlo. Pero Rasmey bajó tras ellos.

—Únicamente van si yo los acompaño —dijo la muchacha.

—Y yo —dijo Alitzel, tratando de que su voz no delatara su miedo.

Al verlos, Chantal hizo ademán de unírseles.

—¡No, ustedes no! —la detuvo Barry—. Si nos descubren en una casa ajena, a nosotros nos pondrían una multa, pero a ustedes los deportarían a un país en guerra.

—Él tiene razón, Shaina —dijo Alain a su hermana, y se volvió a los muchachos—. Buscaremos un sitio discreto donde esperar a que nos avisen, para recogerlos.

Chantal cerró la puerta de la furgoneta, y el vehículo se alejó hasta perderse de vista.

Barry, Rasmey y Alitzel decidieron no encender las luces de sus móviles para no llamar la atención. La tenue luz de la luna les permitió ver que el terreno aledaño no estaba fabricado ni cercado, por lo que abandonaron la calle y caminaron con cuidado en la oscuridad junto al muro lateral del jardín de la mansión, que apenas superaba la estatura de Barry.

Se detuvieron al advertir que unos arbustos sembrados en el terreno de la casona sobrepasaban la cerca. Consideraron que esas plantas les permitirían salvar la tapia sin ser vistos y esconderse. Barry y Wambo ayudaron a las muchachas a cruzar el muro, y los cuatro quedaron ocultos tras el seto. Apartaron con mucho cuidado los arbustos y vieron a dos hombres armados cerca de la puerta de la mansión. Wambo notó que eran de baja estatura y supuso que ninguno de los dos era Kuku.

Una callejuela interna bordeaba la casona. Concluía ante una edificación más pequeña con una gran puerta que indicaba que era un garaje. Arriba tenía otro piso y se veía luz a través de sus ventanas. Rasmey sacó su tableta y la señal del móvil de Wambo le indicó que Diablo estaba en la casa principal.

Barry señaló hacia el portón de entrada. Un Rolls-Royce avanzó por la callejuela del jardín y se detuvo ante la puerta de la casona. Lo seguía una furgoneta de la que descendieron cuatro guardaespaldas armados, que rodearon el Rolls-Royce y abrieron sus puertas. Del lujoso vehículo bajó el árabe de la *kufiyya* que había hablado con Diablo en el Louvre. Lo siguió alguien a quien los muchachos tomaron por un personaje importante. Vestía un traje occidental muy elegante y en sus dedos brillaban varios anillos. Por las fotos de la prensa, Rasmey reconoció a Faysal Farouq. El exdictador estaba violando las leyes francesas, que le prohibían alejarse del departamento de los Alpes Marítimos.

Un hombre muy alto y delgado salió de la casona y, escoltado por los dos guardias armados que habían estado custodiando la puerta, fue al encuentro de los recién llegados. Wambo se estremeció al comprobar que era Lonewolf.

—Diablo está caminando hacia el fondo de la casona —avisó Rasmey y señaló para un punto luminoso en la pantalla de su tableta.

Los cuatro miraron hacia la mansión, vieron salir al hombre, quien, aun de noche, usaba espejuelos oscuros, y lo siguieron con la mirada hasta que abrió una puerta del garaje y entró.

—Kuku podría estar allí —dijo Wambo—. Tengo que saber si está vivo y si vino a París. Voy a ir. Quédense escondidos en estos arbustos.

—O vamos todos o no vas —dijo Rasmey. Barry y Alitzel la apoyaron.

Wambo odiaba poner en peligro a sus hermanos, pero sabía que no podría convencerlos y terminó asintiendo. Los cuatro avanzaron entre los arbustos y el muro hacia la parte trasera del terreno y se detuvieron en el punto más cercano a la pared lateral del garaje. Debían recorrer más de cinco metros a cielo descubierto. Aprovechando la oscuridad reinante, Wambo caminó agachado hasta la edificación y sus hermanos lo siguieron.

La luz que salía de una ventana del garaje iluminaba apenas un rectángulo del césped. Protegido por las sombras, Wambo caminó sin apartarse de la pared y, con sumo cuidado, se asomó a la ventana. Adentro vio el Mercedes Benz.

—Diablo debe de haber subido por esas escaleras —susurró, y Barry, Rasmey y Alitzel también miraron por la ventana—. Allá arriba deben dormir los guardias, y Kuku podría estar allí. Voy a entrar.

Barry iba a aconsejarle que no lo hiciera, pero ya Wambo caminaba hacia la puerta del garaje y optó por seguirlo. Las chicas fueron tras ellos. La puerta no estaba cerrada con llave y Wambo la entreabrió. Cuando se cercioró de que no había nadie, entraron los cuatro, pasaron ante la escalera y se ocultaron tras el Mercedes Benz, cerca de una pared de la cual colgaban un rastrillo, una pala y otros implementos de jardinería.

—Después que Diablo salga —dijo Wambo con voz apenas audible — subiré a ver si Kuku está allá arriba.

Rasmey presionó la mano de Wambo. ¡Había escuchado un ruido! ¡Ahora otro! ¡Alguien se acercaba! Se agacharon tras el Mercedes Benz y oyeron pasos en la escalera. Wambo se asomó y comprobó que era Diablo, que bajaba con dos bolsitas de fieltro negro en una mano.

Barry les hizo señas a sus hermanos. Comenzaron a moverse tras el auto para que Diablo no los viera mientras se dirigía a la puerta de salida, pero Alitzel tropezó con Rasmey y cayó al suelo. Los chicos se agacharon y quedaron inmóviles y aterrados. Diablo caminó hacia el auto mientras guardaba las bolsitas en un bolsillo interior de su chaqueta y extraía la pistola de la cartuchera en su cinturón.

Primero vio a Wambo, de inmediato a los otros tres muchachos, y les apuntó con su arma.

—¡Pero, ¿qué rayos hacen ustedes aquí?

El miedo de los chicos escaló al ver la horrible cicatriz en el rostro del

hombre.

—No dispires —le suplicó Wambo—. Solo vinimos porque yo quiero saber de Kuku.

Diablo agarró a Wambo por la camisa y le colocó el cañón de la pistola en la sien.

—Te dije que Kuku murió. No existe —masculló y derribó al muchacho al suelo. Barry hizo ademán de defenderlo, pero Diablo le apuntó con el arma—. Si te mueves, empiezo matando a las chicas. —Se volvió a Wambo—. ¿Por qué andas con blancos?

—Son mis hermanos adoptivos.

—Tu único hermano murió —dijo Diablo y señaló para Barry, Rasmey y Alitzel—. Estos te desprecian.

Un ruido en la puerta los sorprendió a todos y Diablo acudió de prisa, pero bajó la pistola al ver al que entraba. Era Lonewolf.

LONEWOLF ORDENA ELIMINARLOS

Por qué te demoras? —le preguntó a Diablo, en tono cortante y ríspido—. ¿Dónde están los diamantes de muestra?

El Capitán Diablo abrió su chaqueta, extrajo una de las bolsitas y se la entregó. Entonces señaló para los muchachos.

—Atrapé a estos mocosos y los estoy sacudiendo para que confiesen qué rayos hacen aquí.

Al verlos, el hombre no mostró sorpresa alguna, más bien pareció intrigado mientras los examinaba. Barry se atrevió a mirar al afilado rostro y le pareció captar un fulgor de odio y desprecio en su mirada. Wambo bajó la cabeza, horrorizado ante la posibilidad de que Lonewolf lo reconociera como el niño que se había escapado del campamento en el Congo.

—Vivimos en la casa cercana —mintió Barry— y cruzamos en busca de un dron que se nos cayó en este terreno.

—¡Cállate! —le ordenó Diablo y alzó su pistola para golpear a Barry, pero Wambo se interpuso y recibió el golpe en la frente.

Diablo vio que había brotado sangre de la herida de Wambo, y se volvió a Lonewolf:

—Yo me ocupo de ellos —le aseguró.

—¡Átalos! Haz que hablen —ordenó el hombre mientras se alejaba, seguido de Diablo y al llegar a la puerta le dijo al oído—: Después, los matas. Te enviaré a Cyrille para que se lleve los cuerpos de aquí y los desaparezca.

—Yo me encargo —dijo Diablo, fue hasta Barry y lo golpeó en la cabeza con su pistola.

Lonewolf echó una última mirada hacia los cuatro muchachos, comprobó que temblaban aterrorizados y que Diablo controlaba la situación.

—No demores —dijo, y salió del garaje.

Wambo fingía estar atemorizado, pero en su interior vibraba una intensa sed de venganza por los golpes que recibieran él y Barry, y los horribles momentos que sufrían sus hermanas. Cuando le pudiera arrebatarse la pistola al

tal Diablo, no dudaría en usarla.

Sin dejar de apuntar su arma hacia los muchachos, Diablo fue hasta una estantería, tomó un rollo de cinta adhesiva y se la entregó a Rasmey.

—Átalos a los tres —la conminó.

Rasmey miró a sus hermanos y los cuatro supieron que tenía que obedecer. Comenzó a amarrar con la cinta las manos de Wambo, pero estaba muy irritada. Pensó que, si hubiera sabido disparar armas, se habría defendido contra los abusos sufridos por su madre, su hermana y ella misma. Y ahora podría haber tenido una pequeña arma en su bolsa, junto a la tableta, y habría podido salvar a sus hermanos de esta situación extrema.

Diablo aprovechó que la muchacha ataba a los chicos, se alejó unos pasos y se recostó a la estantería. De su chaqueta, extrajo una cajita plástica y un tubito por el que inhaló un polvo blanco. Inmediatamente después de guardar la cajita, fue hasta Barry, lo agarró por el cuello de la camisa y lo sacudió con violencia.

—Y tú —le preguntó, mientras señalaba para Wambo—, ¿por qué andas con este negro?

—Es mi hermano —respondió Barry.

Diablo se echó a reír y, sin aviso previo, le propinó un manotazo a Barry en el rostro.

—No te burles de mí —le gruñó.

—Wambo es mi hermano —insistió Barry.

Diablo lo golpeó de nuevo en la cara. Rasmey se paró ante el hombre.

—¡No le pegue a mi hermano! —dijo, desafiante.

Diablo la haló por un brazo con brusquedad. La ira de Wambo se multiplicó, pero se contuvo, esperando el mejor momento para actuar: Diablo pagaría caro todos sus desmanes.

—¡Cállate, china! —gritó el hombre—. ¿También tú crees que el blanco es tu hermano? ¡Dame la cinta!

Rasmey obedeció y el hombre comenzó a amarrarla, pero la cinta se acabó cuando apenas le había sujetado las manos. Diablo se dirigió a Barry.

—Te voy a dejar ir —le dijo, sonriendo—. A ti solo.

—No los voy a abandonar aquí —aseguró Barry.

—Llévate a las chicas —dijo el hombre—. Pero aquí se queda el negro.

—No me voy sin él —intervino Rasmey.

—Ni yo —susurró Alitzel, con voz temblorosa.

Diablo la miró con curiosidad.

—¿Lo quieres como criado, sirviente, esclavo?

—Es mi hermano.

—No puede ser —dijo el hombre y empujó a Alitzel, quien, con las manos atadas, no pudo protegerse y cayó al suelo.

Barry, Wambo y Rasmey intentaron moverse para defender a la chica, y el hombre de espejuelos oscuros fue apuntando su pistola hacia la frente de cada uno de ellos, hasta que su rostro adquirió una insólita dureza.

—¿Por cuál quieren que empiece? —les preguntó.

—Deje ir a las chicas —le pidió Barry.

Diablo le pegó con el dorso de la mano y esta vez le sacó sangre en el labio.

—De aquí no sale nadie vivo. Lonewolf me ordenó matarlos a los cuatro: al negro, a ti y a las muchachas. —El hombre sonrió, despectivo, como si disfrutara la agonía que provocaba—. Quizás deje salir a alguien. Todavía no sé a quién. —Dio un paso atrás y guardó la pistola en la cartuchera de su cinturón—. Voy a buscar más cinta, para taparles las bocas—. Subió las escaleras y desapareció en el piso superior.

Rasmey no perdió un segundo. Empleó toda su fuerza y su rabia. A costa de lastimarse la piel, logró quitarse la cinta de las manos y fue a desatar a sus hermanos.

—Vámonos —dijo Barry y se encaminaba hacia la puerta cuando escuchó a Wambo.

—Yo no voy.

Rasmey recibió un mensaje en su móvil y lo leyó.

—Es Alain —dijo—. Llegaron camiones con gente con armas de asalto.

Wambo puso una mano en el hombro de Barry.

—Voy a demorar a Diablo para que te lleves a Ras y Ali. Es la única forma de salvarlas.

Barry quiso negarse, pero supo que Wambo tenía razón. No podían perder tiempo y se acercó a la ventana.

—Por aquí hay menos posibilidades de que nos vean —dijo, y alzó el cristal de la ventana.

Rasmey se horrorizó al pensar lo que haría Diablo al descubrir que ellos tres habían escapado. Desesperada, se volvió hacia Wambo y, después de un breve titubeo, cerró los ojos y, temblando, acercó su rostro al del muchacho. En

cuanto los labios hicieron contacto, se separó. Pero lo miró a los ojos.

—Te quiero —le dijo, con voz entrecortada.

El beso y la declaración conmocionaron a Wambo, pero antes de que pudiera reaccionar, Rasmey se separó de él, temblando y sudando. Ya Barry había atravesado la ventana, y Wambo ayudó a salir a las muchachas. Cuando quedó solo, buscó algo que le pudiera servir de arma, pero no halló nada adecuado. Escuchó un ruido, echó mano de la pala y se escondió bajo la escalera por la que ya descendía Diablo con otro rollo de cinta adhesiva.

Ya antes de llegar abajo, el hombre vio que no estaban los muchachos y fue hacia la ventana abierta. Wambo se le acercó y, con toda la fuerza que le daba la ira acumulada, iba a golpearlo en los hombros con la pala cuando el hombre pareció presentirlo y se echó a un lado. La pala solo lo golpeó en un brazo y Diablo cayó al suelo, pero rodó por el piso y sacó su pistola. Wambo iba a atacarlo de nuevo, pero ya el hombre lo tenía encañonado.

—¿Me ibas a matar? —preguntó el hombre mientras se ponía de pie.

—No hagas daño a mis hermanos —dijo Wambo, sabiendo que ya él estaba perdido.

—Tus hermanos... —murmuró Diablo.

—También quiero ver a Kuku.

Diablo fue acercando el cañón de su pistola a la frente del muchacho, pero en vez de disparar, bajó el arma y con la otra mano lo abofeteó.

—Eres un estúpido —le dijo—. ¿Por qué no te fuiste con ellos?

—Para que pudieran huir. Estaban aquí por mi culpa.

—Tengo que matarte.

—Antes dime si Kuku está aquí.

—No está.

—¿Lo conociste? ¿Conociste a Makemba?

Diablo se paralizó por un segundo. Luego, con lentitud, como si requiriera mucho esfuerzo, se quitó los espejuelos

—Makemba —murmuró.

Wambo descubrió algo en el único ojo del asesino que le hizo insistir:

—¿La conociste?

—Sí —respondió Diablo con evidente ira—. Era una niña muy linda. Lonewolf la convirtió en esclava de sus soldados.

—¿Estuviste con ella?

—¡No! —rechazó Diablo como si le hubieran aplicado electricidad—. Le

llevaba comida.

—Era mi hermana gemela —confesó Wambo, con lágrimas en los ojos—: Soy Wambo Kongolo. Me decían Lele de Dieu.

—¡Ah! ¡El niño que hacía los talismanes y desertó! Estás loco con venir a la casa de Lonewolf. Te va a matar, por traidor.

—Tengo que saber de Kuku.

—Lonewolf lo mandó a matar cuando te escapaste.

—¿Lo mató por mi culpa?

—Casi —dijo el hombre, y su horrible rostro adquirió una expresión aún más siniestra—. Kuku tuvo que hacer cosas muy malas, espantosas, para que Lonewolf lo perdonara, y volver a ganar su confianza.

—¿Dónde está?

Diablo comenzó a jugar con su pistola, cambiándola de manos.

—Ese Kuku nunca me habló de ningún Wambo; seguro que no te quería.

—Sería otro Kuku, porque mi hermano daría la vida por mí.

—Nadie da la vida por nadie.

—Kuku sí. Nos protegía a Makemba y a mí.

—Kuku no existe. Nadie lo sabe mejor que yo.

—¿Mataste a mi hermano?

—Ya no era tu hermano. Vivían en mundos diferentes.

—¿Lo mataste?

—Sí, lo maté.

EL TALISMÁN DE DIABLO

Lo maté —repitió Diablo, se abrió la camisa y dejó ver el talismán de cabeza de leopardo, que Wambo había tallado en la aldea de Bogoro—. Maté todo lo bueno que había en Kuku Kongolo para poder convertirme en el Capitán Diablo Le Roi, y sobrevivir.

—Tú no puedes ser Kuku —retrocedió Wambo, azorado, y observó que el pecho del hombre mostraba una larga cicatriz, probablemente producto de otro machetazo, y varias marcas de viejas heridas—. ¿En qué te convertiste?

—En un sobreviviente. He tenido que matar para sobrevivir. Todos me temen. Soy la mano derecha de Lonewolf: un asesino. Mientras, tú vivías como un niño rico.

—Hice lo que tú me dijiste. Escapé. Tú siempre me protegiste. A mí y a Makemba. Y ella murió, la mató ese mismo Lonewolf.

Sin soltar la pistola, Diablo extrajo de su chaqueta el móvil de Wambo y se lo entregó.

—Cuando descubrí esto me di cuenta de que habías sido tú; pero nunca pensé que te atreverías a entrar aquí, a la boca del lobo. ¿Para qué viniste? Me ordenaron matarte.

—Tenía que decirte que te he extrañado mucho.

Diablo respiró profundo y guardó la pistola.

—Yo también te extrañé —confesó. Parecía que las piernas no lo sostendrían y se recostó a la pared para no caer. Bajó los brazos, totalmente desolado—. Lonewolf comenzó a traerme en los viajes que cada año daba a Europa para comprar armas y divertirse. No sabía dónde vivías y el corazón me latía fuerte cuando creía que eras tú aquel joven que cargaba maletas en el aeropuerto de Madrid o el otro que vendía baratijas en Roma. Te descubrí en la Torre Eiffel y te protegí con mi cuerpo del atacante con la navaja. Desde entonces, te he estado siguiendo. Quería saber cómo vivías y con quién.

Wambo no pudo más y se abalanzó a abrazar a su hermano. El hombre lo estrechó con todas sus fuerzas y ambos rompieron a llorar. En medio de

sollozos, Kuku confesó:

—Makemba me suplicó y le prometí que la sacaría de allí. Pero, por miedo, no le cumplí y ella prefirió suicidarse... por mi culpa. —Cayó de rodillas—. Tienes que perdonarme.

Wambo alzó a Kuku. No se percataron de que Barry acababa de entrar por la ventana y, empuñando el rastrillo, se acercaba al hombre por la espalda. Kuku lo advirtió, sacó su pistola y apuntó hacia Barry.

—¡No! —gritó Wambo y fue hacia el muchacho, le quitó el rastrillo y lo lanzó lejos. Pero Barry, sin siquiera pensarlo, lo apartó y se interpuso entre el cañón de la pistola y Wambo. Kuku no bajó el arma, pero había quedado perplejo.

—¿Te vas a dejar matar por este negro? —le preguntó a Barry.

—Es mi hermano.

—Eres un loco —dijo el hombre, y guardó la pistola en la cartuchera.

Barry no comprendía lo que estaba ocurriendo.

—El Capitán Diablo es Kuku, mi hermano —le explicó Wambo.

Barry escuchó la información, pero no la entendió.

—No puede ser —dijo finalmente—. Kuku tendría ahora unos dieciocho años. —Señaló para Diablo—. Y este es un hombre de más de...

—He vivido demasiado —dijo el hombre con cierta tristeza—. ¡Soy un anciano!

—¿Y mis hermanas? —preguntó Wambo.

—Las dejé escondidas en los arbustos junto al muro —respondió Barry—. Querían regresar conmigo a buscarte, pero no lo permití.

—Parece que te quieren —admitió Kuku, pero Barry advirtió un lejano dejo de suspicacia en su voz—. ¿Vives en la misma casa o en el sitio de los criados?

Wambo buscó en su móvil y le mostró una foto a Kuku:

—No tenemos criados. Esta es la habitación que comparto con Barry.

—¿Él te deja dormir en su cuarto?

—No es mi cuarto —intervino Barry—, es la habitación de los dos.

El hombre negó con la cabeza y pareció que iba a preguntar algo, pero Wambo le mostró otra foto en el móvil.

—Aquí estamos los cuatro abrazados a Madre y los abuelos: nos hicieron una fiesta porque todos pasamos de grado en la escuela.

—¡La pelirroja que tuvimos presa! —exclamó Kuku, atónito—. ¿Y los

viejos blancos te abrazan como si de verdad fueras su nieto? ¡No puede ser!
—Pareció enloquecer. Sacó su pistola y comenzó a caminar en círculos, agitando el arma—. No puede ser. No puede ser. —Finalmente, se detuvo, apuntó el arma hacia Wambo y a Barry, y los conminó:

—¡Váyanse ahora mismo!

—Huye con nosotros —rogó Wambo.

Kuku bajaba el arma cuando del otro lado de la puerta de entrada, una voz llamó:

—¡Diablo!

Kuku se volvió a Wambo y Barry.

—Ustedes tranquilos —les dijo, y les apuntó de nuevo con su pistola.

Los muchachos retrocedieron justo cuando se abrió la puerta y entró un joven. Wambo lo reconoció: se llamaba Cyrille, era un niño cuando él y Vicky huyeron del campamento. Ahora tendría su misma edad, dieciséis, pero se le veían cicatrices en el rostro, su mirada era torva y escurridiza, y parecía tener más de treinta años. Wambo miró hacia abajo para evitar que lo reconociera. El joven miró a los muchachos, se acercó a Kuku y le dijo:

—Lonewolf quiere que acabes de eliminar “el problema” y lleves el resto de los diamantes, que la compra de armas va. —Barry y Wambo se alarmaron cuando escucharon la palabra “eliminar”. Cyrille buscó algo con la mirada—: ¿No eran cuatro mocosos?

— Las hembras están amarradas tras el Mercedes Benz —dijo Kuku—. Líquídalas tú y yo me encargo de estos dos.

Cyrille sacó su pistola y dio dos pasos, pero miró otra vez a Wambo.

—Yo a este lo conozco... —Wambo bajo aún más la cabeza—. ¡Sí! ¡Tú eras el niño que hacía los talismanes para Lonewolf!

—No —dijo Wambo con voz seca, pero Cyrille le alzó el rostro.

—Sí, eres tú —aseguró.

—Ve a donde están las muchachas —ordenó Kuku a Cyrille— y termina con ellas.

—A mí no me engañas —dijo Cyrille, examinando a Wambo—. Te decían... Lele de Dieu. Pero tu nombre era Wambo, Wambo Kongolo. El mismo apellido de... —Señaló a Kuku y, de pronto, la suspicacia asomó a su rostro—. Ustedes son hermanos.

—¿Cómo se te ocurre? —dijo Kuku acercándose a Cyrille, con una rara sonrisa.

—¿Lonewolf lo sabe? —le preguntó Cyrille—. ¿Y por qué no están amarrados?

—Sí lo sabe —aseguró Kuku y, con la velocidad de un rayo, levantó su arma y golpeó en la cabeza al joven, quien cayó como un fardo—. Átenlo y tápenle la boca con la cinta —les pidió a Wambo y Barry, y los muchachos lo obedecieron—. Ahora tienen que irse, ¡ya!

—No te voy a dejar —le dijo Wambo, con firmeza—. Dame un arma.

Kuku titubeó, pero fue al Mercedes Benz y del maletero extrajo una subametralladora Uzi.

—Toma —le dijo a Wambo y le alargó el arma. Cuando el muchacho la agarró con las dos manos, Kuku lo golpeó en la cabeza con su pistola, lo dejó sin sentido y lo sostuvo. Miró a Barry—. Cárgalo y llévatelo de aquí, porque van a llover las balas.

—Ven con nosotros —le dijo Barry mientras agarraba a Wambo por debajo de los brazos.

—Ya vienen, y si no los enfrento, nos matarán a todos, hasta a las muchachas.

—Wambo nunca me perdonará si dejo atrás a su hermano.

—Hace siglos que no soy el que Wambo recuerda. Bajé a los infiernos y de allí no hay regreso. ¡Vete ya! ¿O es que quieres que los maten a los cuatro? Vamos.

Kuku cargó a Wambo mientras Barry salía por la ventana y luego le ayudó a pasar el cuerpo desmayado. Barry acababa de cargar a Wambo sobre un hombro cuando escucharon ruidos del otro lado del garaje.

—Ya están ahí. ¡Llévatelo!

Barry se alejó lo más rápido que pudo, con la esperanza de que la oscuridad le permitiera llegar al seto sin ser descubierto. En el garaje, Kuku cerró la ventana, de su chaqueta sacó la cajita plástica e inhaló el polvo blanco. Luego se parapetó con la Uzi tras el Mercedes Benz y apuntó hacia la puerta del garaje, que comenzaba a abrirse.

* * * *

Barry avanzaba entre el muro y los arbustos llevando a Wambo sobre su hombro, pero al escuchar el tiroteo se agachó. Se percató de que Wambo

estaba despertando y comenzó a sacudirlo levemente cuando escuchó un ruido de pasos y ante él surgieron unos hombres vestidos de negro con rifles de asalto. El muchacho alzó los brazos justo en el momento en que llegaron junto a ellos la mujer del abrigo gris y el hombre narizón, portando también fusiles de asalto. Barry abrazó a Wambo y lo protegió con su cuerpo. Pero supo que era una acción desesperada y rogó que al menos Rasmey y Alitzel hubieran escapado. No tuvo dudas de que, al caer en manos de los terroristas, Wambo y él ya podían darse por muertos.

* * * *

Unos quince minutos después que cesaron los disparos, dos hombres vestidos de negro y fuertemente armados escoltaron a Barry y Wambo hasta uno de los cuatro camiones blindados en la calle frente a la mansión. La mujer del abrigo gris los había reconocido como “los muchachos de La Lumière de l’Etoile”, se había identificado como Carime Nantes, capitana de la Brigada Antiterrorista de la policía francesa, y les había pedido información sobre lo que ocurría en el garaje. Después que le contaron, la mujer ordenó a dos oficiales que alejaran a los muchachos de allí y organizó la tropa para el asalto final a la casona y al garaje.

Los dos hombres los habían pasado del otro lado del muro y allí los mantuvieron protegidos mientras arreciaban los disparos. El combate había durado apenas unos diez minutos, que a Barry y Wambo les parecieron una eternidad.

Después, los oficiales habían recibido la orden de llevarlos al camión blindado. Acababan de abrir la puerta trasera del vehículo cuando Barry y Wambo vieron que adentro, sentadas en un alargado banco, los esperaban Rasmey y Alitzel. Subieron, se sentaron en el banco frente a las chicas y, desde afuera, los hombres cerraron la puerta. Rasmey y Alitzel, al comprobar que se encontraban solos y que sus dos hermanos estaban sanos y salvos, no pudieron reprimir más las emociones contenidas y se echaron a llorar.

—Tuve mucho miedo —confesó Alitzel, tomando las manos de Barry, quien pasó a sentarse junto a ella y la abrazó.

A Rasmey, un impulso incontrolable la lanzó en los brazos de Wambo.

—Tenía miedo de que fueras a morir —le dijo al oído, en medio de

sollozos—. No habría resistido si te hubiera pasado algo. Eres quien único me comprende completamente.

—¡Encontré a mi hermano, Ras! —le dijo Wambo y también rompió a llorar. Y cuando Rasmey le acarició la mejilla, el muchacho, sin saber por qué, le dijo—: Te quiero.

Rasmey le secó las lágrimas, lo besó en las mejillas, una y otra vez, hasta que cerró los ojos y le buscó los labios. El beso duró unos pocos segundos. Rasmey se separó y rehuyó las miradas de Barry y Alitzel. Se sintió desconcertada por lo que ella misma había ocasionado sin reflexionar, pero a la vez disfrutó de una inédita sensación de felicidad que le provocaba un delicioso cosquilleo en todo el cuerpo.

—Perdón —le dijo Wambo, totalmente confundido—. No debí haberte besado.

—No te preocupes —lo calmó Rasmey—. Fui yo y estoy contenta de haberlo hecho.

—Llamé a Alain —explicó Alitzel y su rostro se iluminó al pronunciar su nombre—. Le conté lo que ocurría y quedó muy preocupado por ustedes. —Miró a Barry—. Chantal quería venir a buscarte. Dijo que ya era demasiado haber perdido a Karim. ¿Quién es Karim?

—El novio que murió en la guerra en Siria —le respondió Barry mientras le escribía un mensaje de texto a Chantal donde le decía que estaban bien y que se fueran al hotel, pues aquello estaba lleno de policías. Apenas Barry envió el mensaje cuando se abrió la puerta y la capitana Nantes subió al camión.

—Ya los llevaremos hasta el hotel —dijo—. La operación fue perfecta: capturamos a Faysal Farouq y sus guardaespaldas, a Lonewolf y a todos sus hombres, y solo hubo bajas entre los delincuentes.

—¿Y el Capitán Diablo? —preguntó Wambo, angustiado.

—Ustedes no tienen que preocuparse por nada.

—Diablo es mi hermano Kuku —le explicó Wambo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó la mujer, pareció dudar por un instante, pero finalmente dijo—: Diablo fue capturado y solo tiene una herida leve en un brazo. Pero ustedes tienen que explicarme algunas cosas. Vamos a hablar en el hotel.

La mujer salía del camión cuando a Barry le llegó un mensaje de texto de Chantal. Lo leyó y se estremeció. Era una sola oración, pero al muchacho se le

antojó que estaba cargada de sugerencias. Volvió a leerlo e imaginó la voz de Chantal susurrándole al oído las mismas palabras del mensaje: “Esta noche tendré varios regalos para ti”.

LONEWOLF Y SUS CRÍMENES DE GUERRA

Faysal Farouq envió a su hermano Hosni a París para contactar con posibles compradores de varios lotes de armas que había dejado escondidos en un búnker en su país y que quería vender por millones de dólares —explicó Carime Nantes.

En la habitación de los varones, la capitana ocupaba una de las dos butacas, mientras que Vicky, recién llegada de Ginebra, se había instalado en la otra. Los cuatro muchachos escuchaban sentados sobre la cama de Wambo.

—Uno de los escoltas de Faysal, que trabajaba para nosotros a cambio de inmunidad, nos avisó que Hosni había salido con rumbo desconocido —explicó Carime—. Pero no sabíamos que había venido a París. Hosni se hospedó en esta habitación por solo un día porque a la mañana siguiente se entrevistaría con Diablo y regresaría a los Alpes Marítimos.

—¿Aquí? —preguntó Vicky, impresionada.

—Sí —dijo Carime—. Los Farouq sabían que los vigilábamos a ellos y a los guerrilleros o terroristas que querrían las armas. Hosni y el probable comprador debían acudir a un sitio público y comprobar que no los seguían antes de reunirse en una habitación alquilada. Hosni trajo un mapa de los sitios, fechas y horas de los encuentros.

—Estaba en la memoria que halló Wambo —le dijo Alitzel a Vicky.

—A la mañana siguiente —continuó la capitana—, Hosni fue a la Torre Eiffel y dejó el mapa en la habitación porque planeaba regresar aquí después de reunirse con Diablo, y dejar el hotel al mediodía. Pero terroristas de la Yihad Europa lo secuestraron y, como no habló, comenzaron a torturarlo para que les dijera dónde estaban las armas. Esa tarde, se hospedó en esta habitación un anticuario... —Buscó en su móvil y leyó—: Pierre, Pierre Gaumont.

—Pierre... —comenzó Rasmey, pero prefirió callarse.

—Los terroristas siguieron torturando a Hosni —continuó la capitana—, quien en la madrugada recordó el mapa de París con las fechas de las reuniones y, para ganar tiempo, les mintió: dijo que existía una memoria con un mapa que indicaba dónde estaban las armas y que la había dejado en su habitación de La Lumière de l’Etoile, pero no se acordaba dónde.

—En esta lámpara —señaló Wambo.

—Los yihadistas vigilaron el hotel y averiguaron que el nuevo huésped en este cuarto era un tal Pierre. Lo vieron salir ese mediodía cuando se iba a Londres. Ellos creyeron que seguía alojado aquí y enviaron a uno de los suyos que, cuando todos ustedes salieron hacia la Torre Eiffel, entró disfrazado de Pierre para buscar la memoria con el mapa. No la hallaron.

—Lo vimos en un video que nos mostró Alain, el joven de la recepción —dijo Alitzel.

Por el tono de voz de Alitzel, Vicky pensó que tendría que preguntarle por ese joven.

—El acuerdo de Hosni con Diablo —prosiguió la capitana— era que, si uno de los dos no acudía, la reunión se haría al día siguiente. Cuando los yihadistas siguieron torturando a Hosni, este les confesó que tenía una cita en la Torre Eiffel con un africano que sabía dónde estaban las armas, lo que era falso, y les dio la descripción de Diablo.

—Mi hermano Kuku —dijo Wambo—, aunque yo no lo sabía.

—La esperanza de Hosni era que Diablo escapara, se diera cuenta de que a él le había ocurrido algo y avisara a su hermano Faysal. La Yihad envió a uno de los suyos a localizar a Diablo para saber dónde se hospedaba e ir luego a secuestrarlo. Ya en la base de la Torre Eiffel, el terrorista se percató de que uno de nuestros agentes lo reconoció y sacó una navaja para agredirlo, pero logramos capturarlo. En el interrogatorio, nos confesó que la Yihad Europa había secuestrado a Hosni Farouq y que lo tenían en un apartamento de la *rue* de Longchamp. Hicimos una redada y capturamos a varios miembros de la célula terrorista.

—Nosotros íbamos por la avenida Kléber —dijo Vicky—, cuando la policía nos desvió.

—A Hosni lo rescatamos herido, lo llevamos oculto a un hospital de la policía, corrimos el rumor de que había muerto y así lo difundió la prensa, lo que nos dio tiempo para interrogarlo sin que su hermano Faysal ni la Yihad

supieran que estábamos obteniendo información vital. Hosni nos confesó que había escondido en esta lámpara una memoria con el mapa de París, que para nosotros era vital porque nos permitiría conocer dónde serían las reuniones y arrestar a los delincuentes o terroristas que quisieran comprar las armas. Planeamos venir con una orden de registro, pero temimos que los yihadistas tuvieran algún cómplice entre los trabajadores del hotel y nos decidimos por una operación encubierta.

Barry pensó en Chantal, y Alitzel en Alain. La capitana miró a Wambo y a Barry.

—Supimos que ustedes dos eran los nuevos huéspedes de la habitación. Esperé a que salieran, entré al hotel, cubierta con la capucha y mis gafas para no ser reconocida, ingresé aquí y no hallé la memoria en la lámpara.

—Ya la habíamos encontrado —explicó Barry— y la llevamos con nosotros.

—Hosni había dicho a los terroristas que, si fallaba la segunda cita con Diablo en la Torre Eiffel, la tercera sería en el Louvre, y enviamos dos autobuses de supuestos turistas que eran todos del Grupo de Intervención de la Policía. Ellos detectaron a Lonewolf y, fingiendo que tomaban fotos, le pegaron un localizador al Mercedes Benz. Luego descubrimos a Diablo disfrazado de vendedor de suvenires y fue una sorpresa ver a Wambo hablando con él.

—Quería que me dijera cómo y dónde estaba Kuku —explicó Wambo, y se volvió a Vicky—. Todavía no sabía que era él mismo. Está diferente. No lo habrías reconocido.

—Vimos al hombre de la *kufiyya* cuando acordó con Diablo que Faysal fuera a la mansión de Lonewolf, y detectamos al joven de lentes redondos, a quien teníamos fichado como jefe de célula de la Yihad. Cuando comprendimos que él y otros cuatro iban a secuestrar a Diablo, ordenamos a los policías vestidos de turistas que los capturaran.

—Justo en ese momento nos fuimos —recordó Barry, y Vicky se estremeció.

—Dejamos ir a Lonewolf —explicó Carime— y después, gracias al localizador, llegamos hasta la casona cuando ya estaba allí Faysal. El escolta que espiaba para nosotros grabó la compra de armas por diamantes y nos avisó que Lonewolf quería eliminarlos a ustedes.

—¡Barry, Wambo! ¡Pusieron en peligro a sus hermanas? —preguntó Vicky, muy molesta—. ¡Ese hombre es un asesino! A mí me golpeó atada y ordenó matarme.

—Madre —dijo Wambo, apenado—. Toda la culpa es mía. Luego te lo explico.

—Para evitar lo peor —dijo la capitana—, lanzamos el operativo. Farouq quiso huir con sus guardaespaldas, pero los capturamos sin que pudieran acercarse a sus vehículos. Lonewolf ordenó a su gente combatir, pero apenas pudieron reaccionar, y él mismo fue herido y hecho prisionero. —Se volvió a Wambo—. Llegamos cuando los hombres que combatían a Diablo estaban ganándole la batalla, por superioridad, y los neutralizamos. Diablo se entregó, y nos preguntó si tú y los otros tres muchachos estaban bien. Eso fue todo.

—¿Puedo verlo? —le preguntó Wambo.

—No en unos días. Lo están interrogando en el hospital y está proporcionando valiosa información sobre las atrocidades llevadas a cabo por el ejército irregular de Bosco Mudacumura, alias Lonewolf, quien está requerido por la Corte Penal Internacional por crímenes de guerra y de lesa humanidad.

—¿Cómo podía Lonewolf vivir en mansiones y con carros de lujo? —se interesó Barry.

—Sacaba el coltán del Congo y se lo vendía a precio de oro a Ruanda, que apenas lo produce, pero, irónicamente, es el primer exportador mundial de ese mineral imprescindible para los dispositivos electrónicos.

—¿Qué va a pasar con Kuku? —inquirió Wambo, con temor a la respuesta.

—Será juzgado como menor pues le falta un mes para los dieciocho años y, además, hay consideraciones especiales para los menores que son víctimas de las guerras. Después, lo enviarán a uno de los centros de reeducación de ex niños soldados en África.

Vicky fue junto a Wambo y lo abrazó.

—En cuanto sea posible —le prometió— haremos alguna gestión para que hables con él.

Alitzel se acercó a la mujer.

—Carime, ¿cómo es que, a usted, que no es alta, le permitieron entrar a la policía?

La capitana sonrió por lo insólito de la pregunta.

—La policía francesa ya no le impone criterios de tamaño a los reclutas —respondió.

—Entonces —dijo Alitzel—, aquí yo podría ser policía.

* * * *

Barry escuchó en su móvil la voz de Pierre, aterrado:

—¡Me robaron! ¡Entraron en mi habitación y la volvieron patas arriba buscando el puñal!

Después que se fuera la capitana Carime, los muchachos le habían contado a Vicky la odisea del anticuario con el puñal histórico y la existencia de Drácula, la condesa y Ciprián.

Finalmente, Vicky y Alitzel se fueron a su habitación. Rasmey se despedía de Wambo en la puerta del cuarto de los varones, y Barry se había tendido sobre la cama y miraba atento a su móvil en espera de un mensaje de Chantal, cuando entró la llamada de Pierre.

—¿Lo hallaron? —le preguntó Barry, preocupado.

—Se llevaron la copia.

—¿Vio la grabación? ¿Fue Drácula?

—Fueron unos jóvenes delincuentes —respondió Pierre—, seguro enviados por Drácula.

—Lleve ahora mismo una copia de la grabación a la policía —sugirió Barry.

Cuando Pierre colgó, Barry siguió mirando con ansiedad la pantalla del móvil.

LA NOCHE QUE TE REGALÉ PARÍS

Rasmey no acababa de despedirse de Wambo, en la puerta de la habitación de los varones. No quería, y comprendió que, si decidían seguir alimentando lo que había nacido entre ellos, sería un gran reto, no solo para los dos, sino para Vicky, para toda la familia. Sintió que no era justo mantener a Wambo en la ignorancia, y respiró profundo.

—Debes saber algo —le dijo.

—No tienes que decirme nada —aseguró Wambo y le tomó las manos.

La muchacha se soltó y lo miró, suplicante.

—Es importante que lo sepas.

—Dime lo que quieras.

Rasmey trató de mirarlo a los ojos.

—Mi padre nos envió a Maly y a mí a Tailandia a trabajar en la fábrica de ropa de un búlgaro —dijo—. Se llamaba Atanás. Abusaba de mi hermana y otras muchachas mayores en el almacén, pero a mí me dejaba en paz. —Bajó la mirada—. Una tarde, me tomó de la mano, me arrastró hasta un rincón del almacén mientras yo lloraba y... —Se le quebró la voz, quedó en silencio y cerró los ojos—. Me obligó a algunas cosas. —Se echó a llorar. Wambo la sujetó por los brazos, ella reaccionó separándose con brusquedad y el muchacho retrocedió. Rasmey susurró—: Él no fue más allá. Después supe que me estaba reservando para entregarme virgen, como regalo, a otro búlgaro millonario. Vicky realizaba una investigación sobre pedófilos y me rescató. —Alzó la vista hacia el muchacho—. Soy la niña de la foto.

—Siempre pensé que eras tú.

—Mis padres habían muerto y Vicky me adoptó. A mi hermana Maly la habían vendido antes, y Vicky no la pudo encontrar. Por eso que... me pasó, es que nunca quiero llamar la atención y rechazo los besos y las caricias.

—Yo no quería que esto ocurriera —confesó Wambo—. Desde que perdí a mis padres, a Makemba y a Kuku, me cerré a los sentimientos, porque no

podría sufrir una pérdida más.

—No somos alegres, como Barry o Alitzel. Tú y yo arrastramos problemas. Y Vicky nos ha criado como hermanos y se va a disgustar muchísimo cuando sepa que somos... algo más. Entonces —Rasmey preguntó con una vocecilla—, ¿por qué estamos... en esto?

—Comprendí que quiero tanto a Vicky, a Barry y a Ali que siempre ansío protegerlos, especialmente a ti. Y si de todas maneras ya estoy preocupado, ¿por qué no amarte? No quiero herir a Vicky, pero ella terminará aceptándolo

—Sabes que no puedo besarte.

—Ya me besaste una vez.

—Porque creí que ibas a morir. Ahora no puedo.

—Yo espero.

—No sé si algún día pueda hacerlo.

—Solo quiero estar a tu lado.

—No me hagas llorar otra vez —le dijo Rasmey, pero sonrió, le tomó las manos y se aproximó a él.

Wambo se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Rasmey sintió que se le erizaba toda la piel, y recostó su cabeza en el pecho del muchacho. Wambo le acarició el cabello con una ternura que a él mismo le resultó insólita. Se mantuvieron así, en silencio. Ambos sabían que, con ese tierno acercamiento, estaban comprometiéndose en seguir adelante con su ensayo de amor a pesar de todos los obstáculos porque, a esas alturas, lo insoportable sería renunciar a la posibilidad de estar juntos, apoyándose el uno en el otro, por el resto de sus vidas.

* * * *

Media hora después, Barry estaba fascinado mientras contemplaba a Chantal, espléndida, en medio de la sala.

Había estado esperando con ansias en su cuarto un mensaje de la muchacha, que finalmente llegó: ella le preguntaba si no iría esa noche a ayudarla a limpiar la *suite* del último piso. Era una invitación cargada de sugerencias, después de lo ocurrido la noche anterior y del mensaje de texto que ella le envió al conocer que había salido sano y salvo de la mansión de Lonewolf.

Barry había entrado a la habitación agitado, después de haber subido corriendo las escaleras. Ante el sofá, en el centro de la sala a media luz, se hallaba Chantal vestida con una bata de baño blanca y con el cabello recogido con una goma elástica. Se sintió orgulloso de sí mismo, pero a la vez intimidado. Olvidó que era unos meses mayor que ella y se preguntaba por qué, siendo solo un muchacho, Chantal se había fijado en él, cuando ella tomó dos copas de una mesa y una botella de champán de una cubeta con hielo.

—La dejó la pareja que se hospedó aquí.

Chantal sirvió champán y alargó una copa hacia Barry, quien trataba de ocultar que su corazón latía muy de prisa. El muchacho tomó la copa, pero no bebió.

—No tengo edad para el alcohol —le explicó.

La mirada de Chantal fue casi despiadada cuando le dijo:

—Mis compañeros de escuela tampoco tenían edad para ser despedazados por un bombardeo: murieron sin haber probado ni bebida ni la vida. Karim tampoco tenía edad para morir. Pero ocurrió... por mi culpa. Bebe tu champán. —Barry probó un sorbo—. Está bien, chico lindo. Disculpa si fui brusca contigo: no lo mereces. —Chantal lo tomó de la mano, fue con él hacia una puerta, abrió, pasaron al dormitorio y ella lo llevó hasta un cortinaje—. Te tengo dos sorpresas. —Apartó una tela de tul, luego unas cortinas pesadas y quedó ante ellos un ventanal abierto que daba paso a un balcón—. Te regalo París.

A ellos llegaron los sonidos de la calle desde el estrecho balcón que prometía una singular vista de la ciudad. Chantal oprimió la mano de Barry, pero no intentó salir al balcón.

Barry supo que ella se esforzaba para complacerlo con la visión de la noche parisiense. La tomó por la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—Ven conmigo.

Ella se dejó guiar y, vacilante, salió al balcón, pero se estrechó contra él. Barry respiró hondo y se embriagó con la fragancia del cabello de Chantal. Ante él se extendían los techos de la Ciudad Luz. A su izquierda, el Arco de Triunfo servía de colofón a la avenida Kléber, y a su derecha, por encima de los edificios sobresalía la Torre Eiffel con sus destellantes lucecillas. ¡Dios mío, estaba en París, abrazado a una muchacha de inusual belleza!

Alzó el rostro de la chica y la besó. Ella le respondió al beso, pero no separó su cara del pecho de Barry. Él se habría quedado allí toda la noche,

disfrutando del calor del cuerpo de Chantal y de esa vista panorámica de la ciudad.

—Somos los dueños de París —dijo.

Pero ella se separó suavemente.

—Vamos adentro.

Después de echar una última mirada hacia la noche, Barry entró con la muchacha a la habitación y cerró solo la cortina de tul, para recibir algo de la ciudad a través de la transparencia de la tela. Luego se volvió hacia Chantal.

—Eres la primera chica que me regala una ciudad... Y nada menos que París.

Chantal sonrió, y con cierta timidez que Barry no conocía en ella, dijo:

—Lo mereces: me tratas diferente... con una suavidad que haces que Chantal olvide.

Barry se alarmó: ¿“diferente” a quién o a quiénes?

Chantal se apartó de él y se soltó el cabello que, largo y negro, cayó sobre la bata blanca.

—Ahora te regalo a Chantal.

Barry percibió que la muchacha dijo “Chantal” como si hablara de otra, como si la verdadera esencia de ella, la Shaina que fue, se acabara de ir de allí, dejándole de regalo a la mujer que en ese momento se despojaba de la bata y abría los brazos.

Barry se sintió impactado por emociones contradictorias. El corazón le latía descontrolado porque ante sí tenía a esa joven, que esperaba por él.

Pero lo cohibía la absurda dualidad que ella había establecido entre Shaina y Chantal. Barry se debatía entre tratar de comprender las razones de la muchacha o apartar de una vez cualquier consideración capaz de demorar un abrazo que, lo sabía de antemano, le produciría una conmoción imborrable.

—Ven, bonito —le dijo Chantal y, al verlo titubear, fue a acercarse a él.

El viento batió la puerta de cristal que llevaba al balcón y justo en ese momento se escuchó un fuerte ruido en la calle.

—¡Karim! ¡Los aviones! —gritó Chantal y se tiró al suelo.

Barry fue hacia ella y la abrazó.

—Fue solo un camión en la calle —le explicó, recogió la bata, la puso sobre los hombros de la muchacha y la ayudó a ponerse en pie—. No pasa nada —le dijo y, después de cerciorarse de que ella podía sostenerse sola, fue hasta la ventana, la cerró y corrió la cortina de tela gruesa. Cuando comprobó

que se habían apagado los ruidos de la calle, se volvió a la chica.

Chantal se había metido en la cama y se había tapado hasta la cabeza con la sábana. Barry fue a su lado.

—Abrázame bien fuerte —le pidió ella. Barry la ciñó—. Más fuerte. —Él la obedeció—. Más.

—¿No te hago daño?

—No importa. Haz que me sienta protegida y me olvide de todo, por favor.

Lo sorprendió la fragilidad de una muchacha a quien había creído atrevida y en ocasiones indiferente, y lo invadió una oleada de ternura que lo llevó a ceñirla con todo su cuerpo, como creando una coraza protectora en la que ella, encogiéndose, se dejó envolver. Barry, recibiendo su tibio aliento, sintió una emoción inédita.

—Shaina... —le susurró—. Te amo.

Como un resorte, ella estiró sus brazos y lo apartó con violencia.

—No, no, no. Shaina era de Karim y murió con él en Aleppo. —Y casi colérica, le advirtió—: ¡Jamás me llames así!

Al ver que Barry había quedado atónito, la muchacha calmó su ímpetu.

—No te asustes —lo tomó de la mano y lo atrajo hacia ella—. Estamos en París y soy tu Chantal.

—Chantal —repitió Barry y comprendió que las heridas emocionales de la chica durarían quizás para siempre, pero eso le hizo quererla aún más.

—Bésame —dijo ella.

El muchacho intentó alargar cada segundo, acalló cualquier urgencia y comenzó a besarla en todo el rostro con paciencia, sin prisa alguna, hasta que alcanzó la comisura de los labios.

—Chantal —le dijo, ella sonrió, y él le besó la sonrisa.

—Ven a mí —dijo la chica y, con destreza, acomodó su cuerpo al de él.

El calor de la piel de Chantal, su olor y el sabor de sus labios, lo elevaron al éxtasis. Ella se estremeció, por un segundo su rostro adquirió una belleza exultante, suspiró y su cuerpo pareció desmayarse. Pero abrió los ojos, miró a Barry con expresión desolada, y le preguntó en un susurro:

—¿Cómo puedes ser tan tierno conmigo?

No alcanzó a esperar la respuesta y rompió a llorar.

Barry, sintiéndose culpable, soltó su abrazo, pero no se separó de ella.

—¿Te hice daño? —le preguntó.

—No, mi chico lindo. Lloro porque hace un momento pretendí que estaba viva. Nunca podrás hacerme daño. Ya estoy dañada. Nada vale la pena. Pero, por favor, no te vayas ahora.

A Barry ni le había pasado por la mente alejarse de allí. Para él no existía mejor sitio en todo el universo que allí junto a ella.

—Si quieres, me quedo —dijo.

—Cada noche, tengo horror a estar sola. Quédate a dormir junto a mí, te lo ruego.

Barry tomó su móvil y le envió un mensaje a Wambo para que no se preocupara. Luego se tendió junto a Chantal y la estrechó entre sus brazos. Ella cerró los ojos y su rostro se serenó. Minutos después, se quedó dormida. Pero continuaba intranquila: en medio de su sueño, murmuraba incoherencias y hacía movimientos bruscos, hasta que esos espasmos se fueron amortiguando y finalmente se sosegó.

Barry no supo por qué, pero fue justo en ese momento, mientras velaba el sueño de Chantal, que supo que se iba haciendo un adulto. Se sintió seguro, y con esa sensación de bienestar, se durmió.

Lo despertó un grito, dio un salto en la cama, y vio a Chantal sentada a su lado, llorando, horrorizada.

En medio de su aturdimiento, lo primero que hizo Barry fue comprobar que no los acechaba peligro alguno, y entonces abrazó a la muchacha, que no cesaba de llorar.

—¿Qué sucede? —le preguntó con suavidad.

—¡Las bombas! —dijo ella en medio de sollozos—. Eran tres muchachos que compraban frutas al lado mío en un mercado callejero ante un edificio derruido. Me sonrieron y yo sonreí para mis adentros. Cuando pagué y me alejé media cuadra cayeron dos bombas sobre el mercado. Me volví y dos de ellos estaban destrozados y el tercero se desangraba porque había perdido los brazos. Y yo acababa de estar allí, junto a ellos.

—Eso ocurrió en Alepo —le recordó Barry—, y estamos en París.

—Pero ni en París esas pesadillas me dejan en paz. ¡Quiero morirme ya!

—No, no, cálmate —le suplicó Barry—. Voy a quedarme despierto para que puedas dormir protegida toda esta noche. Recuéstate a mí.

La muchacha se abandonó a los brazos de Barry. Él la echó hacia atrás en la cama, se tendió junto a ella, la apretó contra sí y, con el dorso de su mano, le acarició el rostro.

—Cierra los ojos. Voy a cuidarte —le dijo.

—Solo quiero dormir, dormir muchos días... o meses.

¡A GINEBRA!

Vicky, Pierre y los chicos, agrupados ante el escritorio del cuarto de los varones, no se perdieron un detalle del robo del falso puñal. El hombrecito les había traído la memoria de su cámara y Rasmey la había insertado en su tableta. La grabación les mostró a dos hombres y una mujer que entraban a la habitación del anticuario y buscaban dondequiera, con prisa. Minutos después, hallaban, pegado con cinta adhesiva bajo el asiento de la silla, un puñal con empuñadura en forma de águila, lo echaban en el bolso de la mujer y abandonaban el cuarto.

Barry apenas prestó atención a las imágenes. Chantal no le daba oportunidad de recuperarse. Sentía como si montara en un aparato de parque de diversiones: por un segundo alcanzaba una cima de felicidad y al instante se desbocaba hacia un abismo de carencias e inseguridades que lo reducía a un ser mínimo, poblado de infinitas dudas y tristezas.

Desde el principio, ella le había advertido que no le podía corresponder. La guerra, que había propiciado que la conociera, había cercenado la posibilidad de que ella se enamorara de él. Barry experimentaba una zozobra terrible: no era solo la necesidad de abrazarla, sino que tiritaba en su pecho la urgencia de escucharle decir que él era especial y que lo amaba. Pero le molestaba sentirse como un animalito indefenso que recibía alborozado las caricias de su ama y que aun estando a su lado sufría de solo pensar que tendrían que separarse. Por ello, se propuso concentrarse, como sus hermanos y Vicky, en el robo del falso puñal.

—Busca el momento en que mejor se vea a los ladrones —le pidió a Rasmey.

La muchacha lo obedeció y congeló la imagen. Los tres eran jóvenes y vestían *jeans*. Los dos hombres estaban bien afeitados. Uno era alto y delgado y el otro pequeño y robusto. La mujer era de mediana estatura y tenía el pelo teñido de verde.

—¡Son los que vimos en ese hotel en Montmartre! —exclamó de pronto Alitzel y buscó en su móvil—. ¡Miren, aquí están en la foto que hice de la cafetería y el hotel Le Petit Chat!

—¡Pierre!, llame a la policía —le pidió Barry.

El anticuario estaba marcando un número en su móvil cuando Alitzel volvió a señalar a la pantalla y dijo, dominada por la excitación.

—¡La mujer de pelo verde tiene las uñas largas y pintadas de negro! Así las tenía pintadas la condesa Jusztina. ¿No se dan cuenta? La ladrona es Jusztina, sin peluca negra, el pequeño es Ciprián, sin el falso pelo largo y el flaco alto es Drácula, sin barba ni bigote postizo.

* * * *

Alain entregó las llaves a unos recién casados que acababan de hospedarse en el hotel y la pareja se dirigió al ascensor. Barry cuidaba los maletines en el vestíbulo. Alitzel, recostada en el mostrador, continuó su animada conversación con Alain. Esperaban a que bajaran Wambo, Rasmey y Vicky, cuando se abrió una puerta junto a la recepción y entró Chantal, vistiendo un jean ajustado y una blusa que le resaltaba el verde de sus ojos. A Barry, un intenso calor nervioso se le instaló en el pecho, confirmándole que la necesitaba hasta el dolor.

Chantal saludó a Alitzel, le oprimió el brazo cariñosamente a Alain y fue hasta Barry y lo besó en la mejilla. El muchacho la tomó de la mano y la condujo hasta sentarse en dos butacas en una esquina del minúsculo vestíbulo, ante la ventana que daba a la calle. Quedaron mirándose, intercambiando apenas algunas palabras, con las manos tomadas.

Desde el mostrador de la recepción, Alitzel contempló a Alain, que hablaba por teléfono. Estaba contenta. Ella y sus hermanos viajarían a Ginebra. Vicky les había contado que era una ciudad preciosa junto a un lago. Pero lo que más la entusiasmaba era Alain. Le encantaba ese joven de pelo rizado, siempre sonriente, quien, con sus veinte años, conversaba con ella, de solo catorce, como si fuera una adulta, y parecía prestarle una especial atención.

Alain continuaba hablando por teléfono. Alitzel dirigió su mirada hacia Barry y Chantal y le preocupó la tristeza que descubrió en el rostro del

muchacho. Se sintió personalmente afectada porque Barry había sido siempre una columna de fortaleza y optimismo en la que ella podía apoyarse. Jamás lo había visto tan afligido y vulnerable como ahora, que tendría que separarse para siempre de Chantal. Se preguntaba cómo podría ayudarlo, cuando se abrió el ascensor. Wambo y Rasmey llevaron sus equipajes hasta donde estaban los otros maletines y Vicky fue a la recepción para devolver las llaves de las habitaciones.

Alitzel escribió un mensaje de texto a Wambo y Rasmey comunicándoles la idea que se le había ocurrido. Desde los maletines, Wambo asintió. Rasmey pareció dudar, pero finalmente dio su aprobación. Alain esperaba que se imprimiera el recibo que le daría a la periodista, y Alitzel decidió aprovechar el momento.

—Madre, Barry está muy deprimido. Y he pensado que, para alegrarlo, Chantal podría ir con nosotros estos dos días a Ginebra, hospedarse en nuestra habitación y después la dejaríamos en el tren de vuelta a París.

—No, es demasiada responsabilidad —rechazó Vicky de inmediato.

—Oh, sí, por favor, señora Vicky —suplicó Alain al entregarle el recibo—. Chantal ha estado muy deprimida desde que murieron nuestros padres y luego su novio en los bombardeos y tuvo que venir como refugiada a Francia; pero la veo mucho más animada desde que conoció a Barry. A ella le vendría muy bien distraerse, aunque sea por dos días.

Alitzel sabía que la periodista había dedicado gran parte de su vida profesional a los problemas de los menores afectados por el terrorismo, las guerras, la inmigración y el abuso sexual, y percibió que se había conmovido por las horribles experiencias sufridas por Chantal.

—Madre —le dijo Alitzel—, Alain y Chantal nos ayudaron cuando estabas en Ginebra.

Vicky miró hacia Barry, quien sentado en un rincón del vestíbulo junto a Chantal sostenía las manos de la muchacha, y algo que vio en el rostro de su hijo terminó decidiéndola.

—Está bien —le dijo a Alitzel—, avísales, porque ya casi tenemos que irnos a la estación.

Alitzel le hizo señas a Wambo y Rasmey y los tres fueron hacia Barry y Chantal.

—Les tengo tremenda noticia —dijo Alitzel.

Barry se preguntó por qué le robaban los minutos que le quedaban junto a

Chantal.

—Dudo que también sea buena para mí —dijo.

—Sobre todo para ti.

Alitzel se volvió a Wambo y Rasmev, y los tres gritaron a coro:

—¡Nos vamos a Ginebra!

—Ya lo sé, Ali —dijo Barry—, pero eso no me da alegría. Quiero estar aquí, con Chantal.

—¿No entiendes? —dijo Alitzel—. Chantal irá con nosotros a Ginebra.

Chantal se sorprendió y se alegró, pero Barry quedó alelado y solo segundos después el rostro se le iluminó hasta llegar a una risa nerviosa.

—¡Chantal!, apresúrate —dijo Vicky junto al equipaje—, que estamos por salir.

—Sí —dijo la muchacha y fue hasta la recepción.

Alain abrió su billetera. Le estaba dando dinero y una tarjeta de crédito a su hermana cuando Pierre irrumpió en el vestíbulo.

—Oh, qué bien que los encuentro aquí —dijo, agitado y, al ver a Vicky, le hizo señas para que se aproximara al grupo—. Escuchen: la policía fue al hotel Le Petit Chat en Montmartre, pero los tres ladrones ya se habían ido.

Chantal se disponía a subir al ático a recoger la ropa que llevaría a Ginebra cuando sonó su móvil. Alain la vio responder la llamada y se azoró al advertir que palidecía.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

No obtuvo respuesta. A Chantal le flaquearon las piernas y Alain debió sostenerla. La muchacha logró reponerse lo suficiente como para preguntar por el móvil, con voz trémula:

—¿Dónde?

Después que escuchó la respuesta, terminó la llamada, guardó el móvil y le habló en el oído a su hermano. El rostro de Alain pasó de la sorpresa a la consternación.

Ninguno de los chicos, ni siquiera Barry, se había percatado de lo ocurrido a Chantal porque Pierre seguía contándoles novedades.

—La policía puso en su base de datos los nombres que usaron los tres ladrones para hospedarse en el hotel, pero resultaron ser de personas fallecidas. Ahora hicieron circular las imágenes del video, pero dijeron que será difícil capturarlos porque desconocen su identidad y esos delincuentes pueden disfrazarse de nuevo. Así que quedarán sueltos... y quizás yo corra

peligro.

—No lo creo —le dijo Barry para tranquilizarlo—. Ellos están huyendo y sus rostros quedaron fichados.

—Tenemos que irnos ya a la Gare de Lyon —advirtió Vicky—. Y no podemos ir en metro, porque comenzó a llover y nos empaparíamos de aquí a la estación. Alain, ¿podrías llamarnos a un taxi? Pero, ¡Chantal!, ¿no has ido a buscar tu equipaje?

—Oh... Tengo... tengo algo que hacer antes de ir a la estación... Pero Alain me llevará en la furgoneta y nos veremos allí.

SIEMPRE TE QUEDARÁ PARÍS

Llovía muy fuerte sobre el techo de la estación Gare de Lyon. Barry esperaba en el andén, acompañado por Wambo, cuando Vicky se asomó desde la puerta del vagón.

—Parece que Chantal no vendrá —dijo—. Ya deben subir al tren.

—Enseguida —le dijo Barry, mirando a lo lejos, con una mínima esperanza de que, entre las personas que colmaban la estación, apareciera la chica corriendo hacia el andén. Pero cuando Vicky regresó al vagón, se volvió a Wambo—: Recorre rápido la estación. Puede ser que Chantal haya llegado y no sepa a donde dirigirse.

Wambo supo que era preferible ayudar a Barry que discutir, por lo que obedeció.

Cuando quedó solo, Barry sintió que estaba en crisis debido a lo impredecible y ajena que le resultaba la muchacha que le había hecho experimentar una fugaz explosión de fuerza y felicidad. Chantal era para él una fuente de enorme deleite y, a la vez, de infinito desasosiego.

En el vagón, sentada junto a Alitzel, Vicky miró su reloj: Barry y Wambo no subían y era inminente la salida del tren. Rasmey ocupaba un asiento del otro lado del pasillo y, mientras esperaba a Wambo, buscaba información sobre el célebre Drácula. Ya había averiguado que el escritor Bram Stoker había situado al personaje literario en el castillo de Bran, en Rumanía, pero el original, Vlad Drácula, había vivido en otra fortificación: el castillo Poenari. En una página web de turismo en Rumanía, halló un video de una escenificación actual en las ruinas del castillo Poenari, y lo abrió.

Su sorpresa fue mayúscula. Entre los actores con vestimenta y armas medievales que representaban a personajes históricos ante los turistas, le pareció distinguir a los dos hombres y la mujer que ellos habían conocido como Drácula, Ciprián y la condesa Jusztina. Siguió buscando en la página y encontró las fotos de cada uno de los actores. ¡Allí estaban los tres delincuentes, con sus nombres y apellidos verdaderos!

—¡Aquí están! —exclamó y antes de que Vicky o Alitzel pudieran preguntarle a quiénes se refería, Rasmey se levantó de su asiento y fue a la puerta del coche—. ¡Barry, los tres ladrones del puñal son actores rumanos! Encontré sus fotos y sus nombres.

—Envíale la información a Pierre ahora mismo, para que le avise a la policía.

Rasmey regresaba a su asiento cuando en el andén, un empleado ferroviario gritó:

—Todos a bordo, el tren para Ginebra sale en tres minutos.

El aviso generó un movimiento de personas, que aceleraron su marcha por el andén, en busca de su vagón. Barry buscó entre los pasajeros que se apuraban y vio a Wambo quien, al llegar a su lado, negó con la cabeza: no había visto a Chantal. Barry, angustiado, buscaba con la mirada a lo largo del andén cuando le llegó un mensaje de texto a su móvil. Miró en la pantalla: era de Chantal. Lo abrió y lo leyó.

“Barry, no puedo ir a Ginebra. Gracias por haber sido tan dulce conmigo. Cualquiera muchacha se enamoraría de ti. Que seas feliz. Chantal”.

A Wambo le pareció que Barry estaba a punto de tambalearse y fue a sujetarlo por un brazo cuando sonó un silbato y se escuchó por un altavoz:

—¡Al tren!

—Esa es la última llamada, Barry. ¿No me oyes? Vámonos de aquí.

Wambo puso una mano en la espalda de Barry y lo guio hasta la escalerilla del coche de pasajeros. Justo cuando ambos subieron los escalones, el tren comenzó a avanzar. Barry miró un instante hacia la distancia, guardó su móvil y entró al vagón. Vicky y Alitzel se aliviaron al verlos llegar, aunque les preocupó la desolación en el rostro de Barry. Rasmey confirmó su presagio de que Chantal terminaría haciendo daño a Barry, y sintió pena por su hermano.

Al moverse hacia la ventanilla para dejarle espacio a Wambo, Rasmey miró hacia afuera y vio que del techo de la estación colgaba un *poster* con una foto de Ingrid Bergman y Humphrey Bogart, y un cintillo que decía “*Hommage au film Casablanca: 75e anniversaire*”.

Barry ocupó su asiento junto a la ventanilla y desvió su mirada hacia el cristal mientras el tren iba dejando atrás el techo de la estación y una lluvia torrencial azotaba los vagones.

Cinco minutos después, la lluvia había amainado y el tren avanzaba a gran

velocidad, atravesando los suburbios de París. Barry miraba por la ventanilla, pero el panorama le resultaba desagradable: los patios de los edificios, todos grises, similares, los almacenes descoloridos, el grafiti deslucido en los sucios muros que protegían la línea férrea... Nada lo confortaba ni le mitigaba la aflicción por su pérdida.

Todavía creía sentir la piel de esa chica en las yemas de sus dedos y percibir su ardoroso aliento. Aunque cerrara los ojos, no podía apartar la imagen de una Chantal, que, después de besarla, se desdibujaba y se transformaba en otra ella, también hermosa, que insensible se marchaba al encuentro de una difusa figura varonil.

* * * *

El tren atravesaba a toda velocidad la ciudad de Dijon cuando el timbre de su móvil sacó a Barry de sus cavilaciones. El muchacho vio que era Pierre, salió al pasillo y, después que se apartó para permitirle el paso a otro pasajero, se paró entre el asiento de Vicky y Alitzel y el de Wambo y Rasmei, y puso su móvil en altavoz.

—Hola, Pierre —saludó.

—Hola —dijo la voz del anticuario—. Quería contarles que la policía arrestó a los tres ladrones. Iban en una motocicleta con sidecar y un policía francés vio el cabello verde de la mujer cuando el viento le movía la peluca negra.

—¿Ya confesaron? —le preguntó Vicky.

—Sí, contaron que hay una leyenda sobre un tesoro custodiado por un águila en el castillo Poenari, y cuando vieron por internet que yo vendía un puñal de Vlad Drácula con empuñadura de cabeza de águila, supusieron que tendría la clave para hallarlo.

—¿Y para qué fingieron que eran familiares del verdadero Drácula? —preguntó Wambo.

—Solo desempeñaron los papeles que actuaban en el castillo Poenari para los turistas, para que yo creyera que en verdad la pieza tenía para ellos un valor sentimental y no sospechara que buscaban otra cosa.

—Me dio tanto miedo lo del cementerio y las Catacumbas —confesó Alitzel—. ¿Para qué lo hicieron?

—Se habían dado cuenta de que yo los seguía y aprovecharon y fingieron esas acciones diabólicas para convencerme de que descendían del tenebroso personaje. Conocían las Catacumbas porque años atrás acudieron a un Festival sobre Mitos y Leyendas y estuvieron días ensayando y escenificando en esos túneles la vida de Drácula.

—¿Por qué huyeron? —inquirió Wambo.

—Cuando comprobaron en su habitación que el puñal que robaron era de plástico, temieron haber caído en una trampa y decidieron escapar.

Alitzel no pudo contener su curiosidad.

—Pierre, ¿y ahora usted se quedará con el tesoro?

—No. Donaré la información del plano al gobierno de Rumanía para que busquen el tesoro. Pero me quedaré con el puñal y el plano original, porque con toda esta historia, ambas piezas alcanzarán un valor inmenso y su venta me permitirá pagar la educación universitaria de mis hijas.

* * * *

Faltaba una media hora para llegar a Ginebra, cuando Barry recibió un nuevo mensaje de Chantal. Lo leyó y se puso lívido. Fue hasta el asiento que ocupaban su madre y Alitzel y, conmocionado, les mostró su móvil. Vicky leyó el mensaje para Alitzel:

“Karim está vivo. Perdió la memoria. Le amputaron una mano en un hospital de Médicos sin Fronteras, lo trajeron a Francia para operarlo de nuevo, y otro herido sirio lo reconoció. Su familia me avisó. Voy a cuidarlo: esta es mi resurrección. Yo te regalé la ciudad: siempre te quedará París”.

—De alguna extraña manera, siento alivio —aseguró Barry—, porque ella no me rechazó. Solo es solidaria y trata de rehacer su vida.

—Oh, sí —afirmó Alitzel y se esforzó por confortar a su hermano—: Esa chica siempre te miró de forma especial.

—Así mismo —dijo Vicky y besó a su hijo en la mejilla.

Antes de regresar a su sitio, Barry vio que Rasmey tenía la cabeza recostada sobre el hombro de Wambo. Ambos le sonrieron y él les hizo un guiño de complicidad.

Vicky lo siguió con la mirada, pero su atención se detuvo en Rasmey y Wambo, y se alarmó. ¡Se han enamorado!, pensó. Y se preguntó en qué había

fallado ella como madre, qué afectos no llegó a brindar, qué señales de sus hijos no supo atender, cuál fue su deficiencia que hizo que Wambo y Rasmeý llegaran a confundir su necesidad de comprensión y afecto con amor. No supo hallar la respuesta, y en medio de su autocrítica solo alcanzó a prometerse que haría lo posible por convencerlos de que unirse como pareja era una mala idea.

Desde su asiento, Barry miraba por la ventanilla. El paisaje urbano había quedado atrás. El tren atravesaba el Departamento del Jura y la visión de la campiña francesa con sus gigantescos rollos de heno y su verdor que se extendía hacia el infinito, le provocó un sentimiento liberador y vigorizante.

Respiró profundo, como si desde dentro del vagón pudiera aspirar el aroma de la hierba fresca. En ese instante, supo que esa breve estancia en París, había cambiado su vida, y que en él no habitaría nunca más el adolescente que se había estado transformando lentamente en un joven.

Admitió que crecer como hombre no le proporcionaba, como había imaginado, una sensación de poderío y sabiduría, sino, más bien, de incertidumbre, ansiedad y melancolía.

Quería volver a ser como era antes de conocer a Chantal, pero no sabía cómo recuperar a aquel que había sido, porque este de hoy no entendía cómo podría vivir sin ella de ahora en adelante.

Tenía la imagen de la muchacha ante sus ojos, y en sus dedos aún percibía su calor y en sus labios la presión húmeda y ardiente de sus besos.

Pero Chantal no solo había dejado el mapa de su cuerpo, como una incitante huella, en la memoria de la piel de Barry. La nostalgia era también interior, porque el muchacho sentía un vacío tan intenso en medio del pecho que le impedía pensar con claridad.

Chantal era una fuente inagotable de tortura emocional. Las imágenes de lo vivido junto a ella se atropellaban y la violencia de sus emociones superaba cualquier intento de aceptar su carencia. De manera casi inconsciente, como el que emerge a la superficie del agua ansiando una bocanada de oxígeno, Barry buceó en su interior en busca de un urgente sentimiento salvador.

Y se sorprendió porque, de una manera que él mismo consideró irracional, lo invadió la absurda esperanza de que algún día volvería a besar a Chantal, y se estremeció. Se irritó con él mismo y movió la cabeza en negación. Sintió que su mente le hacía trampas que lo trastornaban.

Es que ahora no podía dejar de imaginar que, desde lejos, donde era

ceñida por los brazos de otro hombre, Chantal volvía su mirada hacia él y solo moviendo los labios, le regalaba en silencio una ilusoria promesa: “Nos volveremos a encontrar, alguna vez, en algún lugar”.

FIN

Table of Contents

ALEPO MON AMOUR

MORIR A LOS PIES DE LA TORRE EIFFEL

UN BESO SOBRE EL ARCO DE TRIUNFO

EL ESPÍA EN LOS CAMPOS ELÍSEOS

MUCHOS CELOS EN EL SENA

UNA MISA NEGRA EN EL CEMENTERIO DE MONTPARNASSE

BÉSAME EN LAS CATAUMBAS DE PARÍS

LA TERNURA NO ESTÁ EXTINGUIDA

LONEWOLF, EL REY DEL COLTÁN

EL HOTEL DE DRÁCULA EN MONTMARTRE

LA DEVASTADORA VISIÓN DE LA MONA LISA

LA PRISIONERA PELIRROJA

EL SIGNO DE LOS TIEMPOS

BUSCANDO DESESPERADAMENTE A KUKU

LONEWOLF ORDENA ELIMINARLOS

EL TALISMÁN DE DIABLO

LONEWOLF Y SUS CRÍMENES DE GUERRA

LA NOCHE QUE TE REGALÉ PARÍS

¡A GINEBRA!

SIEMPRE TE QUEDARÁ PARÍS